



SS

**SERVICIO
SECRETO**

DONALD CURTIS

MUERTE EN MAMBO

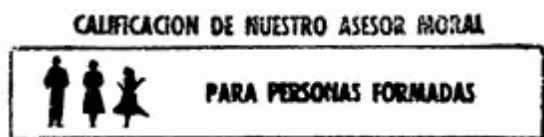
DONALD CURTIS

MUERTE EN MAMBO

1.^a EDICIÓN
OCTUBRE - 1958



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES



DEPÓSITO LEGAL 14445-1958

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© DONALD CURTIS - 1958

Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

508. — Espuelas de oro. 552. — El jinete del arco iris.
562. — Matar es mi destino.

En Colección SERVICIO SECRETO:

423. — Eterna es la, noche. 424. — Al margen del terror.
425. — La dama usaba veneno.

En Colección BÚFALO:

211. — Viaje hacia la muerte. 243. — El hombre del
Sudoeste. 250. — Pasaje al Oeste.

En Colección PANTERA:

8. — La carga de Llano Rojo. 35. — Rancho "Perdición".
43. — Destino: Muerte.

En Colección SALVAJE TEXAS:

6. — Quebrada de trueno. 86. — Las manos de Nolan.
115. — Una cuerda para Logan.

En Colección CALIFORNIA:

45. — Murió en Sacramento. 57. — La fama de Lee
Barnes. 61. — Violencia en los glaciares.

En Colección COLORADO:

22. — La herencia de Caín. 47. — La dama de Santa Fe.

En Colección KANSAS:

7. — Doctor "Colt".

Muerte en MAMBO

por DONALD CURTIS

A black and white illustration of a hand playing a conga drum. The hand is positioned at the top of the drum, with fingers spread, suggesting a rhythmic strike. The drum is shown in profile, with its characteristic shape and a textured surface. The illustration is simple and stylized, matching the graphic nature of the title.

CAPÍTULO PRIMERO

PETER DALE vio por primera vez a aquella prodigiosa criatura que era Dora Castillo cuando se encontraba lo suficientemente sereno para admirar sus encantos.

Se la mostró aquel sonriente y moreno mozalbete que era Skip Sanders. Skip podía parecerle a cualquiera un nativo de Cuba, y muchos se hubieran asombrado al saber que era tan yanqui como el propio Peter Dale, por ejemplo.

Skip Sanders había dicho, señalando con un guiño el cartelón, tras previa comprobación de que la rubia acompañante de Peter no se hallaba demasiado cerca:

—¡Bienvenido, señor Dale! ¡Esa chica sí que le va a gustar!

Y, como siempre, el condenado Skip había tenido razón. Porque la chica en cuestión era Dora Castillo. No es que a Peter Dale le gustaran demasiado los tipos menudos, morenos y prietos de carnes, propios de Centroamérica. Prefería las rubias artificiales o naturales de Manhattan, y también las pelirrojas picarescas de Brooklyn. Pero en cuestión de faldas, cualquier color era bueno, si

la clase lo respaldaba debidamente.

En aquella ocasión, los entusiasmos de Dale tenían junto a sí un considerable y poderoso freno: la presencia de su prometida, aquella alta, esbelta y esplendorosa rubia, perteneciente al grupo de las “no oxigenadas”, que lucía junto a él su soberbio traje color verde manzana, y también una generosa porción de su satinada piel.

Ira Forrest era así de inoportuna. Cuando una noche se le ocurría beber más de la cuenta —y la cuenta en él era hartamente generosa—, tenía que presentarse ella, con su aire saturado de Quinta Avenida y de distinción aristocrática de la mejor esfera social neoyorquina, para estropearlo todo.

Y menos mal, pensó Peter, que se había dejado a su papito en alguna otra parte de La Habana, feliz sin duda de no llevar a su lindo retoño al lado. Esa felicidad, desgraciadamente, la pagaba él con su propia esclavitud a los caprichos de Ira.

—Dios mío, Peter —había dicho ella, nada más encarar su azul mirada altiva al espesor acre del “Cubanito”, con su atmósfera, su humo y su hedor a todo, desde alcohol hasta sudor, pasando por perfumes caros o baratos y algunas otras cosas totalmente indescifrables—. ¿Vienes mucho por sitios como este?

—Mi querida Ira —respondió, algo espesamente, Dale—. La Habana, como todos los sitios, tiene cosas particularmente selectas y respetables, junto a tugurios como el “Cubanito”, que no son tan malos como aparentan. Desde luego, un turista yanqui lo pasará siempre mejor en estos lugares que en los otros, tan dignos como aburridos.

—Claro —el sarcasmo de ella era evidente—. E imagino que habrá chicas, ¿verdad?

—¡Psé! —Peter se encogió de hombros, como si jamás se le hubiera ocurrido pensar en tal posibilidad—. Chicas hay en todas partes, buenas y malas...

—Y las de aquí, ¿cómo son?

—La verdad es que siempre llego demasiado bebido para darme cuenta, cariño —rió él.

—¿No te da vergüenza confesarlo tan descaradamente?

—Rotundamente no. El hombre solo tiene dos amigos leales: los

perros y el alcohol. Y los perros no me gustan, porque ladran demasiado. El alcohol es silencioso.

—¿Tú crees? —dudó ella, señalando a un grupo de vociferantes consumidores alineados ante el mostrador de la sala.

Peter no respondió. Ira se había adelantado unos pasos, y fue entonces cuando Skip Sanders, con su impecable uniforme azul, plagado de botonadura de oro, le mostró la gran reproducción fotográfica, reforzada con madera, en la que Dora Castillo exhibía sus encantos a tamaño natural.

Peter silbó. Poco, porque Ira regresó junto a él acto seguido, dirigió una ponzoñosa mirada a la fotografía de Dora y comentó entre dientes, entornando los ojos:

—Es difícil no fijarse en esas cosas, ¿no te parece?

Dale se abstuvo de opinar. Cruzaron la sala, guiados por un maître, que fingía a maravilla no conocer al cliente habitual que aquella noche venía tan bien acompañado. No porque siempre le hubiera visto solo, por supuesto. Pero esta no era como... aquellas. Y el viejo Ricky tenía experiencia en la materia...

La orquesta metía demasiado ruido. El humo llenaba el local de una irresistible neblina azul sucia. Hacía calor. La gente sudaba alrededor de ellos, las chaquetas blancas o cremosas destilaban respiración en axilas y espaldas, y el conjunto de todo eso era realmente nauseabundo, incluso para un tipo de las amplias tragaderas de Peter Dale. En cuanto a Ira Forrest, de los Forrest de la Quinta Avenida, era fácil imaginar lo que sentiría en aquel antro.

Ocuparon una mesa próxima a la pista, desde la que las atracciones eran visibles con el menor daño posible para los tímpanos, por su situación alejada de la orquesta. Transcurrió casi una hora hasta que salió Dora Castillo, la atracción del local.

Una hora, para Peter, no significaba necesariamente sesenta minutos o trescientos sesenta segundos, sino sesenta copas de ron o trescientos sesenta tragos del mismo. Pero aquella noche estaba allí Ira. Fría, dominante, altiva. Dueña de sí misma y de la situación.

Cuando las luces se apagaron, el silencio se hizo relativo en el local, y la música inició unos trepidantes acordes de música cubana, apareció en la pista negra y espejeante la figura de la velada: Dora Castillo.

Tenía toda clase de factores positivos para respaldar la negrura

azulada de su cabello y el exotismo acendrado de sus facciones, muy superior a los descocados afiches de la entrada al club.

En La Habana, por fortuna para los espectadores de locales como "Cubanito", los censores eran menos rigurosos que en Broadway, y así se explicaba que Dora hubiera escandalizado a muchos neoyorquinos, como ahora escandalizaba a Ira Forrest.

Peter, con una sonrisa malévola, volvióse hacia Ira. Esta permanecía altiva, rígida, frente al exhibicionismo estrepitoso de la bailarina. El frenético mambo de la orquesta parecía imposible de bailar por ser humano alguno. Pero Dora lo bailaba... ¡y de qué modo!

—Peter, vámonos —dijo ella de repente, poniéndose en pie.

—Pero... oye, no hablarás en serio —argumentó Peter, ceñudo—. Esto no ha hecho más que empezar y...

—Excelente. Quédate tú, si quieres —le replicó ella, acre y tajante—. Yo me voy.

—Ira, eres irrazonable, terca y...

—Y por fortuna conservo algo de dignidad. Nunca debí venir aquí.

—Bueno, tal vez tengas razón. Pero en la vida es bueno conocerlo todo, cariño. Solo así puede uno decir que conoce el mundo y sus cosas.

—No me interesan tu mundo ni tus cosas. ¿Me acompañas o me voy sola, Peter?

—Creo que el deber de un novio es acompañar a su prometida.

—No quiero deberes —replicó ella, incisiva, avanzando hacia la salida—, sino sinceros deseos.

Peter se abstuvo de responder. Siguió dócilmente a Ira. Sorprendido, Skip les abrió la puerta de salida. Peter vio confusamente sus botones dorados, su uniforme, entre la niebla espesa que se mantenía ante sus ojos, y no solo por efectos del clima del local.

—¿Ya se marchan, señores? —preguntó el muchacho, realmente asombrado.

—Sí, hijito —masculló Peter, tendiéndole un billete enrollado. Posiblemente fuera de dos dólares, aunque igual podía ser de cien—. Mientras puedas, no te prometas nunca. Es un consejo. Las

mujeres son algo maravilloso, encantador... a distancia, o así...

Y dio un papirotazo a la efigie exuberante de Dora Castillo, con su blanca sonrisa en el moreno rostro. Skip rio, evitando que la figura perdiera el equilibrio, y respondió:

—Por fortuna, las chicas nunca me toman en serio, señor.

—¡Qué suerte tienes, muchacho! —suspiró cansadamente Peter, saliendo a la ancha acera bañada de azul parpadeante, bajo el enorme luminoso del “Cubanito”.

Ira habíase parado ya ante el soberbio “Chevrolet” verde esmeralda, sin dignarse siquiera mirar a Peter. Este se detuvo junto a ella, abrió la portezuela y masculló:

—¿Ahora a dónde, cariño?

—A casa.

—¿A casa? —Peter retrocedió, mirándola con las cejas enormemente arqueadas—. ¡Pero si solo son las dos de la madrugada!

—Para mí es una hora excelente de retirarme a descansar... después de la experiencia inolvidable de “tu” club nocturno. Ahora comprendo que la llegada de mi padre y mía a La Habana habrá sido para ti una seria contrariedad.

—Oh, no tanto... —y tosió al captar la fulminante mirada de Ira. Entró en el coche, tomando el volante, en tanto que ella ocupaba el asiento inmediato, en el más glacial de los silencios. Repitió, como queriendo confirmarlo—: ¿A... casa, querida?

—Sí... por favor.

En silencio, Peter condujo a través del bullicio luminoso de la capital cubana en la madrugada. Cuando se detuvo frente al hotel donde residían, Ira no había despegado los labios ni dirigido la menor mirada a su prometido. Peter saltó a tierra, ayudó a su novia a la misma tarea, y entraron juntos en el hotel.

—¿Ha regresado ya mi padre? —preguntó ella al conserje, al solicitar su llave.

—Aun no, señorita Forrest —respondió el empleado, con el tono que reservaba para las personas cuya cuenta corriente bancaria superaba los cinco millones de dólares.

Peter rio entre dientes con malicia. Ira, sin dignarse mirarle, avanzó hacia el ascensor. Peter tomó su propia llave, subieron

juntos, y en el piso donde ella residía, exactamente uno por debajo del de Peter, salieron los dos.

Ira introdujo la llave en su puerta. Miró a Peter. Este a ella, y por fin ambos sonrieron ampliamente.

—¿Por qué hemos de disgustarnos el uno con el otro? —preguntó por fin la rubia millonaria.

—No lo sé. Supongo que porque no congeniamos. Y a veces es culpa mía, lo admito.

—Bien, yo también tengo la mía. No se puede doblegar fácilmente a un hombre como tú. Y menos no siendo aún tu mujer. ¿Qué derecho tengo a que dejes de divertirme? Eres dueño de tu dinero, de tus actos y de ti mismo. No se pueden pedir milagros, Peter.

—A veces eres un ángel, Ira. Pero estoy seguro de que alguna vez lograrás algo de mí. Ten paciencia, eso es todo.

—La tendré —sonrió—. Ahora, Peter, ¿serás capaz de perdonarme lo de esta noche?

—Claro, cariño. Después de todo, aquello era un infierno. Estaré mucho mejor en la cama...

—Tú sí que eres un verdadero encanto, amor mío —se inclinó impulsivamente y le besó.

A Peter le gustaba que ella le besara. Ira era preciosa y sabía besar. Todavía estaba tocándose los labios con las yemas de sus dedos, cuando ya ella había entrado en su habitación. A través de la puerta, le llegó la voz de la muchacha:

—Peter, mi vida... ¿Palabra de honor que te acostarás ahora, olvidando mi comportamiento de hoy?

—Palabra de honor, querida. Hasta mañana...

Se alejó de la puerta. Subió a su piso, entró en su propia habitación. Se tumbó en la cama, después de despojarse de su blanca americana de smoking. Maldito si tenía ganas de dormir. A aquellas horas, antes de que los Forrest llegaran a La Habana a reunirse con él, empezaba su diversión. ¿Cómo iba a dormirse?

Tuvo que levantarse de nuevo, dar vueltas por el cuarto, encender dos cigarrillos y conectar una emisora local que daba música ininterrumpida durante toda la noche, en su pequeño radio de pilas.

Cuando la emisora radió un mambo, el mismo que oyera en el “Cubanito”, respiró hondo y, poniéndose la americana de nuevo, cerró la radio, la luz y le puerta. Se dirigió en derechura al ascensor. Cuando acudió a su llamada, dijo al ascensorista:

—Abajo, muchacho.

Exactamente en el momento en que salía del hotel, hundiéndose otra vez en la noche de La Habana, el timbre del teléfono de su habitación comenzó a vibrar insistentemente. No había nadie, y por tanto nadie respondió. En otra habitación, una planta más abajo, una mano femenina, irritada, descargó un violento golpe en la horquilla de su aparato con el receptor, cuando comprobó, tras un largo minuto de llamadas, que Peter Dale no estaba en su dormitorio.

CAPÍTULO II

ALLÍ todo seguía igual. Skip dio un brinco al verle.

—¡Caramba, señor Dale! ¿Otra vez por aquí? ¿Y... solo?

Entró en el “Cubanito” haciendo un guiño a la escultura femenina recortada sobre madera. Descendió hasta la pista, ocupando una mesa que dejaban providencialmente unos alegres brasileños, con aire de turistas.

Una pareja mediocre de bailarines se esforzaban en animar al público. El hombre era poca cosa como bailarín. En cuanto a la mujer, se agitaba mucho, para disimular con su ardiente frenesí, la escasa calidad de su arte. Peter miró al camarero.

—Eh, ¿quién mil demonios son esos dos?

—Debutaron ayer. Se llaman Rita y Oswaldo...

—¡Rita y Oswaldo! No valen nada, amigo mío. Podrían ser cualquier cosa menos bailarines...

Ambos eran morenos y esbeltos. Él poseía una figura estilizada, de largas piernas, abundante melena negra, largas patillas y ojos estrechos y sumidos. Ella era una criatura digna de figurar en los ajiches de fuera, como Dora Castillo. Pero nada más. Aparte su físico, de una rabiosa sensualidad, carecía de todo. Hasta su frenético ritmo era desacorde con la música, carente de belleza y de oportunismo.

Fueron escasos y lentos los aplausos que arrancaron al desaparecer. De nuevo se oscureció la pista, cayeron tres focos de distintos colores sobre una cortina roja lateral, empezó el ritmo selvático de un mambo, y una figura como esculpida en bronce salió por allí, retorciéndose increíblemente.

Otra vez el magnetismo fabuloso de la bailarina petrificó los alientos y las miradas. Dora Castillo, con su forma subyugante de trenzar y desarticular su figura al compás frenético y delirante del

mambo, convertía en portentoso un arte menor, una línea de trabajo vulgar y sin calidades, en auténtico alarde de facultades, expresividad y genio.

Bailando, se detuvo frente a Peter, en una de sus numerosas evoluciones epilépticas. Los negros ojos centelleantes se clavaron en el yanqui. Dale sintióse virtualmente taladrado por aquella mirada intensa, fija hasta la obsesión, y no perdió un gesto, un movimiento, un detalle, de la danza de Dora Castillo.

Esta, de repente, con igual rapidez que había fijado su vista en Peter, sin quitarla durante quince o veinte largos segundos, la apartó de pronto, fijándola en otro lugar de la sala, a espaldas de Peter.

Un nuevo destello llameó en el fondo de las pupilas color azabache. Dale creyó advertir en las bronceadas carnes un temblor distinto, y en la mirada una nueva expresión, mucho más extraña que la anterior.

Era exactamente igual que si Dora hubiese mirado a una serpiente de cascabel surgida ante ella por entre las mesas. No hubiera podido expresar más terror en ese caso.

Sí, ahora estaba seguro. A pesar del alcohol y de todo lo demás. Si esa mirada no reflejaba miedo, un miedo vivo e instintivo, era que no tenía ya noción de lo que veía.

Rápido, Dale volvió la cabeza hacia el punto observado por la bailarina.

Se encontró con otra mesa. Sobre ella, un alto vaso de licor verdoso, hielo y soda. Y encima del vaso, fríamente clavados en la artista del “Cubanito”, unos ojos helados, de un azul casi metálico, bajo el doble arco de rubias cejas. Rubias como el ondulado cabello. Como el vello de un par de manos que jugueteaban con aparente inocencia con un encendedor plateado y un cigarrillo de larga boquilla.

Era un hombre joven aún, aunque acaso no tanto como parecía. La dureza de sus facciones más bien acusaba cuarenta que treinta años, que era todo lo que aparentaba el individuo. La boca era una línea fría, prieta y sin color, en un rostro anguloso. Sus ropas de etiqueta, en blanco impoluto, eran perfectas de corte y calidad. Un grueso diamante brillaba en su mano derecha, sobre un anillo de platino.

Inesperadamente, el hombre pareció advertir el interés que por él sentía Peter, y bajó hasta este sus ojos. Fue la misma fría mirada, repulsiva como la de un reptil. De nuevo el símil de la serpiente de cascabel acudió a la mente de Dale. Rehuyó su mirada, con un encogimiento vago de hombros, y miró a Dora. La muchacha se alejaba ya de la pista, terminando su número. Entonces el trompeta de la orquesta, un tipo enjuto y menudo, de amplia camisa “mambo” en mil colores, como todas las de sus compañeros de trabajo, se puso en pie, alzando su instrumento al aire para rematar la pieza con unas notas sostenidas prodigiosamente. La musicalidad estridente y metálica vibró en toda la sala, sobre un trasfondo de bongos monorrítmicos.

Entonces Dora efectuó una vuelta completa a la sala, pasando con frenéticos movimientos ante cada mesa. Cuando se paró frente a Peter Dale, su mirada se cruzó con la de él un momento. Parecía cuajada de angustia, pero acto seguido su carnosa boca sonrió frívolamente, y aproximóse hasta él, acariciando su rostro sin dejar de bailar. Hacía el efecto cómicamente, levantando carcajadas en toda la sala.

Peter estaba lo bastante bebido como para celebrar también con risas las atenciones de la bailarina. Extendió sus manos cuando advirtió los brazos de ella rodeándole el cuello. Pero la morena eludió el contacto ágilmente, riendo provocativa, y se alejó de nuevo al centro de la pista, mirando ahora por encima de Peter con cierto alivio, como si hubiera perdido de pronto un terrible lastre.

Lentamente, Peter se volvió a mirar. La mesa del alto vaso de menta seguía igual. El helado líquido verde, también. Pero el hombre rubio, de ojos azules y expresión fría, ya no estaba allí. No dio con él en parte alguna de la sala adonde miró, curioso.

Dora Castillo hacía ya mutis, con un endiablado contoneo, en pleno frenesí del mambo. Le guiñó picarescamente un ojo, y Peter estuvo tentado de salir a bailar el mambo a la pista. Pero con una risita, resolvió que era mejor seguir bebiendo. Ira sería muy capaz de enterarse a la mañana siguiente de que su prometido había bailado en la pista con una danzarina profesional, ante el regocijo del público trasnochador de La Habana. La sola idea de que eso pudiera ocurrir, le estremeció, lleno de horror.

Virtualmente, allí había terminado el espectáculo. La orquesta

comenzó a tocar melodías más suaves, las parejas salieron a bailar a la pista, y las luces recuperaron su tono uniforme y tenue. Algunos clientes se marcharon, terminado el show.

Peter resolvió ir a cualquier otro lugar a divertirse, porque el “Cubanito” había perdido ya todo posible interés. Abonó su consumición y encaminóse a la salida. Skip le despidió con un afable “Hasta mañana, señor”, y Dale se encontró de nuevo en la calle.

Seguía haciendo calor. En La Habana hacía siempre calor, pensó Peter, maldiciendo esa circunstancia. Se echó mano al bolsillo, para sacar su pañuelo y enjugarse el sudor, camino del “Chevrolet” verde aparcado en la esquina inmediata. Algo tintineó en el suelo y Peter miró, sin ningún interés, por si era alguna pequeña moneda perdida en sus bolsillos. Pero no. Era una llave. Una llave pequeña, plana, de color oro. Una llave que no había visto jamás.

Se inclinó, algo bamboleante ya, a recogerla. Hipó, perplejo, examinándola entre sus dedos. En torno suyo no había nadie que pudiera haberla perdido, lo cual confirmaba la impresión de que era suya, aunque el alcohol no le dejara recordarla.

Por tanto, con absoluto descuido, la metió entre los pliegues de su húmedo pañuelo y sepultó ambas cosas en el bolsillo, olvidándose de todo en el acto.

Avanzó unos pasos más, hasta estirar la mano y asir el pomo de la portezuela de su coche. A sus espaldas surgió una sombra, y una voz pidió gravemente.

—¿Me da fuego, por favor?

Volvióse Peter torpemente, mirando al hombre que le interpellaba. Reconoció al tipo de ojos azules y pelo rubio del vaso de menta. Lo estudió de hito en hito, mientras buscaba su encendedor. Cuando se lo tendió, el hombre prendió su llama y la mirada pareció de acero por encima de ella. No la separó una sola pulgada de Peter, ni para prender su cigarrillo.

—Gracias, señor —le devolvió el encendedor.

—De nada. Buenas noches —y Dale se dispuso a entrar en su coche.

—Espere un momento.

Habían apoyado una mano en su hombro. Ruda y

desabridamente. Dale se puso en guardia a pesar del alcohol. No le gustaban esas bromas. No le gustaba que le tocaran manos ajenas, si no eran las dulces y delicadas de una damisela. Y aquel tipo no tenía nada de eso.

Volvióse en redondo y experimentó una desagradable sensación al ver la otra mano del rubio en su bolsillo lateral de la americana clara e impecable. Algo voluminoso se marcaba bajo el hilo. No le cabían dudas sobre lo que podía ser.

—¿Qué quiere ahora? ¿Más fuego? —bromeó duramente Dale.

—Muy chistoso —el otro reía solo con los labios. Acercóse a él sin soltarle el hombro y sin soltar el chisme de su bolsillo—. Pero ahora el fuego puedo dárselo yo. ¿Le gustaría?

—Creo que no. ¿Qué busca? ¿Mi cartera? No se llevará más de veinte dólares. En el “Cubanito” roban con mucha más eficacia que ustedes, los granujas de arrabal.

—¡Basta de tonterías! —cortó abruptamente el tipo de ojos azules—. Ya sabe lo que quiero: lo que le dio Dora. ¡Y en el acto!

—¿Dora? ¿Qué Dora? —Peter no entendía aquello.

—Le advierto que tengo poca paciencia. Vamos adentro, a su coche, y terminaremos esta charla como buenos amigos... si es que le gusta mi amistad. ¡Andando!

—No me gusta su amistad —dijo Peter entre dientes—. De modo que lo siento.

Abrió la portezuela. Al mismo tiempo dio al caballere de tono agresivo una soberbia lección de lucha libre. Su cuerpo, pese al lastre penoso del alcohol, flexionó hacia adelante con tal violencia y brusquedad, que la férrea presión de la mano sobre el hombro actuó de disparadero, y el cuerpo de su atacante brincó de forma cómica por encima de él, resbaló sobre la propia espalda de Peter Dale, estrellándose aparatosamente contra la carrocería del “Chevrolet”, y derrumbóse después sobre el pavimento. Un arma rebotó en el asfalto, hasta quedarse junto a un zapato de Dale.

El joven yanqui inclinóse, tomándola con rapidez cuando el otro se empezaba a incorporar, jurando nerviosamente, y algunos curiosos acudían ya a ver lo que pasaba.

—¿Le ha gustado mi prueba de buena amistad, muchacho? —rio agudamente Peter.

El tipo de ojos azules le miró largamente, como dudando sobre lo que debía hacer ante el cambio de papeles. No dejó de observar, furioso, la pistola que Peter le había arrebatado y esgrimía con bastante seguridad, demostrando que no era la primera vez que se veía en un trance similar.

—¡Le encontraré otra vez y entonces no tendrá tanta suerte! — rugió entre dientes, echando a correr con presteza.

Peter no hizo acción de detenerle. Su ágil cerebro se había despejado con la acción. Contempló la figura fugitiva perdiéndose tras una esquina, bajó los ojos hasta la negra automática empavonada, y la tiró con un encogimiento de hombros dentro de la bolsa de la portezuela de su coche, comentando entre dientes:

—Lástima... Si cosas así ocurrieran a diario, La Habana sería muy divertida.

—¿Le ha ocurrido algo, señor?

Se volvió con sobresalto, por segunda vez en poco tiempo. Aquella voz suave, que hablaba el inglés con untuoso acento sudamericano, acababa de sonar exactamente junto a su tímpano derecho, y pensó si se vería en nuevas dificultades.

Pero la actitud y presencia del nuevo personaje era muy diferente a la del desconocido agresor. Este era bajo, moreno, de ancho bigote y negros ojos penetrantes, que le estudiaban con afable preocupación. Su traje azul claro era irreprochable, aunque algo amplio para él.

—No, nada. Pudo ocurrirme, pero la cosa no pasó a mayores. El tipo se largó enseguida.

—Sí, ya he visto... ¿Y qué quería Cornell Duke de usted, señor?

—¿Cornell Duke? ¿Se llama así ese hombre? ¿Y cómo lo sabe usted?

—Es mi obligación saber esas cosas, señor Dale.

Peter expresó su desconfianza en el gesto, a la vez que escrutaba al cubano.

—Oiga, ¿también es obligación suya conocer mi nombre?

—Aunque le parezca extraño, así es —sonrió amablemente el otro—. Permita que me presente, señor Dale. Inspector Manuel Acosta, de la Policía cubana. Usted frecuenta ese local y yo también. Pero usted no se fijó en mí. Nadie se fija en mí. En

cambio, Manuel Acosta ha de fijarse en los demás, saber quiénes son... Es mi oficio, señor Dale.

Le mostró un distintivo de la Policía, junto a una tarjeta de identidad con su fotografía y el emblema oficial. Peter le saludó inclinado de cabeza.

—Bueno, eso cambia las cosas. ¿Conoce a ese pájaro de Cornell Duke?

—Sí, señor Dale. Es compatriota suyo por cierto.

—¿Americano?

—Eso es. Hasta ahora no ha dado motivos para actuar contra él, pero tenemos informes suyos de la Policía norteamericana. Es un pistolero, un tipo peligroso, metido en negocios turbios. No le aconsejo que se enemiste con él, señor Dale.

—Lo malo es que ha sido él quien se ha enemistado conmigo —confesó Peter, perplejo—. Y al parecer por un equívoco sin sentido. Creyó que esa chica, la bailarina...

—Oh, Duke siempre anda metido en líos de faldas —comentó Acosta—. Fue sospechoso de un homicidio en San Luis, Missouri, por cuestión pasional. Lo malo es que no se pudo probar nada de nada y le dejaron suelto.

—Un pájaro escurridizo, ¿eh? —comentó Peter—. ¿Tiene licencia de armas?

—No —el interés asomó en los ojos de Acosta—. ¿Llevaba alguna?

—Sí. Yo... —iba a decir que él la tenía, y entregarla. Pero pensó que eso no probaría nada. Cornell Duke parecía tipo capaz de negarlo y saber que nadie podría probar que el arma fuera suya. Evidentemente, Acosta no había observado ese punto. Rectificó—: Yo... creo que empuñaba una en su bolsillo. Cuando vuelva a verlo por ahí, hágalo registrar. Es posible que encuentre motivos para echarle de Cuba, inspector.

—Sería una excelente noticia. Pero no creí que fuera tan tonto como para cometer un error así. De todos modos, señor Dale, avise si le molesta de nuevo, y le haré detener.

—Muy amable, inspector. Si la próxima vez no dispara sobre mí y me vuela los sesos, le daré detallada cuenta de todo.

Entró en el coche, agitando la mano. Acosta le despidió con una

sonrisa, y quedóse atrás, de pie en el bordillo de la acera, profundamente pensativo.

* * *

—¿Has descansado bien, cariño?

Peter miró de hito en hito a Ira. Estaban almorzando en la terraza del hotel, bajo un parterre que envolvía en frescura el lugar, mientras el sol del trópico caía ya con fuerza en las calles de La Habana.

—Sí, querida —admitió, eludiendo la penetrante mirada de su prometida—. De un tirón hasta esta mañana. A veces es realmente saludable retirarse a descansar a buena hora. Creo que empezaré a pensar sobre la conveniencia de dormir más horas, Ira querida.

—¡Eres el cínico más grande y repugnante del mundo, Peter Dale! —exclamó ella en tono metálico, centelleándole las bellas pupilas. Su padre la miró con verdadero asombro—. ¡No sé cómo puedo pensar siquiera en que cuando nos casemos puedas decirme una sola verdad o serme fiel ni siquiera por un momento!

—Pero, hija mía, ¿qué es lo que le dices a Peter? —protestó Sheldon Forrest, el rico padre de Ira, dirigiendo miradas a uno y otro lado—. ¿A qué vienen esos reproches?

—Esos reproches, papá, se deben a que este grandísimo bribón, una vez regresamos al hotel, tuvo la desfachatez de volverse a ausentar, sin duda a seguir recorriendo esos tugurios que tanto le complacen.

—Ira, yo te aseguro formalmente que...

—¡Formalmente! ¡Peter Dale, serías capaz de jurar las mayores atrocidades y quedarte tan tranquilo, sin remorderte siquiera la conciencia!

—Bueno, ir a divertirse a los clubs nocturnos no es tan grave... —empezó el viejo Forrest. Y ante la mirada de horror de su hija, carraspeó gravemente y miró a Peter con aire torvo—. Aunque la verdad es que estando aquí tu prometida, pues resulta un poco...

—¡Un poco! Solo tú, papá, serías capaz de encontrar pretextos a Peter, de justificarle en todo lo que haga de censurable.

—No, no, eso nunca —guiñó un ojo a Peter y agregó—: Me limito a poner paz, puesto que creo que Peter es un muchacho

incapaz de hacer nada realmente malo y...

El timbre del teléfono les interrumpió. Peter miró irritado hacia la mesita cercana al ventanal de la terraza, donde reposaba el aparato.

—Creí que había dado instrucciones de que no nos molestaran durante el almuerzo —gruñó Sheldon Forrest—. ¿Qué mil diablos querrán ahora?

—Yo lo veré —dijo Peter, levantándose y acudiendo al teléfono.

Preguntó lo que querían, y una voz respondió gravemente:

—¿Es el señor Dale, Peter Dale?

—Sí, yo mismo. ¿Qué es lo que desean?

—Tal vez no me recuerde, señor Dale, pero soy el inspector Acosta, de la Policía cubana. Anoche tuve ocasión de conocerle personalmente a la salida del “Cubanito”.

—Sí, lo recuerdo, en efecto —admitió Peter, sorprendido—. Iba algo bebido, pero no me he olvidado de eso. Si se trata de algo relacionado con aquel tipo, no tengo interés especial en seguir causa alguna contra él, de modo que puede olvidarse de ello, inspector.

—Por desgracia, no se trata de eso, señor Dale.

—¿Qué es entonces? ¿Algo peor?

—Sí. Los periódicos aún no publican la noticia, pero esta madrugada asesinaron a Dora Castillo, la bailarina de mambo del “Cubanito”. ¿La recuerda?

Peter no contestó. Se había quedado virtualmente sin habla. Tras un silencio largo, logró articular un monosílabo:

—La mataron con una navaja automática, de esas de muelle a presión —completó el policía—. Algo horrible, señor Dale... Yo quisiera rogarle que viniese a su vivienda, en los Apartamentos Marianao. Creo que puede serme usted de alguna ayuda. ¿Cree que podrá venir?

—¿Ahora mismo?

—A ser posible... sí.

—Está bien. Espéreme ahí, inspector.

Colgó, mirando reflexivo hacia la terraza donde almorzaban Ira y su padre. Ahora iba a ser preciso admitir la verdad de su escapada nocturna. Ya no había otra salida.

No sabía para qué podía quererle el policía en el escenario de un crimen brutal. Pero algo le dijo que no iba a ser un breve contacto con el suceso lo que le esperaba.

Una bailarina de mambos, hermosa y llena de vida, había sido asesinada poco después de que le pasara los brazos por el cuello. Poco después de que un pistolero yanqui le amenazó con un arma por causa de esa misma mujer.

La última pirueta de Dora Castillo había sido trágica. Trágica y sangrienta...

CAPÍTULO III

UN taxi le dejó ante los Apartamentos Marianao. Se encontró mezclado con los curiosos que rodeaban la mansión de doce o catorce pisos situada en el mejor distrito residencial de La Habana. Un par de agentes de uniforme guardaban las puertas.

Citó su nombre, y uno de ellos asintió, autorizándole a pasar.

Encontró al afable inspector Acosta en el apartamento B-32, de la tercera planta. Era el que había ocupado Dora Castillo durante sus días de estañera en La Habana, según le mencionara el agente de guardia de la puerta al franquearle el paso. El policía de negros ojos le estrechó la mano en el mismo umbral de entrada y luego le hizo una seña para que entrara en el apartamento.

—Pase, señor Dale —dijo lentamente—. No es nada agradable, pero puede verlo... ¿No ha visto nunca un cadáver?

—En la guerra vi muchos, inspector. Si espera que me desmaye, pierda toda esperanza.

—No es usted de los que se desmayan, ni siquiera ante un espectáculo desconocido. Estoy seguro de ello.

Peter no contestó. Estaban cruzando por entre varios agentes, fotógrafos, técnicos y periodistas, agrupados en una salita. Un policía uniformado les abrió la puerta, al fondo del recibidor. Un reportero disparó una placa, y Peter le miró de hito en hito con aire amenazador.

—Oiga, amigo, no soy ninguna celebridad —dijo secamente—. De modo que puede romper esa placa antes de revelarla, si no quiere gastar en vano.

El periodista rio, y Peter entró tras de Acosta en la habitación inmediata. Resultó ser un *living* bien amueblado, con alegres cortinas azules. Una de ellas aparecía salpicada de sangre. También se veían manchas rojas sobre el tapizado azul de un canapé.

Y al pie de ese canapé estaba Dora Castillo. Tal como la viera bailando mambos, horas antes. Acaso con menos ropa todavía, porque una larga bata de seda blanca, cuyo cordón permanecía anudado a su cintura, había caído, sin embargo, hacia atrás, resbalando por sus redondos hombros cobrizos, y mostraba el seno ensangrentado, del que asomaba, recta y siniestra, la empuñadora de nácar de una de esas navajas automáticas, en forma de puñal, que pueden adquirirse en cualquier tienda por unos centavos.

Alrededor de ese pomo escalofriante, sangre, mucha sangre, hasta ensuciar la espesa alfombra, el canapé, el blanco impoluto de la bata arrugada bajo su cuerpo. Los ojos enormes, oscuros y vivos de Dora, eran ahora terriblemente fijos y helados, mirando sin ver hacia el techo de la habitación. Tenía crispada una mano sobre la alfombra, hasta el punto de que había arrancado pelusa a la misma. La otra, agarrotada cerca del arma homicida, había parecido luchar en vano por arrancarse la hoja. La muerte debió sorprenderle en ese mismo afán.

Una chinela de raso azul seguía aún encajada en su pie derecho. La chinela izquierda yacía boca abajo, a cosa de un par de yardas. El gesto de terror grabado en su rostro era terrible. Parecía incapaz de comprender cómo llegaron a matarla o por qué.

—Es espantoso... —aseguró Peter Dale, estremeciéndose, y con la mirada clavada en aquella mujer que la noche antes le había parecido hermosa, turbadora, electrizante. Y ahora no era más que un cadáver ensangrentado, la víctima de un sórdido y repulsivo asesinato.

—Espantoso e incomprensible, señor Dale —aseveró suavemente a su lado el inspector cubano—. ¿Quién pudo haber tenido interés en eliminar salvajemente a esta muchacha?

—Es lo que yo me pregunto. Y aún me pregunto otra cosa —se volvió a Acosta—. ¿Por qué me ha llamado a mí? Yo no la vi más que en la pista, bailando un par de mambos capaces de producir más efecto que una descarga de diez mil voltios. Pero nada más. Jamás la había visto antes de entonces, nunca crucé una palabra con ella ni sabía cosa alguna de su vida. Usted, en cambio, me hace ver este horror... y dice que le interesa que acuda.

—Eso es. Y usted ha acudido —sonrió suavemente Acosta.

—¿Eso va a hacerme sospechoso tal vez? —Peter le replicó

abiertamente con una sonrisa tan segura como la del policía.

—¿Quién ha dicho tal cosa?

—Nadie. Por eso la digo yo. No creo que solicite mi ayuda como detective, porque jamás he sido nada parecido a eso. Luego, quiere preguntarme algo, saber alguna cosa.

—Eso es, señor Dale. Recordará que dio un duro escarmiento a un tal Duke, Cornell Duke, anoche frente al “Cubanito”. Usted me dijo entonces que todo fue por Dora Castillo. En aquel momento eso carecía de importancia. Ahora... ahora es de sumo interés para mí.

—Yo pretendí explicarle lo que arguyó aquel tipo. Según él, Dora me entregó algo que él reclamaba. Y no hablamos nada más.

—¿Qué era ese algo?

—Nada.

—¿Nada? —Acosta, incrédulo, enarcó sus negras cejas.

—Absolutamente nada. Dora no pudo entregarme nada porque no me conocía, ni siquiera se acercó a mí y... Bueno, se acercó durante el baile, pero lo mismo que a otras mesas. Me hizo una tontería y siguió bailando. Ya sabe, lo que hacen esas chicas al danzar.

Acosta parecía desilusionado.

—¿Y... nada más?

—Nada más —los grises ojos de Peter aguantaron la mirada de Acosta fríamente, sin inclinarse un momento—. ¿Defraudado, inspector?

—Mucho —suspiró, dándose por satisfecho con muy rara y sospechosa rapidez. Luego volvióse hacia una puerta adyacente, acercóse a ella y golpeó con suavidad. Ante la extrañeza de Peter, se abrió esta, y un rostro asomó por ella, bajo la gorra de plato de la Policía cubana. Acosta ordenó—: Traigan al chico.

—¿El chico? —Peter Dale enarcó las cejas, sin entenderlo—. ¿Qué ocurre ahora?

—Mis preguntas sobre su posible amistad con Dora Castillo han tenido una rápida y lamentable terminación, puesto que usted nada sabía de ella, defraudando mis esperanzas. Ahora le ruego me sirva de colaborador en un aspecto diferente del asunto. ¿No es cierto que ha frecuentado muchas veces el “Cubanito” durante su estancia

en La Habana?

—Cierto. Usted lo sabe.

—Bien. En ese caso, tal vez pueda ayudarme más de lo que cree...

Volvióse Acosta hacia la puerta, que al abrirse mostró la figura pequeña, morena y familiar de Skip Sanders, el "botones" del "Cubanito". Peter lanzó una exclamación. Skip no le respondió con su afable sonrisa de siempre. Por el contrario, estaba llorando, y gruesos lagrimones resbalaban por sus mejillas bronceadas. Los grandes ojos oscuros se fijaron en Peter con cierta esperanza, y su boca balbució, entrecortadamente:

—¡Señor Dale, señor Dale...! ¡Usted...!

—Hola, Skip —volvióse al policía, intrigado—. ¿Qué pasa con ese chico?

—Hasta ahora, nada. Fue la última persona que vio con vida a Dora.

—¡Yo no lo hice, señor Dale, créame! —lloriqueó el desdichado Skip, crispando el gesto con un patetismo natural y enternecedor—. ¡Solo la acompañé hasta su casa, porque así me lo pidió ella! ¡Pero no tengo nada que ver con esto, se lo juro, señor Dale...!

—Bueno, bueno, Skip —asintió Acosta—. No hemos pensado siquiera en ti como autor de esto, tranquilízate. Son de esas cosas que precisan de otra clase de seres para llegar a realizarse. Quería ver la impresión que tenía usted, Dale, al ver a Skip aquí...

—Realmente de asombro. Le conozco hace bastante tiempo. Es un buen muchacho.

—Estoy de acuerdo con usted. Sin embargo, Skip dice que Dora le pidió acompañamiento, cuando la verdad es que jamás lo había solicitado ella antes, ni le gustaba llevar a nadie al lado. ¿Por qué tuvo que pedirle a Skip, precisamente anoche, que la acompañara? ¿Qué razones dio para ello? Según Skip, ninguna. Solo le pidió eso, y él accedió. Dice que no observó que nadie les siguiera, que dejó a Dora en la puerta del ascensor, marchándose cuando oyó arriba el sonido de su llave en la cerradura y la puerta que se cerraba, tal como habían quedado previamente al parecer. Incluso Dora le despidió con un "Buenas noches, Skip, y gracias por todo..." Entonces él se marchó tranquilo.

—Hasta ahora, todo eso suena a perfectamente normal, inspector.

—Sí, de acuerdo. Además, hay una vecina, la señorita Masón, del apartamento B-30, que confirma haber oído esa despedida, después el chasquido de la puerta, y cosa de un minuto después el zumbido del timbre de esa puerta misma, que no tardó en abrirse de nuevo, cerrándose a continuación. Posteriormente la señorita Mason ya no oyó más, aunque juraría que percibió el golpe sordo de un cuerpo en tierra, pero de eso no está bien segura, cosa de un par o tres de minutos después.

—Esa señorita Mason tiene un oído muy fino, ¿eh? —comentó, burlón, Peter.

—Los paneles de estos apartamentos son notablemente débiles. Hemos comprobado ese extremo, y sin ser demasiado chismosa, pudo percibir cuanto dice sin dificultades. Pero no es eso lo que me preocupa. Es la declaración de Skip.

—¿Volvemos a él? —comentó Peter, mirando pensativamente al “botones”.

—Sí. Se niega a admitir que viera a persona alguna en el vestíbulo, en la acera o el centro de la calle, cuando salió del edificio, nada más despedirle Dora Castillo. Y eso no pudo ser posible, porque si alguien entró allí un minuto más tarde, por fuerza se tuvo que cruzar con Skip en alguno de esos lugares. El tiempo no da para más.

—Pudo ser más de un minuto, aunque la señorita Mason arguya que no. Y pudo estar la visita de Dora Castillo aguardando a esta en el pasillo, por ejemplo.

—¿Está loco? —Acosta rio entre dientes—. Venga conmigo un momento, Dale.

Volvieron a cruzar el ruidoso círculo del vestíbulo, ante la general curiosidad, y Peter comprendió lo que Acosta quería hacerle entender. El pasillo de aquella ala del edificio carecía de recodos. Era una recta, no muy larga, con puertas a ambos lados. A la luz del día o a la artificial de la noche, todos los rincones eran visibles, y los quicios de las puertas demasiado breves para ocultar a persona alguna. Había dos ventanas, de sistema guillotina, a ambos extremos. Pero Acosta aclaró, al observar la mirada de Peter:

—Ninguna tiene escalera de incendios. Esas dan a las ventanas privadas de los apartamentos. De modo que el visitante, viniera de donde viniera, tuvo que encontrarse con Skip.

Peter sonrió, señalando la puerta rotulada: "ESCALERA". Y sugirió:

—¿Qué me dice de estar oculto en el piso de arriba? ¿O en el de abajo?

Acosta pareció vacilar. Era una derrota que presentía, sin duda. Y argumentó aún:

—Muy arriesgado. Aquí viven muchos artistas de clubs nocturnos, teatros y cosas así. Cualquiera que volviese antes que Dora, podía verle fantasmoneando por ahí, y daría tal vez la alarma.

—Sí, no es cosa muy segura para un merodeador, pero es factible —Peter miró la doble hilera de puertas—. O cualquiera de esos apartamentos... pudo ocultar al visitante hasta el momento propicio. ¿No ha pensado en esa posibilidad?

Acosta miró al yanqui con fijeza.

—¿Un cómplice aquí?

—¿Por qué un cómplice? Acaso algo mucho más sencillo: el propio inquilino.

—Sí, ya lo he pensado. Dos compañeros de trabajo de Dora viven aquí. Pero solo desde ayer, fecha de su debut en La Habana. Rita y Oswaldo, dos bailarines del "Cubanito".

—Creo recordarles —Peter arrugó el gesto—. Malos con rabia. Pero volvamos a Skip: ese muchacho puede asegurar la verdad, Acosta. ¿Por qué lo retiene ahí? Es un muchacho, casi un niño...

—Tiene dieciocho años, Dale. Y pudo ver a alguien. Alguien cuya identidad le causa el suficiente temor como para no mencionarlo. Estoy seguro de que encubre algo. Y no sé lo que pueda ser, la verdad. Pero cuando le pregunté si se había cruzado con alguien, vi el miedo en sus ojos, Dale. Sé conocer el miedo dondequiera que lo vea. Era miedo, casi terror. Luego lo ocultó rápidamente y siguió jurando que no vio a nadie, que regresó a la parada del autobús, de donde salía ya el primero de la madrugada, hacia su vivienda, bastante alejada del centro. Vive con una tía anciana, solos los dos. Gente humilde y de escasos medios. Es

ciudadano americano, ya lo sabrá usted, aunque lleve más de doce años en Cuba. Por eso quise conocer su opinión sobre él. A veces los policías no somos totalmente justos en calificar a la gente. Skip es un buen chico, pero pudo ser sobornado, amenazado... o estar sencillamente de acuerdo con alguien, para llevar a Dora a una trampa. ¿Qué le parece de todo eso, Dale?

—Si quiere mi opinión sincera, le diré que no me parece Skip de los que se dejen sobornar en un asunto tan feo como este. Y menos aún servir de cómplice. En cambio, a su edad, cualquier muchacho puede asustarse si le amenazan.

Acosta meditó un breve tiempo. Luego levantó la mirada hasta Peter.

—Gracias. Ha sido usted muy amable al ayudarme. No le molestaré más, porque usted debe tener ocupaciones importantes que atender. Sé que su prometida y su futuro suegro están en La Habana ahora...

—No me los nombre —Peter se estremeció. De pronto, miró a Acosta con interés—. Dígame una cosa, inspector. ¿De veras me ha llamado solo para que le diera mi impresión personal del asunto? Me parece una actitud algo... ligera, en un investigador oficial. Usted es demasiado listo para fiarse de un simple turista yanqui...

—Exacto —Acosta sonrió enigmáticamente—. Pero soy también lo bastante listo como para pedir ayuda a un hombre cuyo ingenio en la creación de famosos misterios policíacos, editados en el mundo entero, puede darle cierta habilidad en aplicarlo a la vida real, señor Dale.

—¿Sabía usted también que yo...?

—¿Que es usted “Peter Gold”, el autor de “Misterio en la carretera 306”, “Sangre en mis manos” y “Homicidio legal”, entre otras? Naturalmente, mi querido señor Dale. Hay cosas que un policía no debe ignorar...

—Empiezo a pensar que, además de una cantinela inevitable en usted, esa frase es la pura realidad, inspector —comentó Dale, perplejo, regresando al interior del apartamento.

Acosta sonrió ampliamente al seguirle.

—Sabía que iba usted a interesarse por el asunto —concluyó, muy ufano.

Skip Sanders toleró con menos llanto las preguntas rápidas e incisivas de Peter Dale. Confirmó la historia en los mismos términos que citara Acosta. Dora Castillo no había expresado razón concreta alguna sobre los motivos de su petición, salvo que parecía mostrarse preocupada, y confesó estar algo intranquila, sin añadir el por qué.

—Ella misma me indicó que esperara abajo, junto a la puerta del ascensor, hasta que ella me despidiera antes de cerrar la puerta. Imaginé que sentía miedo de estar sola, aunque pareciese una tontería, y que quería comprobar que su apartamento estaba normalmente, antes de cerrar la puerta y despedirme —Skip hablaba con voz algo quebrada, pero tranquila y firme—. Cuando hubo dicho aquello de “Buenas noches, Skip”... me tranquilicé, respondí en igual tono, y me fui. No encontré a nadie, aunque el inspector no quiera creerme, señor Dale. Puedo jurárselo...

—Está bien, está bien, Skip; el inspector ha empezado a creer que dices verdad, porque hay otras posibilidades en las que no se había pensado aún. Sigamos: tú conoces bien el “Cubanito”, y hacía cinco días que Dora trabajaba allí. ¿Qué amistades tenía, con quién se reunía más frecuentemente?

Si aquel relampagueo en los negros ojos del muchacho no era exactamente lo que captara Acosta anteriormente, es que Peter no sabía leer la expresión de las personas.

—No, yo no sé nada de los artistas ni de su vida privada, señor Dale. No me fijo...

—Sí te fijas, Skip. No puedes esperar que te crean, si signes ocultando cosas.

—¡Pero, señor Dale, si la señora Cassidy se entera de que yo hablo de esas cosas, me despedirá inmediatamente! —protestó, débilmente, el muchacho—. ¡Y necesito ese empleo!

—Un momento. ¿Quién es la señora Cassidy, Skip?

—Dalia Cassidy, la propietaria del “Cubanito”. Casi nunca aparece por allí, pero controla todo el negocio con mucha eficiencia. Es una mujer de negocios, dura y severa, que no permite infracciones en el servicio.

—Un asesinato permite muchas cosas que la señora Cassidy habrá de tolerar, Skip —cortó Acosta, sentado junto a Peter y el muchacho—. Vamos, responde, hijo.

—Está bien —el sudor empapaba la frente morena del muchacho—. Lo cierto es que había un cliente, americano, que molestaba a la señorita Castillo con alguna frecuencia. Era un tipo rubio, de ojos azules. Creo que se llama Duke, o algo así...

Peter y el policía cambiaron una rápida mirada. Peter alentó a Skip:

—Sigue, muchacho. ¿Qué más?

—No he sabido si se conocían o no, pero la señorita parecía siempre bastante atemorizada cuando le veía, como si realmente le tuviera cierta prevención. Pero no pasó nada en esos cinco días. Claro que el sábado estuvo a punto de ocurrir, pero Dugan lo evitó...



—¿Qué pasó el sábado y quién es ese Dugan?

2 — MUERTE

—¿Qué pasó el sábado y quién es ese Dugan a quien te refieres?

—Duke estaba bebiendo ya, antes del espectáculo. Apenas había gente. Yo entré en el club, para cambiarme de ropa y empezar mi tarea. Dora Castillo había debido de entrar poco antes, y cruzaba la sala hacia los camerinos, cuando ese Duke se le puso delante y la tomó por una muñeca, hablando en voz baja, con tono amenazador. No pude saber lo que hablaban, pero ella sí dijo en tono algo más elevado: “¡Suélteme, bruto! ¡Me hace daño!”. Dugan es el trompeta de la orquesta, ese chico bajito, que viste un mambo

amarillo, rojo y azul. Un buen trompeta, eso sí. Salía de los camerinos en aquel momento, con su instrumento en la mano. Se acercó a ellos y conminó a aquel tipo a soltar a Dora y largarse. Pero él se envalentonó, hasta que Dugan, muy decidido, levantó su trompeta como si fuera un bastón, y le dio con ella en la cabeza. Ese tal Duke juró que le habían matado, gritó como una fiera, pero finalmente echó a correr, marchándose sin escandalizar más. Dugan se interesó por Dora, y ella se dejó acompañar dentro por el músico. Eso fue todo.

—¿Has vuelto a ver a Dugan y a ella juntos?

—No. Pero Magnus Dugan la miraba a veces con una expresión que me hacía reír. Los demás músicos decían que se había vuelto loco desde que la defendió, como un caballero, a golpes de trompeta. Esas bromas creo que molestan mucho a Dugan. Es un buen chico, ¿sabe?

—¿Y no puedes añadir nada más a lo que nos has contado de Dora Castillo?

—No, creo que no. Eso puede costarme el empleo, señor Bale...

—No temas. Tu patrona no se enterará de nada de esto. ¿Tenía admiradores Dora Castillo?

—Los de siempre de todas las estrellas de estos clubs. Tipos que van cada noche, solo por ver a una chica determinada, otros que pagan por tener una mesa cerca de la pista propinas fabulosas... y otros más raros, como aquel que pagó propinas a todo pasto, por tener una mesa lo más lejos posible de la pista, y admirar desde allí a Dora dos noches seguidas...

—¿Eh? —Acosta se interesó vivamente—. ¿Quién era ese?

—No puedo saberlo, inspector. Era joven, alto y pelirrojo. Muy atlético. Vestía muy bien, era un tipo elegante y de gestos delicados. Iba tirando el dinero con tal de ver a Dora de lejos. Las dos veces se marchó, después de verle un número desde una mesa muy alejada.

—¿Es habitual esa actitud? —preguntó Acosta—. ¿Ha ocurrido otras veces?

—Nunca —sonrió Skip—. Pagan lo que sea por verlas de cerca, pero de lejos... ¡ni soñarlo, señor!

—Ya... Tendremos que buscar a ese misterioso admirador que

gusta de la lejanía. Bien, Dale, le agradezco que se haya prestado a interrogar a Skip de todo esto. Con usted ha sido más explícito, porque tiene menos desconfianza que al enfrentarse a nosotros. No puedo pedirle más, aunque lo cierto es que me hubiera encantado contar con su colaboración. Tengo entendido que ya en cierta ocasión, en Nueva York, prestó su ayuda a la policía en un raro caso de contrabando, descubriendo la forma de introducir la droga en el país.

—Oh, fue una pequeñez —sonrió Peter, quitándole importancia a la cosa—. Tengo buenos amigos en el Departamento Central, que me ayudan en mis casos ficticios. Juzgué equitativo ayudarles a mi vez en una consulta. Pero no soy ningún brillante detective. Los autores de dramas policíacos somos bastante torpes en la vida real, inspector.

—Usted no tiene nada de torpe —aseguró el cubano con una expresión astuta—. Pero no insisto. Sé que tiene muchas cosas que hacer, y sería injusto retenerle más. Puede irse. Y si quiere, llévase a Skip con usted. No le voy a necesitar de momento. Pero escucha esto, muchacho; no he terminado aún contigo, y estoy seguro de que me ocultas algo. Sin embargo, no insistiré sobre ello. Y si algo sabes, ten cuidado. Hay ocasiones en que es peligroso saber demasiado sobre alguien, cuando hay un crimen por medio.

Peter no perdía de vista el rostro del “botones”. Bajo la tez bronceada, palideció ligeramente el muchacho, inclinó su negra mirada y hubiera jurado que se estremeció. Pero no dijo nada, y se dejó conducir por Peter hasta la salida del apartamento. Ya allí, el yanqui se volvió aún, formulando una última pregunta a Acosta:

—A propósito, inspector, ¿nadie oyó gritar a la víctima?

Acosta tuvo un gesto de sobresalto. Miró a Peter como si hubiera temido esa pregunta.

—Nadie. Si gritó, no fue escuchada su voz, pese a la fragilidad de los paneles. He comprobado eso nada más descubrirse el cadáver por la mujer de la limpieza de estos apartamentos, cuando entró con su llave duplicada. La puerta estaba sin fracturar, la cerradura normal, y no había rasgos de violencia, salvo la víctima y la sangre. Sangre por doquier, eso sí. Excepto el grito de esa pobre mujer de la limpieza ante el espectáculo, que escuchó todo el vecindario de este piso, y parte del de otros, nadie escuchó nada anoche. Señal de

que la víctima no gritó, porque en plena noche se hubiera percibido sin lugar a dudas.

—Eso mismo pensaba yo... —Peter miró, perplejo, hacia la puerta tras de la cual estaba el cuerpo bañado en su propia sangre, con aquel vulgar y horrible cuchillo hincado sobre el seno izquierdo, justamente encima del corazón—. Una herida de arma blanca... sin un grito siquiera. Desconcertante, inspector...

Luego, tomó a Skip por los hombros y salieron juntos del apartamento trágico.

CAPÍTULO IV

IRA clavó su fría mirada en Peter, con auténtica expresión de hostilidad.

—No pretenderás decirme que vas a convertirte en uno de los héroes de tus absurdas novelas, ayudando a ese policía a investigar ese caso, ¿verdad? —dijo, con peligrosa suavidad.

Peter cruzóse de piernas, ante el panorama soleado de La Habana, a siete pisos sobre el nivel de la calle, en la alegre y confortable terraza del hotel. Su expresión tuvo algo de heroica al enfrentarse a su prometida.

—Exactamente, querida —afirmó con la misma suavidad utilizada por ella—. Voy a comprobar si un crimen en la vida real puede llegar a resolverse como en las novelas. Estoy harto de mis misterios ficticios y de tramas urdidas. Quiero realidad. Y para una vez que se presenta la ocasión, voy a aprovecharla.

—Estás rematadamente loco si piensas así, Peter. Ese policía se burla de ti o quiere vigilarte como a un sospechoso más, dorándote la píldora. Pero esa fantasía de ser tú un detective y todo lo demás... suena a opereta. ¿Es que tu mente privilegiada no lo ha comprendido así ya?

Dale soltó una risita amable y divertida, sin variar de posición.

—Mi adorada Ira, sería el más tonto entre los tontos si no viera el propósito de ese simpático y afable caballero llamado Acosta, que sonreiría igual el día que me condujera a la horca, pongamos por caso.

—¿Es que existe la horca en Cuba? —preguntó ingenuamente Ira.

—No lo sé ni me importa. Estoy hablando en sentido figurado. Sé que Acosta sospecha de mí, por muy escritor que sea, y por muy famoso que resulte mi seudónimo. Imagina que yo tuve alguna

relación con Dora Castillo, esa pobre muchacha...

—¿Y no es cierto? —se mofó dulcemente Ira, entornando los ojos.

—¿También tú vas a empezar con eso? —Peter suspiró fuertemente—. Mira, cariño, no había visto a esa chica hasta anoche. Lo cierto es que salté de la cama y volví al “Cubanito”, eso lo sabes tú.

—¿Y cuántas cosas más ignoro todavía?

—¿Vas a dejarme acabar? —se irritó Peter, poniéndose en pie de un salto—. La vi actuar, vino y me abrazó con el mismo cariño que lo hubiera hecho cualquier otra bailarina, danzando un mambo en un club nocturno. Luego, se marchó. Aparece un tipo armado, que dice que Dora me dio algo y lo quiere a toda costa. Estaba dispuesto a secuestrarme, agredirme... ¿quién sabe si incluso a matarme? Lo pongo fuera de combate fácilmente, y el tipo se asusta y huye, a pesar de que resulta ser un pistolero. Ahora comprendo que no se asustó de mí, sino de Acosta. Debíó verlo rondar por allí y tuvo miedo. Estoy hecho un héroe de noventa centavos la docena, pero no tengo la culpa de ello. Aquel estúpido me metió en el barullo. Horas después, Dora Castillo aparece muerta, acuchillada salvajemente en su apartamento. ¿No es natural incluir a un turista yanqui beodo y combativo, en la lista de los sospechosos? Disculpo al inspector, y jamás he creído una palabra de todas sus historias. Él conocía harto bien a ese Skip para necesitar mi opinión. La verdad es que de ese modo me vigila con cierta impunidad, aunque en el fondo él también está convencido de que no me engaña. Vamos de pillo a pillo.

—En ese caso, seguro que tú le ganas. No he visto pillo más pillo que tú.

—Eres injusta.

—¡Injusta! ¿Es que cualquier mujer soportaría marcharse de La Habana, dejando aquí a su prometido, metido en líos, con el pretexto de hacer de detective?

—Sabes que he de hacerlo. Tenemos los pasajes, hemos de ir a Río. Y tú ibas a venir con nosotros.

—Creo que ya no iré. De cualquier modo, Acosta tal vez no nos lo permitiría.

—Nadie ha dicho que te vayas, encanto.

—¿Y yo te voy a permitir que te quedas solo en La Habana? —clamó Ira.

—No tendrás más remedio.

—¡No lo haré! O te vienes con nosotros o...

—O te quedas tú conmigo, ¿no es eso lo que vas a decir, Ira?

—¡No! No seguiré un momento más aquí. Si no vienes a Río con papá y conmigo... hemos terminado, Peter.

—Están bien, hemos terminado entonces —manifestó tranquilamente él.

La muchacha se quedó rígida. Miró con ojos dilatados e incrédulos a Peter. Y de pronto, se acercó a él, y le estampó en el rostro su mano abierta. El bofetón sonó secamente. Después, dio media vuelta, saliendo de la terraza con un portazo que estremeció los cristales.

Peter Dale, con expresión entre burlona y sombría, se quedó solo, tocándose la mejilla herida. Al desaparecer Ira, su gesto se hizo más amargo. Se asomó al pretil de la terraza y contempló el tráfico de La Habana, allá abajo. En la distancia, el mar brillaba, espejeante, bajo el sol del trópico.

El bofetón de Ira había sido tan violento, que algo salobre humedeció su boca. Buscó el pañuelo y lo aplicó a la parte inferior del labio. Lo retiró manchado levemente de rojo y sonrió con acritud para sí mismo.

Dobló cuidadosamente el pañuelo, y al volverlo al bolsillo, algo duro resbaló entre sus pliegues, rebotando con un tintineo sobre los mosaicos de la terraza. Peter lo contempló, sorprendido.

Era una llave.

Una llave plana, de tipo "Yale", en color dorado. Llevaba un número grabado en su círculo posterior. Era una llave como cualquier otra. Solo que no era suya ni jamás la había sido.

Recordó que la había advertido, entre las brumas alcohólicas, la noche antes. Pero de eso parecía hacer un siglo ya, y entonces la guardó convencido de que era de su propiedad. ¿Qué mil diablos hacía la llave en su bolsillo?

Se inclinó, tomándola con interés. La cifra grabada en la parte posterior era el número 9. Podía ser también un 6, pero Peter hubiera jurado que era el 9. La volvió, y encontróse con una letra

mayúscula: la X. Una equis y un nueve no significaban nada por sí solos. Ni siquiera encajaban en cosa alguna de su propiedad.

De pronto, unas palabras dichas con voz dura, incisiva, llegaron a su mente: “Quiero lo que le dio Dora”.

Claro que Dora no le había dado nada, eso bien lo sabía él Pero recordó con más atención los hechos. Aquel tal Duke le abordó precisamente al salir del club, después de la última actuación de la bailarina... y por tanto después de que ella se le acercó, haciéndole diversas caricias. Durante cualquiera de ellas, era sencillísimo dejar caer algo en un bolsillo suyo. Una llave, por ejemplo.

Dale contempló aquel objeto como fascinado. Era la única explicación plausible. Nadie más pudo entregarle aquella llave dorada. Inmediatamente de deslizarla Dora en su bolsillo, si es que las cosas habían sido de ese modo, Duke abandonó el local y esperó a Peter en el exterior, dispuesto a toda costa a recuperar aquella llave.

Era un poco incoherente y deshilvanado todo, pero ello daba cierta forma a los extraños acontecimientos vividos. Incluso la muerte de Dora podía ser... una consecuencia fatal provocada por aquella inocente y misteriosa llave.

Estudiarla por un lado y por otro no resolvía cosa alguna. Las llaves son incapaces de hablar, y tampoco llevan escrita su historia. Dale la guardó en su bolsillo, disponiéndose a salir.

De pronto, se detuvo, con una expresión suspicaz en los ojos. Miró en derredor, pensativo, acercóse a una maceta de la terraza y, hurgando en la tierra húmeda con la mano, enterró en ella la llave, volviendo a alisar la tierra cuidadosamente. Entró, enjuagó sus manos en el lavabo y salió, silbando una cancioncilla, llamando al ascensor.

Se detuvo, con desagrado, al advertir que silbaba un “mambo”. El ascensor llegó a su planta, entró en él, y descendió a la inferior. No volvió a sentir ganas de silbar.

* * *

Si la policía había estado en el “Cubanito”, ahora ya se habían marchado sin dejar ni un solo agente de vigilancia. Después de todo, aquel no era más que el lugar de trabajo de una mujer asesinada a bastante distancia de allí, en su propio apartamento.

Peter Dale se quedó quieto en la entrada, bajo la marquesina que preservaba del crudo sol a un amplio trozo de acera, y miró penosamente la efígie en brillante cartón representando a la exuberante Dora Castillo. Ahora, su hermoso cuerpo era igual que otros, rígido e inerte en la “Morgue”.

La idea hizo más borrosa la luz del sol, privó de encantos al afiche que nadie se había preocupado en quitar de allí, y proporcionó de repente al “Cubanito” el aire de un irreverente mausoleo.

Peter entró, a pesar de todo ello, empujando las puertas de cristales, que ahora no estaban abiertas, como a altas horas de la noche. Una mujer, armada con escoba y cubo, se volvió agriamente hacia él, desde uno de los escalones descendentes al local.

—Usted madruga mucho, señor —dijo en cubano—. Aún no es hora...

—Ya lo sé —pasó junto a ella, palmeando afablemente sus espaldas encorvadas, y pisó el suelo recién fregado, hasta pararse ante el mostrador del fondo. Un camarero en margas de camisa, a quien le estaba haciendo falta una buena pasada por la cara, para borrar las huellas azules de su barba de un par de días, le miró con cara de pocos amigos, desde detrás de una pila de platos y copas. Peter saludó—: Hola.

—Hola —replicó el otro, en plañidero eco. Y añadió—: Vuelva dentro de cuatro o cinco horas, amigo. Enfrente encontrará un bar donde sirven igual que aquí.

—No busco un bar. Busco el “Cubanito”.

—Esto es un club nocturno —rio el camarero. También necesitaba un cepillo y un buen dentífrico, para borrar la roña de sus dientes—. ¿No ha leído los carteles?

—Sí. También he leído los diarios. Hoy faltará una atracción.

El gesto del otro se endureció. Su mirada se hizo poco amistosa, huidiza.

—Mire, lárguese y busque bebida en otro lado. Ya le recuerdo. Usted es el yanqui que apesta a alcohol todas las noches y mira con ojitos tiernos a las chicas que...

Peter se inclinó de repente hacia él, aferró al camarero desaseado por el cuello de la camisa y tiró con violencia, hasta

encararlo a escasas pulgadas. Silabeó:

—Mira, rata maloliente, si no fuera por tipos como yo, que dan de comer a tu patrona y a ti, te arrastrarías hambriento por cualquier basurero. De modo qué deja tus humos de gran hombre y escucha. He venido a ver a tu patrona. Quiero hablar con una tal Dalia Cassidy, dueña de este antro, no con un sucio esclavo como tú.

El tipo tragó saliva del mejor modo que le permitió la férrea presión de Peter, y miró asustado a su interlocutor, jadeando:

—La señora Cassidy no recibe visitas... Suélteme de una vez...

—La señora Cassidy me recibirá a mí —cortó fríamente Peter, soltándole de un empujón que puso en peligro la pila de copas y platos de la fregadera—. Y te suelto porque me da la gana. ¿O prefieres que llame al inspector Acosta para que le visitemos juntos un poco más tarde?

—Eso es diferente —gruñó el camarero, algo asustado—. Espere...

Se acercó a un rincón, siempre mirando a Peter de soslayo, tomó el teléfono y llamó a un número de dos cifras. Era un teléfono interior. Alguien contestó, y haciendo pantalla con la mano, el camarero informó en voz baja de algo. Hizo dos o tres pausas, asintió en un par de ocasiones, después de mirar a Peter de reojo y al fin articuló, después de colgar el aparato, señalando una puerta, cerca de la orquesta:

—La señora le recibirá. Entre por allí. Hay una escalera a la derecha. Suba y la encontrará...

Sin responder, Peter cruzó el desierto local. Miró la brillante pista vacía. Evocó fugazmente un cuerpo quebradizo y flexible, que culebreaba doce horas antes al compás de un ritmo frenético, y sin querer, su mirada voló a las sillas y atriles de la plataforma de orquesta. También allí, un hombre habíase erguido, doce horas antes, tocando una trompeta con calor y pasión. Calor y pasión... ¿por la música o por Dora Castillo?

Experimentó un sobresalto al verse ante un fantasma de aquel hombre. Ahora no llevaba “mambo” de colores, con faldones por fuera. No esgrimía trompeta alguna. Por todo eso, y por su faz helada, rígida y blanca, parecía un fantasma.

Estaba allí sentado, con las manos entrelazadas sobre su regazo,

mirando por encima del blanco impoluto de su guayabera, al imaginario centro de la pista donde la noche anterior fascinaba una mujer al auditorio. Como perdido en la selva de sillas del local. Como perdido en sí mismo, en su soledad y abandono...

—Ya no está ella —le oyó decir vagamente, sin mirarle a él. Pero evidentemente, dirigióse a Peter Dale. Después de todo, no había otro a quien decirlo—. Ya se fue...

—¿Se fue quién, amigo? —interrogó Peter, impresionado, mirando a aquel hombre oculto en la penumbra de la sala y que estaba ahora a pocos pasos de él.

—Ella... ¿quién, si no? Yo... Yo la amaba, señor... La amaba locamente...

—¿Se puede amar a nadie en cinco días? —replicó suavemente Peter.

Unos ojos negros, brillantes y duros, se clavaron en él. El hombre era de color, ligeramente moreno nada más, pero con sangre negra en sus venas. Por eso su lividez le daba un penoso tono grisáceo, más impresionante aún. En aquellos ojos leyó tristeza, pesar, lejanía.

—Se puede amar en una hora —fue la débil respuesta—. En un minuto también... Ella no era de las que bailan por ahí... de las que danzan por exhibirse. Yo lo supe enseguida, en cuanto la vi... Era tan distinta a todas... tan triste y dolorida...

Peter respiró hondo. A él no le había parecido triste ni dolorida en ningún momento. Pero acaso aquel hombre viera más allá de los demás. Le interpeló:

—¿Usted es Magnus Dugan? ¿El hombre que defendió una vez a Dora Castillo?

—Sí. Soy Magnus Dugan... El hombre que amó a Dora Castillo... El hombre que vengará su muerte, antes de ir a reunirse con ella en el mundo de las sombras.

Aquello sonaba muy esotérico. Peter no supo qué decir, y después de todo pensó que lo mejor era no decir nada. Miró por última vez al hipnotizado, lúgubre músico, y con expresión pensativa se aventuró por la puerta lateral indicada.

Halló la escalera, la subió bajo la tibia luz de una claraboya, sin dejar de recordar el aire patético y desconcertante de Magnus

Dugan, y se encontró delante, no de una señora Cassidy, sino de una puerta cerrada, con un rótulo:

“DIRECCIÓN - PRIVADO”

Golpeó sobre ella suavemente. Una voz femenina indicó:

—Adelante.

Entró. Era un reducido despacho, con escaso mobiliario, una caja fuerte, muros acorchados, luz fluorescente y una curiosa ventanita en el muro frontal, con persiana de anchas rendijas, a través de la cual se distinguía la casi totalidad de la sala del “Cubanito”. Una buena atalaya para quienquiera que mirase.

Ahora, la que miraba era una dama que le daba la espalda. Más bien baja, de figura rechoncha, carnosa y prieta, a pesar de lo ceñido de su traje beige. Peter adivinó una faja comprimiendo la cintura de la mujer en un esfuerzo por estilizar su línea.

Aparte de eso, de unas piernas muy bellas a pesar de su opulencia, y de una larga cabellera rubia, posiblemente artificial, no vio gran cosa más. Se quedó plantado, esperando a que la dama se volviera. Pero ella no lo hizo. Miraba aún hacia abajo, y dijo:

—Es un sistema útil de llevar el negocio. Se puede ver todo desde aquí, pero nada se sospecha desde abajo, ni aun sabiendo el emplazamiento de la persiana. Siéntese, por favor... ¿Se llama usted?

—Peter Dale. Cliente de su local durante mi estancia en La Habana —replicó Peter, sin tomar asiento ni moverse.

—Ya. ¿Y desea exactamente...?

Aquella endiablada mujer no se movía. Dominando su irritación, Peter explicó:

—Encontrar a la persona que clavó la navaja en el cuerpo de Dora Castillo.

Aquella espalda femenina se puso rígida, los músculos de sus piernas se envararon, y Peter hubiera jurado que la mano aferrada a unas cortinillas y se volvió con brusquedad hasta mirar cara a cara a su visita.

—¿Cree que va a encontrarla aquí, señor Dale? —preguntó agriamente.

Peter no respondió. Estaba mirando la boca sensual, muy roja, en el rostro ligeramente ancho y severo. Dalia Cassidy podía tener treinta o cuarenta años. Pero en ambos casos, sin ser una hermosura, era algo pleno de atractivo, pasión y vitalidad. Los ojos eran casi del color del ámbar, bajo unas cejas diabólicas. Salientes sus pómulos y recta la nariz. Vibraba en ella un instintivo salvajismo que podía manifestarse en cualquier momento y forma, sin previo aviso de su virulencia.

—Dígame, señor Dale —la voz era ronca, sensitiva y algo hostil—; ¿acaso supone que yo puedo darle el nombre de esa persona? La policía estuvo ya aquí. Dice Mike que usted asegura ser amigo de la policía. Debería saber, en ese caso, que nada sé de Dora y de su muerte. Y si no es como dice ser, ¿qué busca aquí?

—Ya se lo dije; busco a un asesino. No aquí precisamente, sino dondequiera que se esconda. Posiblemente usted pueda ayudarme, o quizá no. Eso está por ver.

—¿Qué es usted, en definitiva? Su nombre no me dice nada. Mike asegura que usted es cliente nuestro, y usted lo ha corroborado así también —los ojos de ámbar centelleaban—. Pero aparte de eso, ¿qué pinta en este asunto?

—Podría decirle muchas cosas. Que conocía a Dora, que soy detective privado y cosas por el estilo. Pero ninguna es cierta. No conocía nada de nada sobre ella, jamás la vi antes de anoche y, sin embargo, ella me mezcló en todo esto...

—¿Ella? —Dalia Cassidy enarcó sus mefistofélicas cejas con aire perplejo.

—Sí. Parece ser que me entregó algo antes de que la mataran... —sonrió lobunamente, al captar la súbita ansiedad, la contracción extraña del rostro femenino, y completó, suave e irónico—: Es decir, esto es lo que aseguran y parecen creer.

El interés se diluyó en gran parte del rostro de la dama. Habló, defraudada:

—¿Y ha sido así?

—Eso no hace al caso —rio entre dientes Peter, con un ademán. Se aventuró dentro del despacho, sentóse en el brazo de mía butaca y cruzó sus largas piernas—. Lo que cuenta es lo que ese equívoco me ha producido. Una agresión, una buena amistad con el inspector Acosta... y el deseo de cooperar con la policía en el caso. Yo

escribo misterios policíacos. Posiblemente pueda desentrañarlos también. Sería una emoción nueva y una experiencia maravillosa, ¿no le parece?

—Y un riesgo inútil —cortó secamente ella—. No se meta en aventuras reales. Aquí los golpes, los tiros o las cuchilladas son de verdad, no tan emotivas como en una novela que nos divierte sin dañarnos.

Peter la miró, suspicaz. No parecía estar amenazando; solo... advirtiendo. Y con inocencia absoluta, por cierto. El joven americano continuó:

—Lo cierto es que soy deportista por naturaleza. Nacer rico es a veces un defecto, porque nos acostumbra a las comodidades. Yo hui de ellas en cuanto tuve uso de razón, contra el criterio paterno. Me hice deportista, soldado, y cuanto pude hacerme para escapar a la monotonía y a la comodidad. Luego, en castigo, mi padre me desheredó. Era una medida muy dura, que pensaba hacer solo temporal, hasta que yo rectificara y volviera a su seno adinerado y señorial. Pero tardé en volver, él tardó en rectificar, y cuando murió no había cambiado su disposición testamentaria. Me quedé sin un centavo, pasando todo a unas instituciones benéficas. Lo sentí por papá, pero no lloré mi fortuna perdida. Entonces me dediqué a emborronar cuartillas. Un editor medio ciego dijo que aquello era bueno, y el público demostró estar tan ciego como él. Me hicieron un escritor famoso, a fuerza de darle a la gente lo que la gente quería. Y obtuve aquello de lo que tanto había huido: dinero. Ahora vuelvo a ser rico. Es mi destino.

—¿Por qué me cuenta esa historia, señor Dale? —dijo ella, sin pestañear ni sonreír.

—Para que trate de comprenderme. Me gusta divertirme. Beber, bailar, enamorarme o jugar a algo peligroso, sea lo que sea. Esto lo es. Jugaré, quieran los demás o no.

—Hay juegos peligrosos.

—Son los que yo busco —se reclinó hacia atrás, sonriendo—. ¿Va a ayudarme ahora?

Ella respiró con fuerza. Casi sonrieron sus carnosos labios al erguirse y hablar:

—Me es usted simpático, Dale —ya no empleó el “señor”—. Y querría ayudarle. Pero no veo cómo. No sé nada de nada sobre

Dora o sobre sus admiradores y enamorados. Llevaba aquí solo cinco días. Había llegado de los Estados Unidos; no sé si de Puerto Rico o Miami, la verdad. Hay agencias artísticas que se encargan de contratarnos el personal sin que intervengamos directamente nosotros en el convenio. Sabemos poco de los que trabajan en nuestra casa, contra lo que pueda parecer. Y de esa chica, menos aún.

—No puedo tropezar tan pronto con un muro insalvable —comentó Peter.

—Me temo que sí. Ya tropezó con él Acosta —ella también se sentó en el brazo de un sillón. Esto hizo temer a Peter que se equivocó y no llevaba faja. Sus gestos eran demasiado desenvueltos para ello. Y la porción de extremidades enfundadas en nylon que mostró al cruzar las piernas, digna de una Venus. Opulenta, pero bella como una estatua griega, aunque su rostro siguiera sin ser hermoso. Ella continuaba—: No pretendo regir un negocio puritano, pero le aseguro que la razón de ese horrible suceso está muy lejos del “Cubanito”. No olvide que la mayoría de esas chicas hacen una vida turbulenta en todos los lugares donde actúan.

—Dora no parecía de esas.

—Algunas no lo parecen, pero casi siempre lo son. Lo trae consigo su propia vida inquieta; durmiendo durante el día, levantadas por la noche. La noche oculta muchas cosas desagradables, Dale.

—Sí. Asesinos, entre otras. Navajas automáticas, sangre. Venganza, odio o celos. La noche es propicia a todo eso. Lo que hay que buscar, es dónde se oculta.

—Entonces hágame caso; indague por otros lugares, no aquí.

—¿Ha registrado la policía el camerino de Dora? —inquirió Peter de pronto.

—Naturalmente. No hallaron nada en absoluto.

—¿Lo han precintado después?

—Nada de eso. En realidad, no hay allí nada que guardar. Está tal como estaba antes de la visita de la policía, y nadie nos ha ordenado que nos abstengamos de entrar.

—En ese caso... ¿Podría visitarlo yo también?

Dalia Cassidy permaneció callada, mirando a Peter

calculadoramente. Por último, se encogió de hombros.

—No creo que haya inconveniente alguno —manifestó—. Pero abandone toda esperanza, detective. En la realidad, la policía nunca se deja atrás nada de interés que otra mente privilegiada descubra luego con facilidad. Eso solo ocurre en los folletines que usted escribe.

—¿Quién sabe? —Peter sonrió alegremente, encogiéndose de hombros. Se incorporó—. La esperanza nunca se pierde. Si me lo permite usted, voy a echar una ojeada ahora. ¿Me acompaña?

—No desconfío hasta ese extremo de usted —a su pesar, ella rio. Tenía una risa agradable, que agitó su belicoso busto—. Pero por si le entra la tentación de quedarse con un vestido de Dora o con un tarro de sus afeites, iré con usted en calidad de escolta.

Peter contempló el cuerpo exuberante de la dama, al pasar rozándole, camino de la puerta. Comentó con suave galantería:

—Una escolta verdaderamente encantadora, señora Cassidy...

Salieron del pequeño despacho de la dirección, enfilando el corredor oscuro que partía frente al mismo. Así, sin necesidad de bajar a la pista, salieron a la sección de camerinos. Había un pasillo inferior con cinco o seis puertas, y una galería superior, con barandilla de hierro, con otras tres puertas. Una de ellas anunciaba: "ORQUESTA". El silencio era absoluto. Había rótulos indicadores en inglés y español, dispersos por los muros. Y ajiches procaces de algunas atracciones pasadas.

—Ese es el camerino de Dora Castillo —dijo Dalia, deteniéndose al final de la escalerilla que descendía de la galería superior al piso bajo. Señalaba una puerta con una estrella en color oro, carente de nombre alguno—. ¿Entro con usted?

El silencio y quietud en la zona de camerinos era absoluto. Peter llegó hasta la puerta y apoyó la mano en el tirador. Entraba escasa luz en el corredor, procedente de una claraboya muy alta. Peter apenas veía la silueta de su acompañante.

De repente se detuvo, aguzando el oído. Tenso, estiró su brazo izquierdo, y la mano aferró con fuerza uno de los firmes brazos de Dalia Cassidy. Ella se paró, sobresaltada.

—Cuidado —susurró Dale, en un hilo de voz—. Hay alguien ahí dentro...

CAPÍTULO V

INMEDIATAMENTE de decir esto, y antes de que Dalia Cassidy pudiera imaginarse semejante temeridad, Peter Dale cargó contra la puerta violentamente. Tiró del pomo, abrió la puerta... y una figura, agazapada sobre el tocador de la bailarina muerta, se reflejó de forma fugaz en el espejo oval, rodeado de bombillas ahora sin luz, revolviéndose contra los que le sorprendían dentro del camerino.

Una mano se alzó, centelleante, al acoger la corpulencia elástica de Peter, cargando sobre él. Dalia Cassidy, por temor o por sobresalto, o por cualquier otra razón más profunda, no gritó, no se movió, no fue capaz de reaccionar en forma, alguna.

Peter se vio venir encima algo que brillaba, ominoso, agudo, cortante, entre unos dedos oscuros, engarfiados sobre lo que aquel objeto pudiera ser, y de cuya naturaleza no habían demasiadas dudas. Peter no era miedoso, jamás lo había sido, pero sintió un escalofrío que le recorrió como una descarga eléctrica el cuerpo, erizándole los cortos cabellos de su nuca, al advertir la clase de arma blanca que se le venía encima sin rodeos. ¡Una navaja de resorte!

Rápido, estiró las manos, sin dejarse cegar por el pánico o el instinto de conservación. El adversario le tiró un tajo escalofriante, que le rasgó la hombrera de su americana, sin interesarle la piel. El rasgueo de la tela sonó como un maullido en la obscuridad. Luego, la figura saltó hacia el pasillo, pugnando por huir.

Dalia estaba justamente delante del fugitivo, y Peter gritó roncamente:

—¡Vamos! ¡A un lado! ¡Apártese!

Inmediatamente, Dalia obró, acaso por puro reflejo instintivo. Se ladeó, ahogando un gemido, muy abiertos los ojos. El misterioso

personaje, con la cabeza baja, salió disparado hacia el corredor, arrollando cuanto se opusiera a su paso. La luz alta de la claraboya, bastante polvorienta por cierto, no ayudaba gran cosa a descubrir la posible identidad del fugitivo.

Peter, no obstante, intentó cuanto le era posible. Lanzóse a la desesperada tras sus pasos, y las largas piernas del escritor salvaron la distancia con mayor rapidez aún que su presa, logrando después trazar un perfecto *plongeon* en el aire y aterrizar estrepitosamente contra los tobillos del fugitivo, que aferró, rabioso, tirando hacia sí sin vacilar.

Ambas figuras se vinieron por tierra en revuelta confusión. De nuevo, la forma aguda y metálica del arma, que los dedos contrarios no soltaban fácilmente, se alzó para caer sobre Peter con un fulgor siniestro.

Ahora, acompañado al agudo chillido de la garganta de Dalia, el arma sonó agriamente en el pavimento de baldosas, saliendo rebotada la mano que la esgrimía. Peter sonrió maquiavélicamente, y soltando uno de los tobillos enemigos, aunque ello le costó un puntapié feroz en la mandíbula, disparó un puño rígido y duro contra el vientre adversario.

Resopló el otro, alcanzado en punto tan vital y retorcióse, lanzando otra patada a la cara de Peter. Pero esta vez no tuvo tanta suerte, porque el yanqui había saltado ágilmente sobre sí mismo, tomando impulso, afianzóse con una mano en el cuello del enemigo, ahora domeñado bajo su peso, y disparó por tres veces consecutivas el puño izquierdo contra la mandíbula, martilleándole a derecha e izquierda.

Todavía el individuo, demostrando una entereza y resistencia admirables, alzó las dos manos, abatiéndolas sobre la nuca de Peter, que empezó a ver lucecillas de colores ante sus ojos, trazando alocados círculos centelleantes. Rabioso, soltó una de sus rodillas con brutalidad sobre el estómago del enemigo.

El golpe sonó blando, estremecedor. Tosió, sin respiración, su víctima. Y luego cesó toda resistencia. Peter contempló la tarea en forma concienzuda, con un par de impactos crujientes a la mandíbula, que convirtieron la debilidad enemiga en total inmovilidad. Luego, jadeando, se incorporó.

Sonrió en forma lobuna a la aturdida Dalia, se mesó los

revueltos cabellos, y miró al caído.

—Bueno, un tipo listo para lo que sea —gruñó, irritado—. ¿Le conoce?

Dalia Cassidy se estremeció al acercarse, diciendo débilmente:

—Me... Me pareció advertir que... —se inclinó, miró el rostro inerte, en la semioscuridad, y acabó asintiendo con lentitud—: Sí, es él.

—¿Quién?

—Oswaldo, la pareja de Rita. Le gustan demasiado las armas blancas...

—¡Je! Pregúnteselo a Dora. Lo malo es que ella no podrá contestarle.

—¿Usted cree que ese hombre haya podido...?

Peter se agachó. Al ponerse en pie, centelleaba el arma en su mano.

—Vea esto —hizo un ademán, y se cerró la hoja dentro del puño. Un simple golpe sobre el remate de la empuñadura hizo salir con lúgubre chasquido la aguda hoja.

—¿Qué es eso? —la voz de la dueña del local era ronca. De un lugar próximo a ellos, llegó en aquel momento rumor de carreras y voces sobresaltadas.

—Una navaja de cierre automático. Basta una ligera presión para extraer la hoja y actuar —trazó con ella una curva en el aire, sin quitar los ojos de Dalia—. ¿Ve? Con esto mataron a Dora Castillo. Y me gustaría saber si fue este cerdo...

Se inclinó, mientras guardaba la navaja en el bolsillo, aferró al caído por las solapas y lo alzó violentamente. El rostro anguloso y débil del bailarín, bajo su negra melena rizada, demasiado cargada de lociones grasas, aparecía desencajado a golpes. No le produjo ninguna pena.

—¡Señora, señora! —clamó la voz de alguien, a espaldas de ellos. Apareció el camarero falto de afeitado, con una expresión feroz, esgrimiendo una botella por el cuello, con la particularidad de que la botella había sido estrellada antes en el borde de algo, y ahora solo mostraba agudas aristas de vidrio, capaces de desfigurar al más pintado. Peter torció el gesto, cuando Mike, el barman, le miró con ojos asesinos—. ¿La ha molestado ese tipo, señora

Cassidy? ¡Si es así, le voy a...!

—No, Mike —cortó secamente ella—. El señor Dale ha chocado con otra persona. Oswaldo, nuestro bailarín, estaba registrando el cuarto de Dora. ¿Visteis alguno de vosotros entrar a Oswaldo en el local?

—No —Mike torció la boca, mirando al pelele que Peter sostenía entre sus manos—. ¡El muy asqueroso ratón! Debió usar la puerta del callejón...

—¿Hay otra puerta que da a estos camerinos? —interrogó Dale, súbitamente interesado.

—Sí. Da a un pasaje o callejón siempre lleno de basuras —explicó Dalia—. Se utiliza poco, pero se utiliza,

—Ya —Peter sonrió acerbamente al ceñudo Mike—. Siento no ser su hombre, muchacho. De todos modos, tire esa botella. Me gusta tan poco como las armas blancas, y no la va a necesitar para nada.

El barman vaciló, como si todavía dudara sobre la decisión a tomar. Su patrona le decidió suavemente, hablando en correcto español:

—Vamos, Romano, suelta eso. Ya ha habido bastantes luchas aquí...

Peter estudió a Mike de reojo. Miró a Dalia con sorpresa.

—¿Es que Mike no es americano?

—Es cubano de nacimiento —sonrió ella—. Pero todos le llamamos Mike, porque estuvo algunos años en los Estados Unidos. Habla el inglés como cualquiera de nosotros...

—¿Nosotros? ¿Usted es yanqui también?

—De Alabama —sonrió Dalia—. ¿Soy yanqui a su juicio?

—Sí. Norte y Sur son una misma nación desde 1865.

—Algunos del Sur no opinamos lo mismo —dijo Dalia, secamente, añadiendo, con una mirada, a los empleados que seguían a Mike Romano—: Bueno, bueno, largaos todos a vuestro quehacer. Ya no hacéis falta aquí...

Refunfuñando comentarios, se volvieron los presentes. Solo quedó una persona allí, un hombre con traje blanco y tez cobriza, en cuyos ojos brillaba una luz de odio al clavarse en el inerte Oswaldo.

—¿Qué hacía él en el camerino de Dora? —preguntó. Magnus Dugan, el trompeta.

—No está claro aún —replicó cautamente Peter—. Ya lo dirá la policía dentro de poco.

—Siempre pensé que los tipos como Oswaldo son mala gente —dijo con voz ronca el negro—. He conocido a muchos, y ninguno me gustó nunca...

—Bueno, Dugan, váyase a la sala. Esto ha terminado por ahora.

—Esa rata debutó ayer... y tuvo que matar a Dora. Le vi cómo la miraba, cómo reflejaban sus ojos el odio a aquella mujer, porque era hermosa y sugestionaba a todos. Celos artísticos... Celos monstruosos por el atractivo de Dora... ¡Maldito Oswaldo! ¡Le mataré por eso...! ¡Le mataré...!

Se arrojó con violencia sobre el indefenso bailarín. Rápido, Peter se interpuso, soltando sonoramente a Oswaldo en tierra. Frenó con mano firme a Dugan. Tenía las mandíbulas apretadas.

—Vamos, no sea loco, muchacho —cortó, suave, pero duramente—. No va a hacer nada de eso, porque nadie sabe aún quién acabó con Dora. Oswaldo es un sospechoso más, en tanto no aclare su actitud; pero eso es todo. ¿De acuerdo, amigo mío? ¿Va a ser un buen chico? Eso es, Dugan... Así, cálmese... y vuelva a la sala. Si quiere hacerme un favor, llame a la policía y dígales que tenemos algo para ellos. Pero límitese a eso, ¿eh?

El músico de color pareció convencido a medias. Sus nobles ojos oscuros, de brillo de azabache, mirar ron con odio inextinguible a quien creía asesino de Dora, y salió silenciosa, lentamente, camino de la pista. Peter suspiró, volviéndose a Dalia Cassidy, que le miraba con auténtico estupor.

—Bueno, eso era más difícil que dominar a Oswaldo —dijo Dale—. Menos mal que se convenció...

—Es usted un hombre extraordinario, Dale —sonrió la mujer de opulenta figura, sonriéndole de un modo que aún no había utilizado—. ¿De veras que solo se limita a escribir aventuras? Parece identificarse con el papel de héroe a maravilla.

—Será porque el ser héroe solo consiste en dominar el miedo que se siente, por mucho que este sea... —Peter miró con desaliento la hombrera de su americana y rio nuevamente—. ¡Cualquiera le dice ahora a mi novia que esto me lo hizo un

hombre!

—¿Tiene usted novia? —interrogó suavemente Dalia, haciendo un mohín con sus labios.

—Sí, he cometido ese error. Le aconsejo que si es libre, jamás se comprometa... Oh, bueno, pero usted ya lo hizo. Olvidaba que es... señora Cassidy.

—Es solo una costumbre —sonrió ella amargamente—. Mi marido, Rogers Cassidy, me abandonó por una morena hace cosa de tres años, aquí mismo. Logré separarme de él legalmente, y soy libre. Libre como el viento, Dale...

—Lamento lo de su marido.

—Yo no.

—Oh... —Dale no supo qué decir. Metió las manos en los bolsillos de su pantalón y se meció sobre sus pies—. Bueno, entonces lo celebro.

—Yo también —rio Dalia, acercándose a él. Se acercaba demasiado. Y su línea de belleza, aunque no era la debilidad de Peter, tenía su peligrosidad latente. Además, eso lo sabía ella—. Sobre todo, celebro haberle conocido, Dale. Es usted un chico estupendo.

—Y usted también es estupenda, palabra. Pero ahora urge ver ese camerino —atajó Dale, dando un prudente paso atrás, ante el desencanto de la dama—. Si es que otro no encontró antes lo que yo pudiera encontrar.

—Si supiera lo que busca, tal vez podría ayudarle.

—Si lo supiera yo, no necesitaría posiblemente ayuda de nadie —gruñó Dale.

Entraron en el camerino. Peter accionó un conmutador y encendió las luces. Les deslumbró el cerco de bombillas pintadas de blanco, duplicadas por su reproducción en un espejo deficiente. Peter gimió, al ver el desorden de trajes, cajones, pinturas y adornos de escena.

—Igual que si hubiera pasado un ciclón —se lamentó, plañidero—. Cada vez es menos seguro que encuentre nada de nada... Sin duda, nuestro amigo Oswaldo lo hizo a conciencia. ¿Quiere vigilarlo mientras yo busco por aquí, señora Cassidy?

—Me llamo Dalia —dijo ella dulcemente. Le guiñó un ojo y

miró al caído—. ¿No se despertará y la emprenderá conmigo, Dale?

—Si ve que intenta incorporarse, avíseme. Le daré otra dosis de narcótico. Pero no creo que haga nada de eso...

Durante los minutos siguientes, Peter efectuó un rápido e infructuoso registro de toda la pieza, cajón por cajón, armario por armario y rincón por rincón, hasta erguirse con desaliento. Mostró sus manos vacías a Dalia Cassidy, en un vivo ademán.

—Nada —expresó, defraudado—. Absolutamente nada...

Se disponía a salir, cuando vio algo caído en tierra, justamente allí donde sorprendieran al intruso, pero de forma que el taburete tapizado con cretonas que Dora utilizaría para sentarse ante el tocador, lo cubría totalmente.

Peter estiró la mano y asió una esquina de papel. Tiró de ella, y salió una hoja de periódico. No era nueva ni estaba en español. Miró su número: página 8. La parte dedicada a indicar la publicación a que pertenecía, estaba recortada. En realidad, no era una hoja, sino una mitad cortada verticalmente, y separada del resto del diario. Sobre la fecha, tampoco había indicio alguna revelador, pero las noticias databan de algún tiempo, según pudo Peter descubrir al repasar los titulares.

Allí solo hablaba de un yate hundido en las costas del Maine, del éxito de una comedia en Broadway, comedia que databa, si su memoria no le era infiel, de tres o cuatro años por lo menos. También se refería a las conversaciones políticas de ciertas potencias en Europa, a la constante amenaza de una guerra, noticia eterna y sin emoción ya, y a la desaparición de la respetable cifra de medio millón de dólares, producto de un secuestro cuyo autor había pagado ya con la pena de muerte, pero del que un cómplice, posiblemente una mujer según el diario, había podido evadirse, con el producto del crimen. La persona secuestrada, una criatura de ocho años, había aparecido muerta, en Rockaway Beach, Nueva York.

Peter dobló el recorte del diario y lo sepultó en un bolsillo. Podía tener interés o no significar nada pero tiempo habría de comprobarlo. Luego miró a Dalia, que le observaba interesada y curiosa.

—Me parece que eso es todo —miró en derredor una vez más. Prendidos a los bordes del espejo había fotografías de Dora Castillo.

Fotografías bastante livianas de indumentaria. Llevado de un impulso, Dale volvió al tocador, arrancó una y la guardó junto al recorte. Era una fotografía en la que el rostro de Dora era más visible, dando cierta secundaria importancia al resto de su figura.

—¿Le interesan las fotografías de las mujeres hermosas, Dale? —sonrió la otra.

—Solo si han sido asesinadas y pueden tener un valor positivo. Prefiero las mujeres al natural.

—La policía se debe interesar por lo mismo que usted —comentó Dalia Cassidy—, porque había un verdadero museo de fotografías de Dora en ese espejo. Se han llevado la mayoría... En fin, sabueso, ¿ha terminado su visita de inspección?

—Total y definitivamente. Gracias por las facilidades.

Salieron, después de apagar la luz. Peter se inclinó, levantó a Oswaldo, que comenzaba a mostrar señales de recuperarse, agitando la cabeza. Le aplicó un directo al motón que le dobló de nuevo hacia atrás, y tomándole con toda calma entre sus brazos, se lo echó al hombro como un fardo. Le sonrió amablemente a su asombrada compañera:

—Cuando usted quiera, Dalia.

—¡Qué hombre! —la dueña del local respiró hondo, antes de echar a andar delante de él.

* * *

Por desgracia, la captura del bailarín no prestó luz alguna al caso. Se encerró en una negativa constante ante las amenazas e interrogatorios de Acosta, dijo que estaba buscando una navaja de resorte, igual a la suya, que prestó el día anterior a Dora, y que temía pudiera ser la del crimen. No había dado con ella, cuando oyó abrirse la puerta con violencia y alguien saltó sobre él.

Oswaldo temió que el intruso fuera el asesino de Dora, y se defendió, sin reconocer a este ni a la señora Cassidy. Acosta no creyó una sola palabra de toda esa historia, pero por mucho que apretó las clavijas, el asustado bailarín no varió su historia, a la que se aferraba desesperadamente. Y tras varias horas de retención, hubo que ponerle en libertad. Aunque a partir de aquel momento, el bailarín del “Cubanito” y vecino de apartamento de la mujer

asesinada fue estrechamente sometido a vigilancia por parte de un par de agentes de policía.

Peter Dale se informó de todo eso por teléfono, en el vestíbulo de su hotel. Irritado, colgó, después de agradecer a Acosta su informe amistoso y extraoficial, y regresó al *comptoir*, donde estaba enzarzado en una polémica con el conserje.

—No pueden haberse marchado tan pronto. Le habrán dicho algo; que se iban a otro hotel, que habían tomado billetes... ¡Yo qué sé!

—Lo lamento, señor Dale —repitió una vez más el empleado—, pero lo cierto es que la señora Forrest y su padre sacaron su equipaje, abonaron la cuenta y no dejaron recado ni encargo alguno. No mencionaron si se iban de viaje, si iban a permanecer en La Habana, ni tampoco si había que darle a usted encargo alguno. Se fueron. Simplemente eso, señor Dale. Estoy tratando de hacerle comprender que no hablaron nada al irse.

—El que está tratando de comprenderlo por sí mismo, soy yo. Y no lo logro... En fin, así habrá sido.

Se alejó del paciente conserje, encendió un cigarrillo y juró por lo bajo. De modo que había sido algo más que una simple amenaza. Ira había cumplido su propósito. Le dejaban solo sin previo aviso, sin darle ninguna nueva oportunidad. Solo en La Habana, frente a un asesinato, gentes armadas de pistolas, navajas automáticas y botellas astilladas... y entre mujeres como Dalia Cassidy.

“Bueno —pensó—, al diablo con todo. Yo no tengo la culpa de que ella se tome las cosas tan a la tremenda. No iré detrás de ella como un perrillo faldero. Si quiere volver a mí, habrá de regresar a La Habana. Si no... ¡adiós para siempre, cariño!

La verdad es que no era tan fácil pensar con esa alegría desenfadada. Ira iba a ser su mujer. Había llegado a quererla, a pesar de su dinero, que ya era decir. Una muchacha encantadora, inteligente, sensible y honesta. A pesar de sus millones también. Una joya imposible de encontrar duplicada en todo el país. Pero demasiado voluntariosa, excesivamente autoritaria. Estaba seguro de que arrastró materialmente consigo a su padre.

Se encogió de hombros una vez más, para convencerse a sí mismo de que, realmente, no le importaba. No se convenció, pero era igual. Tomó la llave de su apartamento y se dispuso a subir.

Luego, vaciló, pensándolo mejor. Regresó a la conserjería, devolvió la llave, y salió a la noche esplendorosa de La Habana.

Después de todo, era muy difícil sentirse solo en aquella ciudad...

Lo que Peter no podía imaginarse siquiera, es que la simple acción de echarse atrás y salir a la calle, en vez de subir a su habitación, le había salvado la vida. Lo supo bastante después y no dejó de causarle la misma impresión.

CAPÍTULO VI

PETER iba mucho más bebido que la noche anterior, cuando asomó su cabeza por la entrada del “Cubanito”. El club seguía igual. Nadie hubiera dicho que una mujer, la misma que la noche antes bailaba frenéticos “mambos” bajo la caricia de los focos, ahora estuviera tendida sobre las losas del Depósito Municipal.

Para olvidar eso, para olvidar a Ira, y para olvidar la cantidad de tonterías que un hombre puede hacer por amor al riesgo y a la aventura, había bebido. Como él sabía beber.

Cuando se acercó a la barra, la gente aplaudía el mutis de Rita y Oswaldo con la misma desgana que la noche antes. Lo cual indicaba que seguían siendo tan pésimos bailarines como el día anterior.

Siguió en el programa un soporífero *clown*, diciendo chistes de dudoso gusto y más dudosa actualidad. Peter, hastiado, se encaramó en un taburete y miró a Mike Romano. El barman tenía un aspecto algo más atractivo, con su rostro rasurado y la chaquetilla azul del uniforme de la casa. Pero no mucho más. Romano miró a su cliente sin demasiada simpatía.

—¿Qué es lo que toma hoy, yanqui? —preguntó por encima del hombro.

—Estoy lleno de buen whisky. Dame un poco del malo que tú sirves, para equilibrarlo un poco, Mike —replicó Peter huecamente. Le examinó, y rio de buena gana—. ¿No te gusta que venga por aquí?

—¿Es obligatorio que me guste? Deja sus dólares en la casa; no es cuenta mía.

—No sufras, muchacho. No vengo por el crimen. Vengo a divertirme.

—¿Por qué tengo que sufrir yo? —Romano apretó los labios—.

No me importa el crimen.

—¿De veras? —Peter volvió a reír, sin aclarar el motivo de su risa. Pero dejó el vaso de whisky sin probar, y bajó nuevamente del taburete, acercándose a Skip. El “botones”, junto a la cartelera, no tenía esta noche la sonrisa de otras veces—. ¿Preocupado, Skip?

—Ah, es usted, señor Dale... —Sanders levantó hacia él sus expresivos ojos oscuros—. Es difícil no sentirse un poco... diferente, ¿no cree?

—Sí, hijo, eso es verdad —le dio un suave cachete en la oreja, respiró fuerte y se volvió, para deambular por el local. Estuvo a punto de tropezarse con un hombre alto, de cabello rojizo, cortado extremadamente en la nuca y las sienes, aunque largo sobre la cabeza. Un par de ojos azules le miraron con fijeza—. Perdone...

—No es nada, señor —respondió el otro en inglés, alejándose.

Peter le observó de soslayo, con cierto interés. Era un americano también. La Habana estaba llena de yanquis con el estómago lleno de licor, pensó, abatido. Se desmoronó en una mesa lejana. Ricky, su camarero habitual, le llevó la consumición del mostrador y se la dejó ahí con una sonrisa.

Ahora tocaba la orquesta. Se habían amortiguado las luces, y un foco azul caía sobre un determinado atril. Un hombre de tez oscura elevaba a la franja de luz su deslumbradora trompeta dorada. Las notas del “mambo” parecían también doradas. Tan limpias y vibrantes brotaban de su instrumento. Magnus Dugan era un buen músico, se dijo Dale, entre la confusión de sus ideas.

De pronto, apartó los ojos del trompeta negro. No estaba solo. Alguien, aprovechando su ensimismamiento y la penumbra azul del local, se había sentado a su lado, en la mesa arrinconada. Enarcó las cejas, preguntándose qué clase de arma se encontraría ahora ante sí. Empezaba a estar acostumbrado a esos desagradables choques.

No estaba preparado, en cambio, a verse con un par de ojos oscuros y grandes, bordeados de rímel y de pestañas postizas, pero bellos por sí solos, a pesar de todo. Bajo esos ojos había una boca carnosa, roja, plena de sensualidad. Y debajo de todo eso un cuerpo mareante, envuelto en un echarpe de seda blanca con franjas azules, que caía descuidadamente, mostrando el tono de cobre de su piel, no del todo legítimo, sino producto de un hábil maquillaje.

Era Rita en persona, la pareja de Oswaldo. Tan mala bailarina como formidable mujer. Aun con el echarpe, eran muchas las cosas que pugnaban por dar fe de ello. Peter parpadeó asombrado.

—¿Quiere algo? —articuló, como la cosa más natural del mundo—. El whisky, sin embargo, es muy malo aquí. Le recomiendo el ron. Está bastante bien.

—No, gracias —respondió ella con una voz susurrante, ronca, que no se esforzaba en hacer grave. Lo era por sí sola. Como el ronroneo de un gato meloso—. No me siento a alternar con usted. No es mi trabajo.

—¿Cuál es su trabajo? ¿Bailar? Puedo decirle que lo hace bastante bien.

—Pero mentiría —replicó tranquilamente Rita.

—Sí. Mentiría. Lo hace mal. Y usted lo sabe.

—Lo supe siempre —sonreía, pero su voz seguía siendo profunda, seria.

—¿Por qué baila, entonces?

—No sé. Supongo que porque me gusta, a pesar de todo. Y porque necesito defender mi vida de algún modo. Por eso mismo estoy aquí ahora, arriesgándome acaso todavía más. Pero he de intentarlo, precisamente con usted.

—¿Intentar el qué? ¿Defender su vida?

—Eso es. Defenderla de un maniático, de un desequilibrado muy peligroso...

—¡No! —Peter se llevó las manos a la cabeza con un gemido—. ¡Más sobre lo mismo! Mire, preciosa, yo he venido aquí a beber, a divertirme, a olvidar... no a hacer de niñera ni de consejero de nadie, ¿me comprende? Por favor, baile, si eso le gusta, aunque lo haga mal. Pero no trate de enredarme en otra aventura. Empiezo a estar harto de meterme donde no me llaman. Por ello he perdido a mi novia y he llegado a darme cuenta de que me hace más falta a mi lado de lo que yo mismo sospechaba.

—Pero, señor Dale, escúcheme —se inclinó hacia él, angustiada. El echarpe perdió su escaso equilibrio. Debajo, no llevaba sino el traje de actuar en la pista. Y este era muy breve—. Yo sé quién mató a Dora Castillo, puedo señalarle al culpable... Y tengo miedo, mucho miedo, de que llegue a leerlo en mis ojos y me asesine como

la mató a ella. ¡Usted puede defenderme, ayudarme en este trance!

—¿Por qué yo? —Peter se bebió de un trago su whisky. Hizo un gesto de asco y se volvió, haciendo una seña a Ricky—. ¡Eh, un ron bien fuerte, a ver si borra el repugnante sabor de vuestro infecto matarratas!

Rio estúpidamente, y se inclinó sobre la mesa. Se esforzó en mirar los ojos de Rita, sin descender más la mirada.

—Escuche, me hablaba usted de que la defienda y no sé qué historias. ¿Por qué he de hacerlo? A la policía la pagan para eso, preciosa...

El rostro exótico, se ensombreció.

—Es que yo... —vaciló antes de susurrar—. Yo no puedo ir a la policía, señor Dale.

—Ah, ya. Un secreto inconfesable, ¿eh?

—Algo parecido.

—Vaya, vaya... ¿Y quién la envía a mí? ¿Ese angelito que tiene por pareja, su buen Oswaldo?

—No —el terror volvió a asomar en los profundos ojos oscuros—. Él no sabe, no sospecha nada. Sería terrible que...

—¿Qué? —la apremió Peter, sintiéndose con una voz terriblemente pastosa y torpe, que en vano pretendía dominar.

—Nada —se recompuso algo el rostro de ella—. Sé lo que ocurrió esta tarde entre ustedes. A la dueña de este garito la ha impresionado usted mucho. Pero no se fíe de ella. No se fíe de nadie en este maldito lugar. Debuté anteanoche y, estoy deseandoirme. Se respira algo... algo morboso, terrible.

—Lo que se respira es a humo, sudor y alcohol —rio Peter—. El resultado da asco, pero a los borrachos nos gusta. Tenemos el gusto estropeado. Bueno, jovencita, supongamos que usted me está diciéndome la verdad. Vuelvo a preguntarle: ¿Por qué viene a mí y por qué mil diablos cree saber quién mató a Dora?

—No sé por qué confío en usted, pero al oír lo ocurrido con Oswaldo, y saber que anda investigando ese crimen y es un escritor americano, he pensado que...

—Entendido. No siga pensando —Peter se tornó súbitamente serio—. ¿Quién cree que mató a Dora?

—Yo... —miró en torno, preocupada. Una vaga expresión de

temor asomó a sus ojos cuando fijó la mirada en la entrada del club. Tembló, con visible aprensión.

Rápido, Peter se volvió sobre sí mismo, clavando los ojos en el hombre que acababa de aparecer y hablaba animadamente con el “botones”. Dale frunció el ceño. Otra vez entraba en escena su buen “amigo” Cornell Duke. Y, por lo visto, Rita sentía algo parecido a lo que Dora Castillo sintió la noche antes al verle.

—¿Conoce a Duke? —preguntó vivamente Dale.

—¿Cornell Duke? —la risita de la bailarina era dura—. Sí, ¿quién no conoce a ese hombre?

No agregó más. Parecía como si de repente se hubiera desinflado. Hormigueaba su cuerpo en la silla, como deseando huir de allí, alejarse de Peter Dale. Este, bruscamente, aferró una muñeca de Rita. Le preguntó:

—¿Conocía usted a Dora Castillo?

—Yo... Yo... la vi en otro lugar donde coincidimos actuando —jadeó, mirando con sorpresa a Peter—. ¿Por qué lo pregunta?

—¿Qué lugar era ese?

—Veracruz, Méjico. Hace unos meses. Actuaba en el “Sarape”. Yo en el “Lido”.

—¿Usted? ¿Sin Oswaldo?

—No, no. Con él también. Formamos pareja desde hace tiempo. Él... antes realizaba un número de cuchillos, clavándolos alrededor de mi figura, sujeta a una tabla circular. Era peligroso, un día me hirió en un brazo, y lo dejamos, a pesar de que eso le enfadó mucho. Ahora, al desaparecer Dora, que era la atracción principal del “Cubanito” e iba a serlo durante mucho tiempo, hemos pensado volverlo a hacer...

—¿Por eso buscaba Oswaldo con tanto afán su navaja esta tarde? —comentó Peter.

Ella no respondió directamente a eso. Siguió hablando con rapidez:

—No quiero volver a hacerlo. Tengo miedo, señor Dale, mucho miedo...

—¿Es por eso por lo que pide mi ayuda? No creo que pueda hacer nada. Anule su contrato, rompa su compromiso con Oswaldo, ¿yo qué sé lo que puedo aconsejarle?

—Oh, usted no entiende, es incapaz de comprender que...

—¡Rita! Es nuestro número... y aún estás así...

Se volvió ella, ahogando con dificultad un gemido de terror. Peter achicó las pupilas, mirando a Oswaldo, surgido como un fantasma a espaldas de la bailarina. El echarpe terminó por caer a tierra, pero Peter ya no prestaba atención a la figura de Rita.

—Oiga, amigo, si pretende asustar a esta joven, debo advertirle que lo de esta tarde se va a repetir con muchos más efectos —dijo fríamente.

—No se meta en esto —replicó, furioso, el bailarín—. Es mi pareja. Tenemos que salir dentro de un minuto, y no puede seguir aquí, alternando con usted. ¡Vamos, Rita!

Ella se puso en pie, inclinóse a recuperar el echarpe, pero se encontró con que ya Peter se lo tendía cortésmente, tambaleándose sobre sus inseguros pies. Los ojos de uno y otro se encontraron a escasísima distancia. Peter percibió su aliento rozándole.

—Por favor, no me abandone —suplicó ella, desgarradora, sin alzar la voz—. Le necesito...

Peter irguióse del todo, mirando belicoso a Oswaldo, que retrocedió instintivamente. La bella bailarina se interpuso, oprimiendo un brazo del joven.

—No, se lo ruego —pidió—. Aquí no... Le veré más tarde. Y gracias.

Se inclinó rápidamente al decir esto, empleando un tono tan bajo que apenas era audible. Al mismo tiempo, sus labios carnosos rozaron la mejilla de Dale. Luego, corrió hacia la entrada lateral de camerinos, y Oswaldo la siguió muy altivo.

Dale, una vez solo, se rascó los cabellos. ¿Sería cierto que Rita sabía la verdad? ¿Era el repulsivo bailarín el hombre que hincó la navaja en el cuerpo de Dora la noche antes?

Ella había dicho: “¡Yo sé quién le mató... y tengo miedo, mucho miedo de que llegue a leerlo en mis ojos...!”. Pero aquella chica parecía asustada por varias personas. Oswaldo, Duke... No cabía error sobre sus miradas. Todo podía ser histerismo también. O simples sospechas. Las mujeres son imaginativas, se dejan llevar de sus impulsos.

Eso le llevó a recordar de nuevo a Ira. Su Ira se había marchado.

Le dejó solo en medio de aquel caos. Sintió ganas de llorar, y eso le convenció de que tenía mucho alcohol encima, y había llegado a ese momento crucial en que hace falta tomar más, si no se quiere coger plañidera.

Ricky le sirvió en aquel momento una botella de ron, y un vaso. Le recomendó:

—Tenga prudencia, señor Dale. Ha bebido usted mucho esta noche, estoy seguro.

—Yo también —graznó el joven, llenándose un vaso y apurándolo de un trago. Se sintió infinitamente mejor, sus ganas de llorar se convirtieron en deseos de romperle un hueso a su amada Ira, y para celebrar tal cambio llenó otro vaso—. Celebro que estemos de acuerdo, Ricky.

El camarero movió la cabeza de un lado a otro, y se alejó. Pronto le substituyó otra persona, que puso una mano sobre el hombro de Peter. Este se volvió, riendo.

—¡Vaya! Estoy muy solicitado esta noche. ¿Qué hay, Skip?

El “botones” se inclinó rápidamente sobre su oído.

—Tenga cuidado —susurró—. Cornell Duke me ha preguntado por esa chica, la bailarina Rita. Y también por usted. Parece que les espía, no sé con qué intención.

—Gracias, Skip. Me imaginaba algo así. Ahora ya lo sé seguro. Lárgate antes de que Duke se dé cuenta de que me adviertes. No es hombre capaz de pararse ante nada.

Skip se alejó furtivamente. Peter, de soslayo, observó que Duke bebía, acodado en la barra, con aparente indolencia. Frente a él había una columna de espejos. En uno de los espejos, las miradas de Peter y de Cornell Duke se encontraron repentinamente.

El pistolero norteamericano desvió rápidamente la mirada de él. Peter también, y lo hizo justamente a tiempo de ver desaparecer tras las cortinas de los lavabos una alta figura vestida de color gris claro, con rojo cabello muy cortado.

Cañudo, volvió al ron. Ya creía ver fantasmas, y que todo el mundo le espiaba. ¿Por qué no podía haber un tipo pelirrojo que deambulara por allí? El mundo está lleno de pelirrojos inofensivos.

De repente, la orquesta se detuvo. Sonó un redoble. Los focos se centraron en la pista, y un locutor anunció por los altavoces que

Rita y Oswaldo iban a hacer su número sensacional, el mambo con lanzamiento de cuchillos. Durante ese peligroso acto, Oswaldo danzaría un frenético “mambo”, en cada uno de cuyos pasos lanzaría un cuchillo contra la silueta de la muchacha, sujeta a una tabla circular inclinada.

Un rumor de expectación llenó la sala. Nadie se esperaba aquello. Peter tomó la botella de ron en una mano y el vaso en la otra, y se acercó a la pista, a contemplar el número.

Magnus Dugan, erguido en su atril, elevó la trompeta. Sus notas vibrantes iniciaron el popular “Mambo Jambo”. El silencio se hizo en la sala, cuando el propio Oswaldo apareció con un disco gigantesco de tablas, pintado en rojo, en el que se veían señales antiguas de cuchilladas, formando una silueta humana. Por la forma especial de su pie, quedaba ligeramente inclinado hacia el techo. Rita apareció con un “maillot” rojo que levantó un murmullo de nueva expectación. Oswaldo la sujetó por unas abrazaderas de metal y cuero, a la plataforma de madera. Luego, regresó a la pista con un manojo de cuchillos.

Peter se estremeció y tuvo que beber un nuevo trago. No eran cuchillos propiamente dichos, aunque parecían ser tales en la distancia. Se trataba de navajas automáticas, abiertas y prestas a disparar sobre el humano blanco viviente.

La escultural y sugestiva Rita, esperaba, al parecer tranquila. Pero bajo el maquillaje, Peter estaba seguro de su lividez, como del terror que agarrotaba sus nervios y músculos.

El “mambo” creció de volumen, su ritmo se aceleró más y más, hasta hacer hervir la sangre en las venas. Oswaldo tomó el primer cuchillo, bailó, bailó y bailó... y se volvió bruscamente, apuntando y arrojando el arma en un fugaz segundo.

Un “¡Oh!” cuajado de admiración acogió la milimétrica puntería con que Oswaldo hincó la hoja de acero, casi rozando la piel bronceada de su pareja, a la altura del cuello.

Peter respiró con fuerza, apretando el gollete de la botella. Sin darse cuenta, bebió en esta, como si el ron fuera agua. Le ardía el rostro, pero no por el alcohol.

Abajo, en la pista, mientras Dugan y sus compañeros llevaba el mambo a extremos de un frenesí alucinante, más propio de una orgía negra que de un club en el corazón de La Habana nocturna,

Oswaldo bailaba. Parecía mejor bailarín que nunca, sus miembros delgados y musculosos fascinaban con los movimientos epilépticos, rematados metódica y rítmicamente por los chasquidos de la madera hendida a cuchilladas en torno a Rita.

Los brazos, los músculos, las rodillas, de nuevo, la cintura, otra vez los brazos, los hombros y cuello, la cabeza... toda ella iba perfilándose, rodeada de enhiestos mangos de arma blanca hincada en la tabla roja.

Y llegó el final, el apoteosis emocional del baile. Oswaldo cimbrió su figura, onduló la mano, armada del último cuchillo, la orquesta arreció en el “Mambo Jambo”.

Con un brinco felino al final, el lanzador de cuchillos giró sobre sí mismo, hizo una inverosímil cabriola sin apuntar, en tanto que el rostro de Rita se estremecía, palideciendo hasta la blancura total, cubierto de sudor, y un grito ronco, aterrorizado, escapó de su garganta.

El cuchillo hendió el aire... y el grito de mujer rasgó el silencio dramático con impresionante vibración de tragedia.

Peter soltó la botella. Casi brotaron simultáneamente la sangre de la profunda herida de Rita y el licor de la botella quebrada, al estrellarse en el pavimento. Un alarido de angustia, arrancado a una garganta femenina, escapó de algún lugar del salón. Era inútil que la orquesta, al percatarse del desastre, intentara ahogarlo en estridencias, porque todo el mundo tenía clavada la vista en el mango del arma blanca que asomaba del costado de Rita. La sangre apagó el brillante rojo del “maillot”.

Dale corrió hacia la pista. Un hombre alocado, parecía en el centro de esta una mariposa gigante queriendo huir a un cerco implacable de adversarios. Oswaldo buscaba el resquicio, la intersección para escapar. No era fácil encontrarla.

Por fin, se arrojó como una centella por la puerta de los vestuarios. Alguien brincó, derribando atriles, sillas e incluso personas, para cerrarle el paso. Un hombre con un objeto dorado y centelleante en la mano, una especie de Némesis musical, absurdo y apasionado, que chilló con virulencia:

—¡Asesino! ¡Cobarde...!

Magnus Dugan alzó su trompeta, después de haber derribado a sus compañeros más cercanos en su afán de llegar hasta Oswaldo.

Iba a hender el cráneo del bailarín, como si de repente, por un grotesco prodigio, todo hubiera retrocedido en el tiempo, y estuviera Peter asistiendo a una escena bélica entre un piel roja armado de *tomahawk* y un indefenso y aterrorizado rostro pálido.

Oswaldo podía estar aterrorizado, pero no indefenso. De alguna parte de su enjuta figura sacó las energías para rechazar el ataque. Sin frenar su carrera, hundió la cabeza en el vientre de Magnus. El negro rugió, dolorido, soltando su trompeta, y se abatió a un lado. Quiso mantener el equilibrio, aferrando la cortina, con la que se fue por tierra estrepitosamente, en medio del terrible caos organizado en el local después de la herida de Rita.

Antes de que el propio Magnus o cualquier otro logran reaccionar en forma positiva, Oswaldo estaba lejos del alcance de todos. Sus pasos, vertiginosos, se perdieron por el corredor de los artistas.

Dale saltó la pasarela que separaba la planta alta del salón de la pista de atracciones, y corrió hacia Rita, al mismo tiempo que lo hacían varios camareros, clientes y músicos, en confuso tropel.



Peter se detuvo fren' a la desdichada joven

4 — MUERTE

Peter se detuvo en seco frente a la desdichada joven. De su costado brotaba un reguero abundante de sangre. Brillaba el líquido escarlata, al resbalar sobre el negro de la pista. Peter aún conservaba serenidad suficiente para advertir que la bailarina estaba grave, muy grave. Su palidez no tenía ya disimulos bajo el maquillaje. En cuanto a su cuerpo, aparecía flácido, inerte. Había perdido el conocimiento.

—¡Un médico, pronto! —pidió Peter, con tono brusco.

Un hombre se abrió camino, acercándose a la muchacha. La

atendió, dio luego rápidas órdenes. Peter no quiso saber nada de esas órdenes. Inquirió del médico:

—Doctor, es importante que sepa lo que le ocurre a la chica. ¿Mortal?

—No sé, señor —contestó en español el médico cubano—. Puede ser mortal o no. Es grave, precisa rápida hospitalización y cuidados. De la profundidad de la herida depende casi todo. A veces, heridas así resultan después por completo inofensivas. Veremos...

Peter se apartó, con una mirada de pesar a la muchacha herida. Se alejó hacia el mostrador. Cruzóse con Mike, con Skip, Ricky y otros muchos. No se detuvo, hasta encontrarse frente a Dalia Cassidy. Casi parecía bella con aquel traje de noche negro, amoldado a su figura, un poco demasiado opulenta. Pero el rostro estaba crispado, grave la expresión de los ojos sobre el humo de su cigarrillo.

—Segunda tragedia —dijo secamente la dueña del “Cubanito”—. ¿Cuándo va a acabar esto?

—Nadie lo sabe —Peter miraba hacia los lavabos. Una cabeza pelirroja asomaba de ellos. Una mirada azul, consternada y sombría, se fijó en el revuelo de la pista. Luego, el tipo de pelo rojizo se alejó hacia la salida. Peter agregó, volviendo a mirar a Dalia—: Pudo haberla matado. Y el noventa y nueve por ciento de los testigos están seguros de que fue intencionado.

—¿Y usted?

—Yo no sé ya qué pensar. Algo diabólico se esconde aquí, Dalia. Hay una fuerza siniestra e incontrolable que empieza a adueñarse de todo. Pero ignoro dónde radica y por qué hace todo esto... Usted cuídese, Dalia. ¿No se ha dado cuenta de que la vida de las mujeres hermosas es la que parece peligrar constantemente?

Tras ese cumplido, de dudosa complacencia, Peter se encaminó a la salida. No vio ni el menor rastro de Cornell Duke. Una vez en la calle, se lanzó a la carrera hacia el cercano pasaje a donde daba la puerta del escenario. Tal vez llegara aún a tiempo.

Percibió el rumor de pasos, perdiéndose al fondo del callejón. Dalia no exageró. Había basuras y desperdicios por doquier. Una luz solitaria, sobre la puerta trasera, indicaba la salida del escenario.

Dale lanzóse a la carrera, aunque sentía que sus pies, cada vez que saltaban en el aire, iban a ser incapaces de afianzarse en el suelo. El alcohol revuelto era peor que un mar proceloso. Sin embargo, aunque resbaló sobre cáscaras de bananas y charcos de agua pestilente, logró conservar su estabilidad el tiempo preciso para comprender lo estéril de su carrera.

Los pasos del furtivo se perdieron al final del callejón, oyóse frenar a un coche, que posiblemente fuera un taxímetro, y al segundo, un arranque fulminante.

Jadeando, Dale se detuvo al final del pasaje. Una calle transversal, más ancha, aunque también escasamente iluminada, se perdía en una cercana esquina. Esquina que el coche tomado por Oswaldo había salvado ya segundos antes. Ahora correría libremente hacia el centro de la ciudad, sin perseguidores a sus talones.

Desalentado, Peter regresó lentamente al “Cubanito”. Quería saber lo que harían con Rita ahora. No podía olvidar sus palabras: “Yo sé quién mató a Dora... y tengo mucho miedo de que llegue a leerlo en mis ojos y me mate como la mató a ella...”.

Había faltado muy poco para que eso ocurriera.

CAPÍTULO VII

RITA fue subida en una ambulancia cosa de diez minutos más tarde. Se la condujo a un centro clínico-quirúrgico de gran prestigio, en tanto que la policía, comenzaba a hacer pesquisas sobre lo sucedido en el “Cubanito”. Esta vez, por suerte o por desgracia, los hechos no eran oscuros, como los de la noche anterior. Había un culpable, un homicida que, de no haber huido, pudo alegar tranquilamente un fallo de nervios, de puntería o de serenidad, sin comprometerse. Pero su fuga era acusadora por sí sola, con más fuerza que la propia herida de la bailarina.

Se dio orden de dar con Oswaldó dondequiera que se hallase, y las patrullas volantes de la policía cubana comenzaron a batir la ciudad en busca del fugitivo. Cuando se le hallara, era seguro que habría sido hallado también al asesino de Dora Castillo, aunque el motivo de ambos crímenes fuera aún una total incógnita para el inspector Acosta.

Peter poco pudo ayudar a Acosta. Su relato de la entrevista con Rita confirmó con aplastante fuerza la culpabilidad de Oswaldó. Y dio un plausible motivo para el intento de asesinato, si bien aún dejaba a obscuras muchas cosas.

Acosta prometió tener a Dale al corriente de los hechos, y el joven americano se retiró a su hotel. Pidió la llave y subió hasta su planta, entrando en su apartamento.

Nada más encender la luz situada a la derecha de la puerta, se quedó rígido en el umbral, escrutando todo el cuarto. No se podía pedir mejor ejemplo de vandalismo, obra más acabada de devastación. Cortinas, espejos, marcos, muebles, ropas y toda clase de útiles, alfombras en desorden impresionante los suelos del amplio gabinete. El dormitorio había seguido igual suerte. Peter recordó que había dejado la automática que arrebatara a Duke en

el traje de la noche anterior. Lanzóse al ropero, que mostraba su cerradura destrozada, y revuelto su contenido. No había pistola alguna, naturalmente.

Peter rodeó la destrozada cama, de cuyo colchón brotaba la suave lana en guedejas lamentables, y corrió al balcón, sonriendo torvamente al distinguir las macetas intactas, asomando en la balaustrada de la terraza.

Recordó que la puerta del apartamento estaba tal como la dejara. No era fácil que en un hotel como aquel dieran la llave al primer desconocido que la pidiera. Dirigió una mirada a izquierda y derecha. Las terrazas contiguas aparecían casi tocando la suya. Una mueca de sarcasmo arrugó la cara de Dale. Rápidamente, salió de nuevo, bajando a denunciar el hecho al conserje, y tras ser escuchado con escandalizado gesto, agregó sin pérdida de tiempo:

—¿Han alquilado esta noche alguno de los apartamentos vecinos a alguien?

El conserje comenzó a denegar. Pero pronto, frunció el ceño y masculló:

—Espere un momento —indagó en el libro, asintió gravemente y respondió—: Tiene usted razón, señor Dale. El cuarto 812, inmediato al suyo en la derecha, fue ocupado por un tal señor Acevedo, Jorge Acevedo, de Sao Paulo, Brasil. Y pretextando una urgente salida del país, lo dejó cosa de un par de horas más tarde, abonando el día entero. Esto sucedía a las nueve en punto.

—Las nueve... —Peter reflexionó. Si hubiera vuelto cuando pensaba hacerlo, en vez de dedicarse a beber para olvidar a Ira, ¿qué es lo que hubiera hallado en su piso aguardándole? Nada bueno, porque quienquiera que fuese el intruso, no halló lo que buscaba—. Bien, gracias. No se molestó en denunciar el hecho, porque no resolverá nada. Ciento contra uno, a que ese Acevedo no existe en ningún lugar del mundo.

Regresó a su piso, pensativamente. Entró, cerrando tras de sí con precaución. En el ventanal de la terraza, echó los postigos de madera y los aseguró convenientemente. Después, presa de una súbita inspiración, fue al mueble bar, menos revuelto que los demás. Examinó sus seis preciadas botellas: ron, ginebra, whisky, brandy, menta y absenta. Todas estaban tal como las dejara. Todas menos la de menta, que había sufrido una considerable merma. Un

vaso, sucio en un rincón, olía aún al espeso licor verde. Sonrió: ya sabía quién era el que estuvo en el apartamento.

No dudó de que había escapado a la muerte. Aquel visitante no hubiera vacilado en matarle con tal de recuperar lo que buscaba. Y por lo que había revuelto, carecía de la más mínima idea sobre su volumen, porque registró por igual lo grande y lo reducido.

Salió a la terraza. Contempló las macetas, pensativo. Podían volver, recordando que algo había quedado sin registrar. Hurgó en la maceta, sacó la llave “Yale” que Dora Castillo deslizó incomprensiblemente en su bolsillo, y volvió a entrar en la pieza, atrancando de nuevo toda entrada o salida. Se encaminó al mueble bar, abrió la botella del ron y, después de beberse un trago, deslizó por el angosto cuello del recipiente la llave, al parecer tan codiciada, aunque maldito si sabía lo que significaba por sí sola. Únicamente que era una llave vulgar, con dos inscripciones: un número 9 y una letra X.

Rio agriamente, tumbado sobre un sofá, al meditar acerca de ello. En una de sus novelas, eso hubiera podido ser la contraseña de un importante espía. Pero esas cosas no ocurren en la realidad. Tenía que significar algo mucho más sencillo, menos truculento. Un apartado de Correos, un depósito alquilado, una caja fuerte bancaria, un hotel o pensión, un piso en alguna parte, tal vez una simple habitación o una insignificante cajita.

Llamaron a la puerta, y Peter preguntó cautamente, antes de dejar paso. Eran los empleados del hotel, que venían a reparar los desperfectos sufridos.

Una hora más tarde, Peter logró acostarse tranquilamente, dispuesto a dormir sin complicaciones, a pesar de los visitantes vandálicos de aquella tarde.

Cuando despertó, al día siguiente, el sol estaba ya muy alto.

* * *

El teléfono le informó a Dale por la mañana de que la herida de Rita no había sido todo lo grave que en principio se temiera, y sería trasladada aquel mismo día a su apartamento, donde continuaría bajo custodia policial, mientras Oswaldo no fuera hallado. Un hombre desequilibrado y vengativo como él, podía ser capaz de cualquier cosa.

—¿Ha referido Rita los motivos que pudo tener su pareja para matarla? —preguntó Peter.

—No ha podido declarar nada aún. Está semiinconsciente, y el médico ha recomendado que no se la interrogué aún en un par de días. Esperaremos, Dale, si antes no cazamos a ese loco peligroso. ¿Sabía una cosa? Su nombre verdadero no es Oswald. Se trata tan solo de un seudónimo artístico.

—¿De veras?

—Sí. Su verdadero nombre es Daniel Arana, nacido en California y criado en Puerto Rico. Estamos esperando sus informes de las autoridades norteamericanas, pero estoy seguro de que serán bastante precisos sobre la ralea de ese tipo. La primera impresión es que era un individuo con antecedentes turbios en su país, Dale.

—Ya —Peter pensó en la cantidad de gente norteamericana que intervenía en aquel asunto, y se preguntó si todo obedecería a la casualidad o no—. ¿Y Rita?

—De ella nada sabemos aún. De Dora Castillo tampoco. Pero ese no era su nombre. No existen documentos extendidos a ese nombre, ni en La Habana ni en Honduras, donde estuvo últimamente trabajando.

—En este asunto, nadie es lo que parece ser, ni siquiera quién parece ser, ¿eh?

—¿Qué quiere decir con eso, Dale? —se intrigó el inspector.

—Nada. ¿Sabe algo de un tal Mike Romano, barman del “Cubanito”? Dicen que es cubano, pero que ha residido varios años en los Estados Unidos. Y en cuanto a Dalia Cassidy, asegura ser natural de Alabama. ¿Todo eso es cierto?

—Oficialmente, sí. Pero trataré de encontrar algún punto débil en ello, si es que existe. No se fía usted de nadie, ¿eh, Dale?

—De nadie. En cuanto a Magnus Dugan, el trompeta de color de la orquesta, ¿Qué puede, decirme de él?

—Es un buen chico. Yanqui también. Llegó a La Habana hace ya bastante tiempo, tal vez cuatro años. Ha trabajado en otros locales. Ha tenido líos con chicas de vez en cuando, pero nada serio.

—¿Qué clase de líos?

—Oh, usted ya sabe, Dale. Es apasionado, enamorado hasta la exageración, pero con ello no hace daño a nadie. Las chicas se

alarman de su ímpetu y terminan con él. Eso es todo. Pero resulta inofensivo.

—A veces, los inofensivos tienen ciertas crisis muy extrañas —comentó Peter Dale, meditabundo—. Pero en fin, tal vez vea más de lo que quiero.

—¿Es que para usted no está claro que Oswaldo mató a Dora Castillo?

—Para mí, solo está claro que Oswaldo, Arana o como quiera que se llame, arrojó un cuchillo o navaja automática contra Rita. Pero sobre Dora, nada sabemos aún.

—Receloso y escéptico, ¿eh, Dale? —rio Acosta de buen humor.

—Solamente positivista. Nunca estoy seguro de nada que yo no vea.

—¡Hombre de poca fe! ¿Qué es lo que va a hacer hoy?

—No sé aún. Voy a meditar un rato, a pasear otro poco, si el tiempo sigue tan espléndido. Y a la noche, si el “Cubando” sigue abierto, nos veremos allá. ¿Le place?

—No hay orden legal de cerrarlo. Dora murió fuera de él, y en cuanto a lo de Rita, fue en apariencia un accidente de trabajo. Nada que dañe al local.

—No, no lo decía por eso —Dale rio sordamente—. Pensaba que pronto van a quedarse sin atracciones, si esto sigue así...

Resultó casi una profecía. Porque hasta bien entrada la noche, Peter no se enteró de que a Magnus Dugan, el trompeta de color, le habían encontrado muerto en la escalera que conducía al despacho de Dalia Cassidy.

Lo espantoso, lo abominable, es que le habían hendido el cráneo con su propia trompeta, el filo de cuya ancha boca, aún estaba incrustada en su encéfalo cuando dieron con el cadáver.

* * *

—¿Quién lo encontró? —preguntó Peter, dominando sus náuseas, al apartarse del cuerpo. La nota multicolor y alegre del sonante “mambo” casi parecía una profanación, sobre aquel cadáver de cráneo aplastado a golpes de trompeta.

El inspector Acosta, que hablaba en voz baja con sus hombres, miró a Peter con aire sombrío. Masticaba casi el aromático habano

metido entre sus dientes.

—Mike Romano, el barman.

—Romano, ¿eh?

—Sí. ¿Algo raro en ello, Dale? —la mirada oscura y penetrante le perforó.

—No. Siga. ¿Cómo pudo encontrarlo Romano, y no Dalia Cassidy?

—La Cassidy aún no sabe nada, Dale. No ha aparecido en todo el día, y precisamente Mike Romano iba a consultarla sobre el espectáculo de esta noche, nada más llegar al local, cuando se encontró con el cuerpo de Dugan.

—¿Cuándo cree que mataron a Dugan?

—El forense ha fijado la hora entre las once y la una de esta mañana.

—¡Cielos! ¿Es que hay alguien en el club a esas horas?

—Absolutamente nadie, como no sean las mujeres de la limpieza. Ellas aseguran que, al marcharse, no había entrado nadie en el local, excepto Dugan, que estuvo ensayando unos *blues* o cosa parecida con la trompeta. Sabemos eso porque una de las mujeres es algo aficionada a la música. Al marcharse, el músico seguía tocando, y una le preguntó si salía o se quedaba. Dugan contestó que se quedaría él, y que ya cerraría la puerta al salir.

—¿Eso es habitual en el “Cubanito”?

—Bueno, las bebidas quedan cerradas bajo llave, el dinero está bien guardado en el despacho de la dueña, en una caja fuerte, y Dugan era hombre de confianza. Llevaba más de dos años aquí, sin que jamás hubiera cometido falta alguna. Eran muchas las veces que ensayaba por las mañanas. Cuidaba mucho su forma, al parecer.

—Y eso le ha llevado a la tumba —reflexionó Dale—. Pero, ¿por qué a él precisamente?

—Rencor. Oswaldo odiaba a Dugan. Me he enterado de que era antirracista en los Estados Unidos y en Puerto Rico. Una a eso que Dugan le atacó cuando creyó identificar en él al asesino de Dora. Todo eso, ligado, forma un algo digno de tenerse en cuenta.

—Dalia Cassidy posiblemente sea antirracista también, si vamos a eso.

—¿Cómo lo sabe? —Acosta le miró, con verdadero respeto.

—Lo advertí en cierta observación suya sobre el sur. Era fácil deducirlo.

Acosta no contestó. Uno de sus hombres apareció en la entrada del trasfondo, llamándole aparte. Habló brevemente con él, y Acosta le contestó en igual tono. Luego el policía acercóse a Dale y le informó en voz baja:

—Dalia Cassidy no está en su domicilio. Hemos de seguir buscándola, por si había poca tarea. ¿Qué condenado huracán se ha desencadenado sobre esta ciudad?

—El peor de todos —manifestó Peter gravemente—. Un huracán de sangre y de crueldad, sin aparente motivo. ¿Cuándo espera obtener informes sobre Dora Castillo, de los Estados Unidos o de dondequiera que sea?

—De un momento a otro. He enviado una fotografía suya, la que cogí de su camerino. Espero me sirva para identificarla.

—Entonces, siga mi consejo. Busque a una mujer desaparecida hace cosa de cuatro años.

—¿Por qué supone eso? —gruñó Acosta, sorprendido.

—No lo sé. Pero una mujer desapareció hace ese tiempo aproximadamente de la ciudad de Nueva York, tras cierto secuestro famoso, terminando en un repugnante asesinato. Me pregunto por qué un recorte sobre ese asunto podía interesar a Dora hasta el punto de conservarlo tanto tiempo —y con un sencillo ademán le tendió el trozo de diario—. Compruébelo por sí mismo, inspector.

—¡Que el diablo me lleve! —la desconfianza asomó a los negros ojos del cubano. Tomó el recorte y lo examinó en forma fugaz. Miró de hito en hito a Peter—. ¿De dónde sacó esto?

—De donde sus hombres habían registrado concienzudamente, sin darle importancia. El camerino de Dora Castillo. Estaba caído en tierra, junto al tocador. Si le da la vuelta, comprobará que aun presenta señales de goma. Estuvo adherido a un libro, álbum u hoja de papel de cualquier especie. ¿Por qué? En la parte que se deja visible, si se pegó por donde marcan las señales, solo hay noticias bélicas, el epílogo de aquel secuestro, en Rockaway, y una mención sobre la cocina francesa que no creo interese a nadie. Es obvio que todo señala ese recorte. Medio millón de dólares, un secuestro, un asesinato y un hombre a la silla eléctrica. Todo suficiente base para

un crimen posterior, incluso para dos o tres. ¿Por qué no investiga sobre eso?

—Es usted un lince o un afortunado, Dale —exclamó Acosta, perplejo aún—. Lo cierto es que lo último que hubiéramos buscado allí sería un viejo recorte de prensa americana.

—Lo cual demuestra que lo más insignificante puede ser fundamental.

—Todavía no está demostrado eso. Puede ser una pista equivocada.

—Puede serlo —admitió Peter, sonriendo—. He teleografiado a Nueva York. Tengo buenos amigos en la policía metropolitana, y espero informes de mañana a pasado.

Acosta pareció abrumado.

—Oiga una cosa, Dale —tartajeó al fin, como avergonzado de sí mismo—. ¿Quiere saber algo desagradable?

—Adelante, inspector.

—Me ha aplanado usted con mis mismas armas. No creería en serio que yo confiaba en la pericia detectivesca de un novelista yanqui del género popular, por muy famoso que fuera, cuando le pedí colaboración y ayuda en este caso.

—Claro que no —sonrió Peter.

—Pero... Pero entonces usted ¿sabía mi intención?

—Con toda seguridad. Sospechaba de mí, y era un modo ingenioso y hábil de vigilarme de cerca sin que yo sospechara. Darle cuerda a uno hasta que se ahorca; es el modo de definirlo, ¿no es cierto?

Acosta se quedó muy serio, realmente aplastado. Por último echóse a reír. Dale le contestó con otra risa, y ambos hombres terminaron estrechándose las manos con cordialidad.

CAPÍTULO VIII

EL cablegrama fechado en Nueva York llegó a la mañana siguiente a poder de Peter Dale. Su contenido era amplio, aunque limitado al máximo.

“Mujer desaparecida con medio millón, tras el "Affaire McKane, en 1948, se llamaba Maba Vicky Hogan. Amante de Gino Morelli, antiguo afiliado a la “maffia” italiana, y entonces colocado en el “Hotel Tower”, de Rockaway Beach, igual que la Hogan, camarera cuando secuestraron pequeño Bill McKane, posteriormente hallado muerto. Morelli fue acusado del crimen, pero Vicky Hogan desapareció con dinero producto rescate, mientras Gino proclamaba su inocencia. Fue ejecutado, tras el proceso en que se le declaró culpable. James Hogan, esposo legal de la desaparecida Vicky, a la sazón separado de ella, no reside actualmente en los Estados Unidos. Se desconoce paradero, igual que de ella y del dinero. Enviamos por correo aéreo fotografías de Vicky Hogan, y duplicados a la Policía cubana. Cornell Duke, pistolero, jugador y apostador profesional en las carreras, era por entonces guardaespaldas de un importante personaje del hampa neoyorquina, Frank Diarello, igualmente sospechoso de pertenecer a la “maffia” La Oficina Federal estuvo interesada en el caso. ¿Qué es lo que ocurre ahí? Suerte, aficionadillo. Tu amigo,

“Inspector Marlowe.”

Dale no tuvo ni ánimos de sonreír después de haber leído aquello. Muchas teorías suyas se confirmaban de momento. Pero otras interrogantes demasiado complejas se abrían ante él, como una diabólica sucesión de absurdos. La “mafia”, con su siniestra fama y su aire trágico de venganzas meridionales, un hombre ejecutado, una mujer y medio millón por el mundo, un marido que parecía un comparsa, pero que tal vez no lo fuera. Un personaje más de los bajos fondos, tristemente popular por entonces, como era Frank Diarello, igualmente latino. Cornell Duke, guardaespaldas suyo, mientras en un hotel de Rockaway Beach, Nueva York City, era secuestrado y muerto posteriormente un inocente niño de ocho años, por el que los padres pagaron medio millón de dólares, para rescatar tan solo un cadáver. Y una mujer que se esfuma con esa fortuna entre las manos...

Paseó por la habitación, como un tigre enjaulado. Por la tarde, a primera hora, llegó otro telegrama. Pero este, fechado en Río de Janeiro, solo decía:

“¿Te divierten mucho los crímenes, querido Peter? Espero verte convertido en víctima cualquier día. Tu adorada,

"Ira."

Lo arrugó, enfadado, continuando sus paseos. No quiso pensar en ella y en su rencor. No iba a ir a Río tras de ella. Que se fuera al diablo. Era esto, un caso diabólico y extraño, que tenía tal vez su origen en el asunto McKane, lo que le sujetaba, lo que le atraía hasta el punto de no ceder a tentación alguna.

No podía hacer nada hasta no tener las fotografías de Vicky Hogan en su poder. Aquel día no llegaron, y cuando llamó al inspector Acosta, le dijeron que estaba ausente de la Jefatura y que no había dejado recado alguno. Se interesó también por Rita, y fue informado de que continuaba estacionario su estado, sin haber apenas recobrado la noción de las cosas. Los médicos esperaban que pronto se la pudiera interrogar. En cuanto a Oswaldo o Dalia Cassidy, tampoco había novedad.

Pasó un día más. Al siguiente, la carta por avión llegó a manos

de Dale. Abrió el sobre con verdadero afán. Extrajo tres cartulinas brillantes, reproduciendo antiguas fotografías de Vicky Hogan. Dos eran borrosas fotografías de calle, en las que sus facciones no resultaban demasiado reveladoras. La tercera correspondía a la reproducción de un afiche teatral, donde se anunciaba a la “strip-tease” Vicky Hogan. Debía ser anterior a su época de camarera, que es a la que correspondían las otras dos fotos. Pero en las tres, la Hogan lucía una hermosa cabellera rubia y una piel blanca, delicada, bien diferente a la azulada melena y oscura tez de Dora Castillo.

De momento se desalentó. Luego, llevado de un súbito impulso, tomó asiento, puso ante sí las fotografías, y con su pluma cubrió la melena rubia de oscuro. Contempló su obra, tratando de imaginarse que la piel clara era bronceada. Los toques precisos de maquillaje darían al rostro el exotismo apetecido con relativa facilidad.

El conjunto total, una vez desaparecido el tinte rubio, era inconfundible: Vicky Hogan, la dama misteriosa del “affaire” McKane era Dora Castillo.

* * *

Peter abandonó las oficinas del agente artístico. No había sacado gran cosa en claro. Dora Castillo apareció en principio en Puerto Rico, posteriormente actuó en otros países, hasta llegar a La Habana. Siempre habían sido breves sus actuaciones, y pese a su éxito, se negaba a prorrogarlas. Parecía como si huyera de algo, de eso estaba seguro el propio agente, aunque ignoraba lo que ese algo podía ser.

Dale tenía una idea bastante concreta de lo que provocaba la huida de la supuesta Dora, de la mujer que había sido camarera de hotel en Rockaway Beach, cuatro años atrás, con su nombre verdadero de Vicky Hogan. Pero aún quedaban muchas cosas por aclarar.

Su coche le llevó a los Apartamentos Marianao, y subió, después de dar su nombre al policía de vigilancia que guardaba la residencia por encargo de Acosta. Rita seguía acostada, sin haber recuperado la total normalidad.

Dale no iba a ver a Rita. Se detuvo en la puerta inmediata al apartamento que ocupara Dora, y llamó. Tras una breve pausa, una

mujer le abrió. Era alta, de piel oscura que contrastaba con su pelo rubio y el color verdoso de sus ojos. Llevaba gafas de montura ligera, ropas livianas bastante translúcidas, y poca cosa más.

—¿La señorita Mason?

—Clara Mason, sí —asintió ella, mirándole con fijeza—. ¿Qué desea, por favor?

—Soy amigo del inspector Acosta. Norteamericano como usted, a lo que veo. Ayudo a la policía a investigar el caso del que, lamentablemente, fue usted testigo cercano. Y quisiera hacerle unas preguntas, si no tiene inconveniente.

—Yo no vi nada —replicó con sequedad la mujer—. Y lo que sé, lo conté ya al inspector Acosta.

—Es posible que así sea, pero ciertas cosas es preferible oírlas directamente a conocerlas por referencia de un intermediario. ¿Le molestaría contarme todo lo que usted advirtió la noche del crimen?

—Sí, me molestaría —se hizo a un lado—. Pero se lo contaré, si tanto insiste. He oído decir que un novelista, Peter Dale, ayuda al inspector en este caso. ¿Es usted?

—En persona —sonrió, inclinando la cabeza—. ¿Ha leído algo mío, señorita Masón?

—Jamás leo paparruchas baratas —le cortó ella fríamente—. Pero no importa, pase.

—Muy amable —pasó junto a ella, hasta un *living* acogedor, gemelo de aquel donde viera a Dora Castillo, asesinada. Cuando la rubia Clara Mason pasó ante el sol de un ventanal, su figura mostró detalles altamente sugestivos. Peter carraspeó, al sentarse, evitando mirar demasiado hacia la dama—. Según la versión que Acosta me dio de los hechos, usted percibió claramente la despedida verbal que Dora dio a su acompañante, el “botones” del club, el chasquido de la puerta al cerrarse y, poco después, un timbrazo, la puerta que se volvía a abrir y nada más. ¿Es eso exactamente?

—No es todo. Aun percibí el golpe de un cuerpo al caer a tierra, cosa de dos o tres minutos después.

—¿Está segura de eso? ¿No sería más tiempo el que pasó?

—No pudo ser más. Dos minutos como mínimo, tres como máximo. Soy minuciosa y calculadora, señor Dale. Estoy segura de

que no fue más.

—¿Ni menos?

—Ni menos.

—Bien. Tenemos, por otro lado, el hecho de que usted tuvo que oír la puerta al cerrarse después de esa caída, si no se durmió inmediatamente. Porque la puerta fue hallada herméticamente cerrada, cuando halló el cuerpo la mujer de la limpieza.

—No oí nada más, a pesar de que ese golpe en tierra me alarmó ligeramente y tardé más de una hora en dormirme. Puedo asegurarlo. Tampoco creo haber oído nada, si bien por un momento sentí la impresión de que sonaban roces en el suelo, pasos cautos. Pero de eso, pese a la debilidad de los muros, no estoy nada segura.

—Y entre la despedida al “botones” y el cierre de la puerta, y esa llamada siguiente, ¿pudieron pasar cinco minutos?

—Apenas si pasó un minuto. Creo que no fue más de un minuto lo que transcurrió entre el cierre de la puerta y la llamada.

—Es usted muy minuciosa, señorita Masón. Eso no es frecuente.

—Mi noción del tiempo es muy exacta, señor Dale. He sido comprobadora de mecanismos de alta fidelidad técnica en la guerra, y mi experiencia me sirvió de algo. Cuando yo digo un minuto, dos o tres, es eso exactamente. No le quepa la menor duda.

—Está bien, así será. ¿Pudo oír voces, alguna exclamación de sobresalto, al abrirse la puerta poco después de marcharse el “botones”?

—No, nada. Después de todo, si era un hombre el visitante y ella se asustó, pudo utilizar una mano para silenciarla. ¿No se le ha ocurrido esa posibilidad?

—Se me han ocurrido tantas posibilidades, que no quiero ya ni pensar en ellas. Lo extraño es que entre su entrada y la caída del cuerpo transcurrieran tantos minutos. Demasiado tiempo para tener amordazada a una mujer. Y si la golpeó, desvaneciéndola ¿para que la tuvo en brazos tantos minutos, evitando que cayese? No tiene sentido.

—En eso, señor Dale, no puedo ayudarle —manifestó ella secamente.

—Bien; de todos modos, le agradezco su ayuda. Ha sido muy valiosa —se levantó.

—¿De veras se va ya? —volvió a translucirse ante la ventana.

—Sí, quería solo comprobar unos detalles —la miró en silencio. No era una rubia teñida, sino natural. Como debió serlo Vicky Hogan antes de ser Dora Castillo.

Tendió su mano, y al estrechársela la señorita Mason, estudió el vello rubio de su brazo sobre el bronce de su piel—. Veo que le gusta el sol cubano, ¿eh? Largas horas en las playas, hasta lograr la exótica combinación de cabello rubio y piel morena...

—Se equivoca, señor Dale —sonrió ella—. Detesto tenderme horas y horas al sol. El sistema de sesiones de rayos ultravioleta es más rápido y eficaz para teñir la piel. Se lo recomiendo, si quiere presumir al regreso de unas perfectas vacaciones tropicales.

—Rayos ultravioleta... —Peter enarcó las cejas—. Hum, no lo había pensado. Adiós, señorita Mason.

Salió del edificio. Subió de nuevo al coche y bajó por Marianao hasta Miramar. Allí detuvo el coche frente a las doradas playas del Golfo. Fumó un cigarrillo, con la vista perdida en Punta Los Roques. Trataba de ordenar sus ideas, sin conseguirlo totalmente.

Imaginó a una mujer con medio millón encima, abandonando los Estados Unidos. Vicky Hogan cambia su nombre, su aspecto físico. En poco tiempo, evidentemente. El tinte y los rayos ultravioletas cambian su rubia belleza en otra morena y exótica. No cree que la descubran, pero pronto empieza a tener miedo y se va de los sitios sin alargar su estancia en ellos. ¿Es que Cornell Duke la sigue? ¿O acaso es otra persona... el desconocido señor Hogan, por ejemplo, que ha encontrado la posibilidad de sacar una tajada fabulosa a su mujer, de quien está separado hasta entonces?

En tanto muere Gino Morelli, acusado del secuestro, mientras Vicky Hogan huye con el dinero del rescate. Detrás de él queda un niño asesinado cobardemente. ¿Era Morelli culpable? ¿O era otro hombre, de quien precisamente tenía miedo Vicky? ¿Hubiera dejado a Gino morir en la silla, sin declarar que era inocente y dar el nombre del verdadero secuestrador?

Había algo tenebroso e insondable en todo aquello. Pero una cosa era evidente: al fin, Vicky había sido hallada e identificada por su perseguidor. La ambición, la venganza o el odio, terminaron con ella. Murió, y su asesino encontróse, tal vez, con que no podía alcanzar lo que buscaba. ¿Por qué? ¿Qué podía buscar, sino medio

millón de dólares en dinero efectivo, medio millón que estaba en alguna parte, pero que ella no llevaría consigo, ni se atrevería a consignar en un Banco o cosa similar?

Y ese medio millón lo salvó la Hogan la noche misma en que presintió cercana la muerte... entregándole a Peter Dale, un desconocido compatriota en quien sin duda confió desesperadamente, una pequeña e inocente llave. La llave que conducía, de algún modo, al motivo del crimen.

¿Pero cómo? ¿Dónde? ¿En qué forma?

Arrojó el cigarrillo, furioso. Tenía que dar con el destino de esa llave. Entonces habría resuelto parte del enigma. Podía haber millones de sitios en el mundo donde ocultar ese dinero. La lista de lugares visitados por Dora Castillo era amplia. En todos le hubiera sido posible esconder el medio millón y llevarse la llave consigo. Una caja fuerte, un depósito público alquilado, una valija depositada en alguna consigna o almacén...

Y, sin embargo, Peter estaba seguro de que en la llave, en su estructura y en sí misma, estaba la clave, la explicación, la verdad de su origen. No sabía por qué. Era un presentimiento, una intuición subconsciente.

Regresó al coche, pisó a fondo el acelerador y regresó rápidamente al centro de La Habana. Detuvo el coche frente al hotel, penetró en el vestíbulo y se acercó a la conserjería, pidiendo la llave. Entonces el empleado le dio la noticia:

—Su prometida ha vuelto, señor.

—¿Eh? —Dale enarcó las cejas, realmente sorprendido.

—Pidió su llave y se la entregué. La señorita Forrest dijo que quería darle una sorpresa. Pero tal vez sea mejor que usted lo sepa. Confidencialmente, señor.

—Claro. Confidencialmente... —le sonrió con gratitud y subió con rapidez en el ascensor.

Una vez arriba, corrió a su puerta. Movié el pomo, sin que se abriera. Golpeó con los nudillos sobre la madera, avisando con voz burlona:

—La sorpresa es ya inútil, cariño. Puedes abrir, porque sé que has regresado junto al héroe de tus sueños.

Se abrió la puerta. Peter entró. Bruscamente, advirtió que algo

andaba mal. Porque Ira, que tenía que estarle abriendo la puerta en buena lógica, estaba sentada en una butaca, cerca del ventanal de la terraza, mirando con expresión asustada a la puerta donde Dale se hallaba enmarcado, con un pie dentro de la habitación.

Rápido, el joven pretendió retroceder o saltar al interior de la estancia, pero a todo ello llegó tarde. De su derecha salió un brazo armado de algo pesado y sólido, que se abatió sobre su sien con violencia.

El dolor le hizo gemir vivamente, y después el suelo vino a su encuentro, estrellándose contra su rostro con rudeza. Una negrura densa le envolvió, ahogándole.

* * *

Despertar a golpes es el peor de los despertares. Y, además, aquellos tipos sabían golpear. Cornell Duke, sobre todo, se estaba tomando cumplida venganza del escarmiento de aquella noche.

Tras recuperar el conocimiento a bofetones, Dale sintió inundada la boca por el salobre paladar de la sangre. Parpadeó cuando uno de los puños, enormes y duros, del mastodonte que acompañaba a Duke, le alcanzó en un ojo, derribándole por tierra aparatosamente. Ira, acurrucada aún en el sillón, tal como la viera entrar, sollozaba impotente, bajo la fría mirada azul del pistolero.

—Vamos, Dale, vas a tener que hablar clarito —dijo la voz metálica de Duke, sin inmutarse por los vuelcos de Peter sobre la alfombra del apartamento del hotel—. Esta vez te tenemos a ti y a tu buena amiguita, la señorita Forrest. Casi podríamos pedir rescate por vosotros, y nos lo pagarían bien. Sois buenas piezas de la alta sociedad.

—Pedidlo —jadeó Dale, entre sangre y dientes doloridos—. Ya tenéis la experiencia de Bill McKane, ¿no es cierto?

Cornell Duke juró entre dientes, perdiendo gran parte de color. Miró fríamente a su compinche, aquel gorila de traje ancho y burdo, que tan perfectamente usaba sus enormes puños, y le ordenó con aspereza:

—¡Gargan, sacúdele más a ese charlatán! ¡Sabe mucho y presume de saber más aún! ¡Eso le enseñará a no meterse con la gente, acusándola de cosas que ignora!

El tal Gargan se sabía comportar bien. Acercóse a Dale y le sacudió la cara a un lado y otro, de dos mazazos bestiales en las mandíbulas. Peter consiguió zafarse de aquel energúmeno, y disparó de pronto sus dos piernas hacia arriba. Los zapatos alcanzaron con los tacones en la barbilla cuadrada del tipo, que reculó, rugiendo como un tigre furioso. Dale aprovechó el momento para incorporarse, belicoso, enarbolando sus propios puños.

—¡Quieto, Dale! —ordenó fríamente el pistolero—. No se haga el héroe ante su dama... o lo pagará ella.

Peter se detuvo. Eso era cierto, porque Duke no era de los que bromeaban con una pistola chata entre las manos, un revólver de cañón recortado y calibre 38, apoyado cerca de la sien de Ira. Dale apretó los dientes, sin advertir siquiera el dolor que eso le producía, y escupió sangre sobre la alfombra. Ira, aunque pálida, soportó bastante bien el miedo. Apenas miró de reojo el arma de Duque, y musitó a Dale:

—Querido, no sabes cuánto lamento servirte de estorbo... No debí venir aquí, Dale, pero era para ayudarte... De todos modos, si es necesario, deja que dispare. No se atreverá.

Los ojos de Peter, entornados y glaciales, miraron fijamente al sonriente Duke.

—Es lo que no sabemos —dijo Dale—. Quizá sea eso lo que no sabemos, Ira —respondió con suavidad—. Puede ser un asesino, y entonces lo haría. El hombre que ha matado a Dora, a Magnus Dugan y tal vez a Bill McKane, con ocho años, es capaz de todo. Incluso de seguir matando.

El llamado Gargan se había vuelto a incorporar, mirando con expresión asesina a Peter. Duke habló de nuevo, apaciblemente, con una nota metálica en la voz:

—Vale más que hable, y así evitará nuevos golpes, Dale. ¿Dónde está lo que le entregó Dora?

Dale dirigió rápidamente su mirada a la terraza. Vio las macetas destrozadas en el suelo, la tierra dispersa, manchándolo todo. Duke rio entre dientes.

—Sí, acertó usted, chico listo. Volvimos a buscar, recordando que eso era lo único que dejamos de mirar. Pero parece ser que se nos volvió a adelantar y lo sacó de allí. Aún estaba revuelta la tierra de una de las macetas. ¿Dónde está ahora?

Peter sonrió con la boca torcida. Se limpió la comisura ensangrentada, y respondió sordamente:

—Suponga que se lo entregué a la policía.

—No, no lo hizo —Duke meneó la cabeza—. Estoy seguro de ello. A usted le gusta hacer su propio juego, divertirse por su cuenta. Y lo ha logrado. Va a tener diversión garantizada, si insiste en ocultarlo. Es algo pequeño lo que le dieron, prueba de ello es que ocupó poco sitio en esa maceta. Pero, ¿qué es y dónde está?

Dale se movió lentamente hacia el mueble-bar, con expresión abatida. Gargan se interpuso, cuando estiró la mano hacia las botellas de licor. Dale preguntó:

—Supongo que puedo beber un poco de ron, ¿no?

—Está bien, beba. Lo necesita. Gargan, déjale al chico que reponga fuerzas... —miró con sonrisa feroz a la petrificada Ira y agregó—: ¿Ve lo que trae venir a destiempo, hijita? Cuando usted entró en este cuarto, no se imaginaba que nosotros esperábamos a su querido Peter. Ya lo hicimos otro día, con la sana idea de liquidarlo. Pero fue listo y no apareció por aquí. Ahora es diferente. Posiblemente salve aún el pellejo y usted el suyo, si sabe decir las cosas claras a tiempo.

Dale sorbió un largo trago de ron. Sus ojos, a través del cristal, vieron oscilar la llave, al fondo de la botella. Bajó el recipiente, se secó con la mano y sonrió.

—Soy duro de pelar, Duke —respondió torvamente—. A lo mejor no me dejo asustar.

—Ya lo he pensado —rio el pistolero—. Por eso no le quiero matar. Usted, muerto, no vale un centavo. Vivo, su piel sube a quinientos mil dólares.

—¿Y si yo le doy el doble? —intervino Ira—. Un millón si deja tranquilo a Peter.

Duke se rascó, perplejo, con el cañón del revólver. Luego miró a Gargan.

—¿Oyes eso? La dama rica ofrece una fortuna por su amor. Romántico y hermoso —la miró fríamente, clavando el arma en su sien de pronto—. Pero no me gusta eso. Nunca me han gustado los secuestros.

—¿De veras? —rio Peter, divertido, apartando les ojos de Ira

con dificultad.

—¡Sí! No tuve nada que ver con el asunto McKane, sabueso. Aparte esa idea de su cabezota. Lo que quiero es ese medio millón, usted lo sabe.

—Es producto de un secuestro —dijo Dale, después de beber otra vez.

—No me importa. Trabajo siempre por cuenta de otros. No me ensucio en secuestros ni cosas de esas. ¿Va a darme lo que le pido... o prefiere que vuele la cabecita a su rubia?

Dale palideció. Duke había amartillado su chato revólver, aplicándolo a la sien de Ira Forrest, que respiró profundamente, perdiendo algo de su color.

—¡Canalla! —silabeó Peter, furioso—. Es lo más bajo y repugnante del mundo...

—No reparo en medios de obtener lo que busco —rio el pistolero—. Usted decide.

Siguió un largo silencio. Dale miró a Ira, que negó con la cabeza, animosa. Pero Peter se resolvió finalmente:

—Está bien, Duke. Usted gana este *round*. ¿De veras quiere la llave del dinero?

—Quiero el dinero.

—Lo siento, pero yo no sé nada de eso. Le daré tan solo el medio de llegar a él —bruscamente estrelló la botella en el borde de un mueble. Gargan saltó, esperando algo. Pero Dale, con despectiva sonrisa, arrojó los cascos rotos, señalando el charco de ron, en cuyo centro brillaba la dorada llavecita “Yale”—. Ahí está todo lo que Dora Castillo me dio, Duke. Una llave. Una llave que costó una vida. Esa llave le llevará al patíbulo, amigo. Lo siento por usted, pero seré feliz al leer su ejecución en los periódicos.

—¡Estúpido idiota! —rugió Duke, malhumorado, centelleándole los azules ojos duros—. Si sigue diciendo tonterías así, acabaré acribillándole a balazos... Gargan, recoge esa llave.

El mastodonte la recogió, contemplándola con aire plañidero.

—Jefe, ¿usted cree que esto vale medio millón? —preguntó por fin.

—Es lo que vamos a saber. Para eso, Gargan, tú te quedarás aquí con la damita, guardando su preciosa vida. Yo acompañaré al

amigo Dale, hasta ver si es lo que buscaba... —tomó la llave, mirando un lado y otro—. Un nueve... y la letra X. Fue lista Dora... La pequeña Vicky Hogan fue muy astuta, sí. Sabía que buscaríamos cualquier cosa, menos una llave.

—Una llave que nadie sabe a qué lugar pertenece —rio Dale, sarcástico.

—Yo sí creo saberlo —rio Duke inesperadamente—. Vamos, hombre listo, saldremos juntos de aquí. Para el conserje, yo soy el honorable señor Ascott, del piso inferior. Lo de alquilar una habitación al lado de esta fue una pantalla. Usted sospecharía enseguida de eso, y al saber que había sido desalojada ya, no pensaría en nuevos ataques. Lo que ignoraba es que otro supuesto viajero, un tal señor Ascott, nada sospechoso, ocupaba la habitación situada bajo la suya. Es arriesgado subir a su terraza, pero sencillo, aun con la calle allá abajo. No padecemos vértigo ni Gargan ni yo... Ahora, Dale, saldremos juntos, cogidos del brazo como buenos amigos. Bajo mi chaqueta, mi revólver le apuntará durante todo el tiempo, y al menor gesto suyo dispararé. ¿Entendido?

—Entendido.

—Cuando introduzca esta llave en la cerradura que yo creo le corresponde, y dé con el dinero, usted quedará libre, y Gargan recibirá una llamada para dejar a su chica. Todo limpio y sin peligro... mientras ustedes jueguen limpio también. Pero nada más.

Dale no respondió. Sabía que tenía que aceptar, y aceptó. No había otro camino, después de todo.

CAPÍTULO IX

HABÍAN bajado al vestíbulo, salido del hotel y entrado en un coche negro, aparcado poco más allá, sin que Dale pudiera pedir ayuda a nadie. Siempre, amorosamente aferrado a su brazo, Cornell Duke no le concedía la menor oportunidad. Bajo la liviana tela del traje veraniego, el arma se incrustaba en el costado de Dale, advirtiéndole.

Duke hizo sentar a Dale al volante e indicó que condujese hacia el distrito de Vedado. Una vez en él, tras haber atravesado largas avenidas e intrincadas calles, siempre con el revólver de Duke en las costillas, fue orientado hacia la zona costera, y por la carretera paralela a las playas llegaron frente a un largo edificio, con casetas y cobertizos inmediatos. Sobre la fachada un gran cartel rezaba: “Solarium. Balnearios. Tratamiento de la piel por rayos ultravioleta. Piscinas, baños, playas privadas ambos sexos. Socios solamente. Balneario X.”

¡Balneario X! Ahora tenía sentido la letra inscrita en la llave. Dale se maldijo por no haber buscado por aquel lado, pero era tarde para arrepentirse. Cornell Duke parecía saber mucho más que él sobre Dora Castillo y sus actos. Además, a Dale le preocupaba ya el caso de un modo muy relativo. Era la vida de Ira la que estaba en juego.

Duke seguía empujándole hacia el balneario, ahora por la senda de arena que, entre edificios en desuso fuera de las temporadas de baños, serpenteaba hasta el largo porche del solarium. Era un edificio gris y blanco, moderno y pulcro.

—Vamos a entrar ahí —dijo Duke—. Si intenta usted alguna cosa, ya sabe lo que le ocurrirá.

No respondió. Entraron en el balneario. Duke saludó al conserje, sin soltar el brazo de Peter ni despegarse de él. El funcionario le

preguntó qué número de cabina poseía. Duke, serenamente, contestó que el número nueve. El hombre asintió, sin más preguntas, y siguieron hacia el interior.

Un corredor limpio y cuidado, en el que se filtraba el olor a salitre, les llevó hasta otro de donde partían diferentes escaleras rotuladas, a piscinas, playas y solariums o departamentos de tratamiento artificial de la piel. Duke, sin vacilar, se encaminó a estos últimos, y por fin se pararon frente a una serie de puertas rotuladas.

El número nueve apareció ante ellos. Duke miró a un lado y otro. Luego metió la llave en la cerradura. Triunfalmente, la dorada “Yale” cumplió su misión. El paso quedó franco. Empujó a Dale sin ceremonias, y entraron en una reducida cabina, con dos sillas, una mesita y un armario, todo ello en metal esmaltado de blanco.

El armario estaba cerrado igualmente. Dale miró a Duke, esperando sus actos. Sin vacilar, el pistolero se encaminó a la puerta del mismo, y la propia llave sirvió para accionar la cerradura.

—Aquí, una misma llave sirve para habitación y armario —explicó Duke secamente.

Luego abrió. Peter Dale profirió una exclamación al ver los dos maletines de cuero color avellana, alineados en el estante inferior. Cornell Duke se acercó, jubiloso.

Entonces, Dale entró en acción.

Disparó su brazo izquierdo, clavando el codo en el vientre del pistolero. Este gimió, dolorido, y una detonación retumbó en la estancia. El traje claro se agujereó feamente por donde salió la bala de su revólver. Por fortuna, esta no tocó a Peter, y el joven logró arrojarle sobre su enemigo, que pugnaba sin duda por amartillar de nuevo el chato revólver.

Le arrojó contra el armario de dos violentos impactos en el rostro, y luego le dobló de un directo que hundió su puño en el estómago. Sin pérdida de tiempo, le alzó de otro mazazo en la mandíbula, de abajo a arriba, y Duke se derrumbó por tierra aparatosamente.

Enérgico, Dale le sacó del bolsillo la mano y el revólver, arrebatándole este último, con el que le encañonó, jadeante.

—Parece que estoy destinado a desarmarlo siempre, Duke —dijo

sordamente—. Arriba, que ahora mando yo...

Fuera había un notable revuelo, sin duda por causa del disparo. Rápido, Dale llegó a uno de los maletines y disparó contra su cerradura. Saltó esta en pedazos. Duke quiso reaccionar, pero Dale giró el barrilete de un golpe de dedo, y encañonó al pistolero.

—He dicho que a estar quieto —gruñó. Sin quitarle de encima los ojos, tomó con la otra mano el maletín, y lo vació en el suelo. Montones de billetes de curso legal, emitidos por el Tesoro de los Estados Unidos, cayeron como prodigiosa lluvia. Duke desorbitó sus ojos. Dale rio agriamente—. Bueno, asunto concluido... o a punto de concluir.

Se abrió la puerta. Aparecieron dos hombres con uniforme azul claro y una dorada letra X en las solapas. Dale señaló el dinero, que aquellos individuos miraron con asombro.

—Avisen a la policía —dijo Dale—. Que venga inmediatamente...

—Sí, avisen —dijo una voz, a espaldas de los empleados—. Yo me quedaré con el señor Dale y su prisionero.

Peter miró en aquella dirección, ceñudo. Un tipo alto, delgado y pelirrojo le miró con sorna. Le había conocido en el "Cubanito". Era el supuesto admirador alejado de Dora Castillo. El desconocido le sonrió, extrayendo un carnet que mostró a los empleados del Balneario. Su aclaración fue dirigida a todos ellos por igual:

—Agente Federal norteamericano —informó—. Johnny R. Longstrom, del Departamento del Tesoro de Washington, en misión especial... No tema usted por su prometida, Dale. Está a salvo... y el bribón de Gargan en el garlito. Enhorabuena por su valor, muchacho.

* * *

—La historia es sencilla, Dale. En realidad, siempre hemos creído que Cornell Duke trabajaba a las órdenes del auténtico secuestrador del niño McKane hace cuatro años, para dar con la mujer que traicionó a este, llevándose medio millón de dólares consigo y dejando, además, que Gino Morelli muriese en la silla eléctrica. Todo consistía en seguir a Duke, pero a tal distancia que él no sospechara nada en absoluto, y esperar que diera con la desaparecida Vicky Hogan. El dinero era difícil gastarlo o

emplearlo, porque toda su numeración estaba en los archivos federales y se transmitió a la policía de todos los países, por mediación de la Interpol.

Peter Dale, sentado entre Ira y el inspector Acosta, asintió gravemente. Johnny R. Longstrom, agente federal de investigación en misión especial, refería los detalles, sentado cómodamente en una butaca del cuarto del hotel. Ira aun temblaba de vez en cuando y no se había recuperado de su palidez. Pero el peligro estaba ya lejos.

—Usted complicó mucho las cosas al ocultar la entrega de la llave por parte de Dora Castillo —continuó el pelirrojo federal, sonriendo a Dale gravemente—. Estábamos seguros de que Dora era la mujer señalada, porque Duke parecía interesado en ella. Sin embargo, no esperábamos que la matasen, y al hacerlo nos convencieron de que ya tenían el dinero o la pista de su escondite. En vano seguimos estrechando el cerco en torno a Duke y a sus compinches. Parecían tan desconcertados como nosotros, y sin muestras de tener pista alguna que les llevara al dinero. Terminé convenciéndome de que Duke tuvo razón al querer atacarle a usted aquella noche. Él intuyó que usted había recibido algo de Dora, aunque ignoraba lo que era. Nadie esperaba que fuese una llave la clave de todo.

—¿Por qué no intervinieron antes, entonces? —interrogó Peter.

—Nos convenía dejar que cada cual siguiera su juego. Alguien se delataría. Y así fue. Dos veces asaltaron su apartamento de este hotel, y a la segunda tuvieron éxito. Al verles salir a los dos, imaginé que podía correr peligro su prometida, a quien vi entrar antes en el local, y uno de mis agentes, pasándose por un camarero, subió, liberándola fácilmente de aquel mastodonte, tras unos cuantos golpes mutuos. Entre tanto, yo me lancé tras de ustedes, siempre a distancia, y les vi llegar al balneario. Recordé que Dora Castillo se había hecho, el mismo día de llegar aquí, socia de ese club. Es natural que quisiera conservar el tono bronceado de su piel, para evitar identificaciones. Los rayos ultravioleta la ayudaban considerablemente a ello. Dora, al saberse perseguida y ver a Duke resuelto a todo, ocultó aquí el dinero, trayéndolo acaso en varias veces, y guardó la llave que como socia le correspondía, llave que entregó a usted, asustada ante la expresión que captó en Duke, al

prever que el pistolero pensaba atacarla esa noche. Acertó, pero, incomprensiblemente, fue asesinada. Es algo que no he logrado entender aún, y que espero nos explique la bailarina herida, cuando esté en condiciones de hablar. Oswaldo —o Daniel Arana, un exconvicto con malos antecedentes—, no encajaba en nuestro cuadro. Ha sido traficante de drogas, adicto a marihuana y cocaína, pero no parece tener relación con el caso McKane. Si él era el jefe de Duke, me llevará una sorpresa. En cuanto a Magnus y a Rita, parece evidente que les atacaron porque sabían demasiado. Pero, ¿por qué ha desaparecido Dalia Cassidy? Hay muchos puntos oscuros aún, que yo no puedo explicarles.

—Rita nos los aclarará en breve —dijo Acosta, tomando el teléfono para hacer una llamada—. El médico dijo que era posible la pudiéramos interrogar hoy. Voy a confirmarlo y, de ser así, nos personaremos acto seguido allí.

Marcó el número de los Apartamentos Marianao y pidió el de Rita. Esperó. Tras una pausa, alguien se puso. Acosta preguntó por el estado de Rita. Luego se quedó rígido, palideció su tez cetrina, dilató los ojos y escuchó en silencio.

—¿Pero cómo es posible...? —aulló al final, en una explosión de virulencia—. ¿Es que estaban ciegos, o es que tengo una serie de ineptos que...?

Furioso, colgó el receptor. Miró a Dale y al consternado Longstrom, y refirió:

—Lo siento, señores, pero ha ocurrido un verdadero desastre... —hizo una pausa dramática, antes de referir con un hilo de voz—: Mientras ustedes corrían en pos de ese medio millón y de los pistoleros yanquis, y yo continuaba mis pesquisas... alguien ha logrado entrar en los Apartamentos Marianao, sin ser visto por mis hombres. Y esta vez ha dado el golpe seguro. Rita no hablará; la han ahogado en el lecho, aplicándole una almohada al rostro...

Siguió un silencio denso, cuajado de horror e incredulidad.

* * *

Los tres hombres salieron silenciosamente del dormitorio trágico. Bajo la sábana, el cuerpo rígido y sin vida de la bailarina dejaba la huella tremenda del paso de un asesino diabólico por allí...

—No lo entiendo... No lo entiendo... —balbuceó, profundamente afectado, Peter Dale—. ¿Cómo pudieron llegar hasta aquí sin ser vistos? ¿Por qué este nuevo crimen?

—Lo primero es fácil —dijo Longstrom, que se acercó a una ventana—. La escalera de incendios, hasta el piso superior. Luego, allí, el asesino entró en un apartamento vacío, y desde él se descolgó hasta aquí... En el dormitorio no había vigilancia, sino en el *living*. Sus hombres no pudieron enterarse de que un asesino entraba por la ventana posterior, mataba a su víctima y volvía a desaparecer sin dejar huella.

—Tres asesinatos en unos días —masculló Acosta, furioso e irritado—. ¡Es horrible!

Ira les esperaba en el gabinete exterior, con los agentes cubanos, profundamente consternados de su aparente fracaso. Acosta les miró gravemente y luego refirió:

—Creo que la culpa no es de ustedes, sino mía por no guardar la fachada posterior. De todos modos, el asesino ha sido muy audaz. Sabía que Rita podía identificarle, y se jugó el todo por el todo. ¿Qué pueden contarme sobre lo ocurrido?

Uno de los policías habló por los dos. Refirió su extrañeza al no oír los gemidos de la mujer herida, que se quejaba con intermitencias bastante regulares. Tras un silencio muy prolongado, quiso saber si le sucedía algo, y entró. Halló el cuerpo sin vida, y el rostro cubierto por una almohada que habían apretado contra él hasta amoratarlo con la asfixia mortal. Buscaron inútilmente al culpable, que había desaparecido sin dejar pista alguna.

—Si no dan pronto con los desaparecidos, Oswald y Dalia Cassidy, creo que el horror seguirá adelante —dijo de pronto Peter Dale, alzando la cabeza—. Hay algo en todo este asunto que se nos ha pasado por alto, un detalle importante que parece trivial y no lo es. Me gustaría saber dónde está, pero sé que lo hay, tiene que haberlo. El medio millón se ha perdido definitivamente para los perseguidores implacables de Dora y, sin embargo, todavía existe un motivo para matar, para aniquilar. Vicky Hogan, Magnus Dugan, Rita... ¿Dónde terminará la cadena de sangre? Nadie lo sabe aún.

—¡Dios mío...! —Acosta se enjugó el sudor de su frente—. Es espeluznante...

—Espeluznante, sí —asintió Longstrom, sombrío—. Es la palabra. Dos mujeres hermosas, bailarinas ambas del “Cubanito”, han hallado la muerte. Y un trompeta del mismo local entre ambas. De no ser por Magnus, cualquiera diría que nos enfrentamos a un maniático sexual o cosa parecida. Además, está el medio millón, y todo lo demás. Ningún desequilibrado busca dinero, si asesina por obsesión... Pero no resulta todo menos alucinante.

Peter Dale miró a Longstrom pensativo. No respondió nada. Tomó a Ira por los hombros, con un brazo afectuoso, y salieron del apartamento. En el corredor, la vecina de las gafas, Clara Mason, sollozaba histéricamente, calmada por un policía, asegurando que a aquel paso todas las mujeres de la casa peligraban por culpa de un loco feroz.

—Es espantoso, Peter —gimió Ira, estremecida. Estaba muy pálida y abatida—. ¿Por qué no nos marchamos de aquí? La Habana es un sitio divertido, pero siempre que no le rodee a uno un mar de sangre. Esto parece una danza macabra de seres enloquecidos, Peter...

—Una danza macabra, sí... —Dale respiró con fuerza. Luego miró a su prometida, con ojos brillantes—. Nunca mejor dicho. Dos bailarinas, un músico... La muerte también gusta de bailar al ritmo del “mambo”, a lo que parece, querida.

—¡Por Dios! —se estremeció, llena de horror—. ¡Qué bromas más espantosas tienes!

—No, cariño. Esta vez te aseguro que hablaba completamente en serio...

CAPÍTULO X

EL “Cubanito”, en apariencia, continuaba igual.

Claro que era solo una apariencia, pero eso lo sabía poca gente. Peter entró, del brazo de Ira Forrest, cuando empezaba el show de la noche. Las notas del mambo, siempre alegres, frenéticas y turbulentas, no lograron prestar la menor vitalidad al rostro intensamente maquillado de Ira.

Hacía dos días ya de la muerte inesperada y terrible de Rita. La policía continuaba buscando en vano al culpable. Ni Oswald ni Dalia Cassidy daban señales de vida. Se vigilaban aeropuertos, carreteras, ferrocarriles y costas, sin resultado alguno. Para el “Cubanito”, como rezaba la tradición, “el espectáculo debía continuar”. Todo parecía igual que siempre. Skip Sanders, sonriente y servicial en la puerta, cantando las excelencias del programa a los clientes nuevos, Mike Romano convertido en una especie de gerente del local, en ausencia de su propietaria. La orquesta, con el vacío siniestro de un atril, el del trompeta Dugan. Ricky, el camarero de siempre, deambulando entre las mesas. Hasta Longstrom, pelirrojo y afable, se encaramaba en un taburete, sorbiendo un licor.

Ricky les acomodó en una silla cercana a la pista, y Peter pidió champaña. La nueva bailarina que interpretaba un mambo trepidante, era mejor que la desdichada Rita. Pero mucho peor que Dora Castillo, o Vicky Hogan. Los fantasmas de una y otra parecían flotar en la pista, sobre la nueva, y esta actuaba como cohibida por esa sensación casi física.

—Aquí resulta imposible divertirse —cuchicheó Ira, inclinándose hacia Dale—. No sé por qué has elegido esto, entre cientos de clubs nocturnos de La Habana.

—Tal vez porque me guste cómo bailan el mambo en esta sala

—comentó, burlón, Peter.

—Si me hubieras dicho esto hace una semana, te hubiera creído y me hubiera enfadado contigo. Ahora sé que no es esa la razón.

—¿Cuál, entonces?

—Si yo lo supiera, Peter... Espero que me lo digas tú, que me confíes tus ideas.

—Si yo las supiera... —repitió él, como un eco, suspirando—. Ando a ciegas, cariño.

Siguió un silencio. Cada nota musical martilleaba el cerebro de Dale como algo sólido. Sin embargo, no le impedía pensar. Se daba cuenta, instintivamente, de que aquel ritmo parecía quererle llevar inspiración, entre las oleadas de su melodía rabiosa. Como si el “mambo” cobrara vida, para rebelarse contra la lúgubre bailarina de rostro descamado y aguda guadaña, que danzaba sutilmente por la sala, art aire sus tocas negras.

Agitó su cabeza, para alejar tales pensamientos. El mambo dejó de tener vida propia para ser solo música, ruido, estrépito y aturdimiento. Exactamente lo que quería ser.

La mano de Ira rozó las suyas. Estaba fría y temblaba. Dale sonrió. Aunque ella le devolvió la sonrisa, los ojos estaban graves, pensativos.

—Peter, tengo miedo... —musitó ella de pronto.

—¿Miedo? ¿Es que te has vuelto loca? —rio, sin mucha convicción—. ¿Miedo de qué?

—No sé. De nada tal vez. Pero aquí hay algo siniestro, Peter. Noto como si una mirada aviesa, cruel, se posara en mí de vez en cuando... deseando mi muerte... Hay unos ojos impuros y perversos en algún lado, Peter... Ojos que ríen y odian...

Peter hubiera querido reír. Pero el sonido de su hilaridad no convencía a nadie. Miró en torno, preocupado. Y entonces sí logró reír espontáneamente. Aquello era absurdo. Longstrom en un rincón, los empleados habituales del “Cubanito” aquí y allí, los músicos en su plataforma... la bailarina... los clientes dispersos en las mesas... Todo normal. Todo marchaba bien. Pero comprendía el histerismo de Ira.

—Vamos, vamos, no seas tonta —palmeó su mano suavemente—. Son imaginaciones. Si lo prefieres, nos marcharemos.

—Sé que vienes aquí a buscar algo. La verdad tal vez —Ira le sonreía, animada—. Tú crees que si todo empezó aquí, aquí puede terminar. Pero yo no podré ayudarte. Soy una estúpida inconsciente y temerosa. Confieso que me gustaría irme, aunque no lo haga.

—Claro que lo harás —ella se apoyó en Dale, reconfortada—. Es agradable saber eso de ti.

Se encaminaron a la salida. Al pasar frente al mostrador, Longstrom, el federal, no estaba ya visible. En cuanto a Mike Romano, les sonrió cortésmente, despidiéndoles. Skip, al pasar ellos le guiñó un ojo a Dale, sin duda pensando que la historia de cierta noche se repetiría, y él acudiría solo al club. Peter no quiso disuadirle tampoco.

—Tú podrías quedarte, cariño —dijo ella de pronto, apoyando su mano en el brazo de Peter—. He vuelto solo a complicarte la vida, y eso no es justo. Si tu afición a la aventura es tal que no puedes sustraerte a ella, vale más que no te estorbe. Ahora te empiezo a comprender y a disculpar... Puedo volver sola al hotel y esperarte allí.

Peter vaciló. Había tenido sus razones para acudir aquella noche al club. Y después de todo, ningún peligro correría Ira en el hotel. Ella, en realidad, no tenía relación alguna con todo aquel alud sangriento y sus extraños personajes.

—Está bien, Ira —dijo lentamente—. Creo que será mejor que yo me quede, para hacer ciertas averiguaciones. De todos modos, no irás sola al hotel... ¡Skip!

El simpático “botones” corrió a él, y Peter le tendió un billete de diez dólares, que Sanders se metió apresuradamente en el bolsillo con pícara sonrisa.

—¿Puedes acompañar por ese dinero a mi prometida hasta el hotel y dejarla allí, tras comprobar que no hay nadie en su habitación?

Skip le miró con cierta sorpresa.

—Si usted me lo pide, señor Dale, desde luego —asintió—. Pero una vez ya hice eso mismo por alguien, y trajo mala suerte...

—Eso es distinto —se apresuró a atajar Dale, mirando de soslayo a la muchacha—. Ve con ella. Tomad un taxi y no perdáis tiempo. Yo me quedo aquí un rato. Buenas noches, cariño.

Ira le besó en los labios. Luego, su hermosa figura se alejó, escoltada por el pequeño “botones”, y pronto se alejaron en un taxi. Peter, más tranquilo, respiró hondo y entró en el local de nuevo, acercándose al mostrador. Romano torció el gesto al verle.

—Creí que se marchaba, Dale —dijo secamente—. ¿Es que le gusta más ir solo?

—A veces, sí.

—Sin embargo, tiene una novia preciosa. Una chica poco corriente.

—Ya lo sé. ¿Se ha marchado el pelirrojo que bebía antes aquí?

—Oh, ese... Sí, se fue hacia la pista. Supongo que estará viendo de cerca a las chicas. Parece que le gustan mucho...

Dale asintió en silencio. Se alejó hacia la pista también. A sus espaldas, los ojos de Romano perforaban virtualmente su nuca, sin demasiada simpatía.

El pelirrojo federal no andaba por parte alguna. Peter Dale rodeó la pista, donde seis coristas bailaban, mostrando lo poco que sabían danzar y lo mucho que dominaban otras artes muy del gusto del público.

De pronto Peter se vio frente a la puerta tapada por cortinas que conducía al despacho de la dirección. Recordaba aún lo que vio la última vez que cruzó por allí: un cuerpo con la cabeza destrozada, el de Magnus Dugan.

Sin embargo, después de mirar en torno y advertir que nadie se fijaba en él, entró en el corredor, iluminado tenuemente por un tubo fluorescente de escasa luz. Avanzó rápidamente, hasta llegar a las escaleras que conducían al despacho. Arriba no había luz alguna tras la puerta vidriera. Peter se acercó allí. Estudió la puerta, cerrada con llave. Probó a abrirla, y ante la nulidad del esfuerzo, retrocedió, volviendo abajo. Siguió por el corredor, llegando ante el pasillo de comunicación con los camerinos de los artistas. No obstante, buscaba otra cosa aún, algo que tenía que estar por allí.

Retrocedió, escrutando por doquier, y al fin distinguió la puertecilla, casi tapada por una columna y un cortinaje. En la puerta, un rótulo descuidado advertía: “Bajada a las dependencias y almacenes”.

Empujó esa puerta. Un olor a cerveza agria, a humedad y a

polvo le hirió el olfato. Sus ojos se entornaron, escrutando en la casi total oscuridad. Captó los escalones y descendió por ellos, apoyando la mano en un muro húmedo, terroso. Cuando los escalones terminaron dio con una esquina, tanteó y movió un conmutador. Se iluminó con cruda luz blanca un trozo de corredor con dos puertas; una rotulada: "Dependencias". Otra, "Bodega". Esta última estaba cerrada con llave. La de dependencias no. Entró, hallándose con una serie de cubículos repletos de ropa colgada. En cada uno un rótulo escrito con tinta y mala letra, indicaba la posesión de cada empleado. Camareros, empleados, todo el personal del "Cubanito", se cambiaba allí de indumentaria antes de la jornada de trabajo.

Salió, mirando pensativamente la puerta de la bodega. Arriba, sobre su cabeza, el "mambo" ensordecía la sala. Las notas llegaban allí muy amortiguadas. Dale rebuscó por todos los rincones, hasta hallar trozos de alambre reparando un ventanuco enrejado. Arrancó uno de los alambres y lo curvó. Con aquella improvisada ganzúa, maniobró en la puerta de la bodega. Fue fácil accionar la sencilla cerradura. Abrió la puerta.

El tufo a cerveza agria y humedad era aquí más acentuado. Y mayor la oscuridad. Encendió un fósforo cuya llama vaciló entre sus dedos. Peter se dijo que olía a demonios, pero siguió adelante, sin vacilar.

Una ráfaga de aire frío, llegada de sabe Dios dónde, apagó el fósforo. Encendió otro y acercóse a las pilas de cajas de cerveza, ron, coñac y toda clase de licores. Aquí un olor más extraño hirió su nariz. Su pie golpeó una botella vacía, que rodó sobre el suelo irregular y mojado. Inclínóse, tomando el casco vacío. Dentro aún quedaba un dedo de cerveza. Olió el gollete. No estaba ácida. ¡Lo habían abierto hacía poco!

No llegó a levantarse. Sus ojos se clavaron, sobre la llama de la cerilla, en unos pies que asomaban detrás de las cajas de madera. Unos pies de mujer. Zapato alto, gris, medias de nylon. Unas bellas piernas tendidas, rígidas... ¡y detrás de las mismas un cuerpo con las ropas brutalmente desgarradas, una cabellera color ceniza, un rostro espantosamente contraído y cubierto de arañazos, con la lividez de la muerte!

El fósforo se apagó de nuevo, a causa de aquella corriente. Y en

el mismo momento algo silbó en la oscuridad. Peter Dale sintió volar junto a él un cuerpo agudo, y este se clavó en las cajas de madera situadas a espaldas suyas.

* * *

Peter comprendió lo cerca que había tenido la muerte. Se desplazó en la oscuridad, sabiendo que tenía enfrente a un loco, a una fiera peligrosa y feroz, dispuesta a todo. Pero no había venido indefenso a aquella cita con la muerte, en el “Cubanito”. Temía por lo peor cuando se aventuró, guiado por una teoría algo dudosa, que parecía ahora confirmarse. Y por eso, en su bolsillo bailaba el chato revólver arrebatado a Duke dos días atrás.

Lo extrajo, moviéndose sin hacer ruido en la oscuridad. Si el asesino de Dalia Cassidy estaba agazapado allí, frente a él, esperando localizarle para arrojar otro cuchillo, se llevaría una buena sorpresa. Pero también debía evitar darle ocasión de repetir el golpe.

En el silencio sentía latir su corazón con violencia. Dale esperó, tenso y en guardia. De repente, a sus espaldas, un ruido le electrizó, helándole la sangre en las venas. ¡Estaba chirriando la puerta de arriba! Alguien bajaba a la bodega...

Sus dedos aferraron el arma con fuerza, sintiendo cómo le sudaban las manos. No había pensado en dos culpables asociados, no entraba eso en su teoría. Y he aquí que...

Unos pasos descendían suavemente. Tanto él como el lanzador del cuchillo guardaban absoluto silencio.

Con brusquedad, un ancho haz de luz quebró las tinieblas, barriendo la bodega. Rápido, Dale se arrodilló, pasándole por encima velozmente. La lámpara eléctrica había sido encendida desde la escalera, y tras rozar a Dale, cayó de lleno sobre un hombre lívido, agazapado, cuyos ojos desorbitados se clavaron con un aullido furioso en la luz, y disparó hacia allá un segundo objeto centelleante y metálico que hendió la oscuridad, relampagueó a la luz y se clavó blandamente en algo. Un gemido de dolor sonó.

Dale, veloz, apretó el gatillo. Su revólver vomitó plomo sobre el hombre acorralado, de expresión demente, rostro febril y ojos brillantes. Este gritó, llevándose las manos al pecho y se derrumbó de bruces en tierra.

—¡Dale! ¿Es usted? —llamó una voz conocida, tras la linterna, ahora vacilante.

—¡Cielos, si es Longstrom! —clamó Peter, corriendo hacia la escalera.

La linterna vaciló, rebotando luego de escalón en escalón, al caer. Peter la tomó, enfocando al hombre acurrucado en el escalón con un cuchillo largo, afilado hincado en el hombro. El rostro, contraído por el dolor sonrió bajo el pelo rojizo.

—Tuvimos ideas parecidas, ¿eh, Dale? —comentó irónico—. El FBI y la novelística, de acuerdo por una vez. Buena novela hará con eso... Y sobre todo con un buen final. ¿Ha matado usted a nuestro pájaro?

—No lo sé, Longstrom, pero de buena gana lo haría —le arrancó virilmente el cuchillo y lo tiró lejos—. Ahí hay otro cadáver aún. Si lo observa, notará que no solo huele a cerveza agria, sino a algo corrompido. Un cuerpo humano que lleva días oculto... El de Dalia Cassidy, la última de la lista, al parecer.

—¡El muy...! —Longstrom juró, no se sabía si por el dolor o el descubrimiento—. Menos mal que ha caído él. Procuremos que viva, para que vaya al patíbulo...

—Sí, lo merece mil veces... —Peter miró al hombre caído en tierra, que se agitaba ligeramente—. Daniel Arana, alias Oswaldo... Hizo una buena matanza. Tres mujeres y un hombre... De no ser por Dugan, podríamos llamarle el “asesino de mujeres”... Y aun al pobre músico debió matarle porque le vería asesinar aquella mañana a Dalia Cassidy, aquí dentro, y hubo de silenciar su boca.

—De modo que asunto concluido —jadeó el herido.

—Sí, asunto concluido... —Peter suspiró—. No puedo decir que me decepcione, porque siempre supuse que la clave de todo estaba aquí mismo, entre estos muros. Voy arriba a referir lo ocurrido, telefonar a Acosta y pedir una ambulancia y un médico para usted, Longstrom. Le dejo el revólver y la linterna. Si esa rata se mueve, dispare.

—Lo haré gustoso, amigo —rio el federal de buena gana.

CAPÍTULO XI

PETER terminó la última llamada. Colgó. Los policías entraban ya en el club, ante la curiosidad y consternación general. Dale sonrió entonces de buena gana, y volvió a tomar el teléfono, marcando el número del hotel. Pidió la habitación de Ira Forrest y esperó.

—Le va a gustar saber que todo acabó —musitó para sí. Escuchó lo que le decían ahora y exclamó—. ¿Cómo? ¿Que no responden? Insista, aún no se habrá acostado.

—Lo siento, señor, pero la señorita Forrest no ha llegado aún. Su llave está aquí.

—¿Está seguro? —se extrañó Peter.

—Por completo, señor. Tengo ahora su llave ante mis ojos.

Peter dio las gracias y se apartó del mostrador, intrigado. En aquel momento el inspector Acosta apareció en la entrada, con varios hombres de su Departamento. Sonrió a Dale al verle.

—¡Demonio, ha logrado usted toda una hazaña al final! —exclamó—. ¡Enhorabuena!

Sin hacerle caso, Dale preguntó a Mike Romano si había visto a Skip Sanders.

—No, señor Dale —respondió el barman—. No ha vuelto aún, desde que se fue con su prometida, la señorita Forrest.

Subieron en dos camillas a Longstrom y a Oswaldo. El federal sonreía calmoso y apacible. En cuanto a Oswaldo, desencajado, gimoteaba bajo la sábana que le cubría:

—Yo... yo no fui... Yo no hice nada... Siento lo de Rita... pero fue una locura... un arrebato torpe. ¡No hice nada, no pueden hacerme esto...! ¡Yo no maté a Dalia Cassidy! ¡Estaba allí... estaba allí cuando... me refugié en esa bodega!

—De poco le servirán las protestas cuando se presente ante el jurado —comentó Acosta, sombrío, acercándose de nuevo a Dale—. Han encontrado una entrada posterior a la bodega, por el callejón. Por allí entró Oswaldó, ocultándose a las pesquisas donde nadie pensaría en hallarle. Debía llevar allí días enteros acurrucado en la escalera, con un cuchillo largo y sin salir.

—¿Sin salir? —Dale le miró de hito en hito—. ¿Se olvida de la muerte de Rita? Tuvo que ir a rematarla a los Apartamentos Marianao, inspector.

—¿De verdad? —Acosta se rascó, perplejo—. Demonio, es cierto... Y el caso es que no pudo hacerlo, o yo no entiendo nada de nada. Ese maniático tiene torcido un pie... Dice que se lo torció la noche del accidente de Rita. Y es una torcedura seria, apenas podía andar ni tenerse siquiera en pie... Bueno, se lo haría al volver de matar a Rita, y miente para procurarse una coartada...

Peter Dale estaba escuchando a Acosta sin verle, casi sin oírle. Su mente trabajaba a toda presión. Era una idea absurda, demente. Pero todo aquel caso había sido demente desde un principio. Obra de un loco. De un loco inteligente y cruel. Oswaldó no había sido inteligente en ningún momento, sin embargo...

Por su cabeza pasaron retazos de conversaciones. Con Clara Mason, vecina de Rita, con Rita misma, aquella noche, en una mesa del “Cubanito”... con Ira Forrest poco antes. Frenético, tomó el teléfono de nuevo, ante el asombro de Acosta y de Romano. Telefonó al hotel. Igual respuesta que antes. Colgó, con el rostro lívido.

Cuando Acosta iba a preguntarle, el teléfono zumbó, insistente. Peter lo arrancó de la horquilla. Escuchó, y tragando saliva lo entregó al policía.

—Para usted, inspector. Del Departamento Central.

Acosta lo tomó. Escuchó, ceñudo. Al fin, se desarrugó, asintió y colgó. Su mirada de triunfo a Dale no logró impresionar a este.

—El fin de todo. Es una noche grande, Dale —informó el policía—. Han capturado a un americano sospechoso. Ha resultado ser James Hogan, exmarido de Vicky Hogan. Se ha confesado autor del secuestro de Bill McKane, en 1948, en Rockaway Beach. Y jefe de Cornell Duke, en la persecución de su mujer, que le traicionó entonces.

Peter clavó en el policía una mirada angustiosa, sombría.

—Le felicito, Acosta. Ya tiene a Oswaldo, a Hogan, a Duke... ¿Pero cree usted que podrá detener al asesino de mujeres?

—¿Eh?

—Un asesino que ahora va a cometer otro crimen posiblemente —dijo con voz ronca Dale—. La cuarta mujer en su lista... Estaba ahí, ante nuestros ojos, y no supimos verlo jamás... ¡Pronto, Romano, necesito la dirección de uno de sus empleados! ¡Es urgente!

—¿De quién?

—Del asesino de Dora Castillo, Rita, Dugan y Dalia Cassidy... Quiero la dirección de Skip Sanders... ¡antes de que asesine a Ira Forrest!

* * *

—Ha sido usted muy bondadosa en prestarse a venir conmigo aquí, señorita.

Ira Forrest sonrió. Su mirada fue desde el pequeño, moreno y afable Skip, a la fachada de su humilde vivienda, en un barrio modesto de La Habana. A aquella hora no había gente en los alrededores, pero Skip no era persona que pudiera inquietar a nadie.

—Es comprensible tu ansiedad, muchacho —dijo—. Si vives solo con tu anciana tía y ella se encuentra tan enferma, sería inhumano no aprovechar el taxi para que vengas a verla y le traigas el medicamento que has comprado. El encargo de Dale ha sido providencial para ti.

—El señor Dale es siempre bueno conmigo —sonrió Skip, bajando del taxi—. Ya una vez respondió por mí ante la policía, cuando lo de Dora Castillo... ¿Sube conmigo, señorita, o prefiere esperarme en el taxi?

—Será mejor que te espere, ¿no crees, Skip?

—Como usted prefiera, pero... me gustaría mostrarle mi casa. Es humilde y, sin embargo, es todo para mí. El señor Dale sabe cuánto le aprecio, y usted va a ser su esposa. Son mis únicos amigos en este país. Yo... ya sabe usted que soy americano también. ¿De... de veras no va a subir? Es en la primera planta y será solo un

momento...

—Está bien —rio Ira, de buen grado, al ver su infantil ansiedad —. Vamos, Skip...

Salió del taxi. Skip se demoró unos segundos inclinándose junto al taxista. Luego se reunió con Ira, y juntos avanzaron hacia la entrada del edificio de viviendas baratas. Al cruzar el portal, siempre abierto, el taxi zumbó nuevamente, alejándose por una calleja. Ira se volvió, extrañada. Skip la calmó.

—No puede aparcar ahí. Nos espera en la esquina inmediata, señorita.

Subieron una escalera mal alumbrada. Olla a frituras y a cerveza. Ira no se sintió incómoda. Le gustaban los barrios humildes. Ella había vivido en uno, años atrás. Esto le recordaba su infancia, las horas difíciles, antes de que su padre hiciera fortuna.

Se pararon ante una puerta, y Skip sacó la llave, franqueando la entrada. Dio una luz. El piso, pequeño y caluroso, producía la sensación de estar solitario. Ira vaciló un segundo, antes de entrar en el descuidado recibidor, bajo la luz color rosada, que velaba una pantallita. Skip la precedió por un pasillo, haciendo un gesto de silencio. En su mano derecha llevaba la medicina que había adquirido en una farmacia, por el camino.

—Mi tía duerme, sin duda —dijo en un susurro. Abrió una puerta, Asomóse a un interior oscuro, dio vuelta a una llave y luego se volvió a Ira—. Entre, entre...

Ira, sin saber por qué, empezó a sentirse algo inquieta. Ahora todo parecía absurdo. ¿Por qué había subido allí? Bien estaba hacer un favor al bueno de Skip, apurado por la enfermedad de su única persona querida. Pero acompañarle era tonto, sin sentido.

El gesto de Skip era tan anhelante, que Ira alejó sus recelos y sonrió, siguiéndole. Entró, al hacerse el “botones” a un lado. Entró en la habitación. Extrañada, vio un gabinete vacío, con muebles viejos, una mesa de trabajo con papel, plumas, lápices y demás útiles. Y, sobre todo, con unos muros notablemente decorados. Entre recortes de revistas y publicaciones masculinas, grandes fotografías de mujeres hermosas. Fotografías cautivadoras, sugestivas, alineadas con morbosa delectación por las paredes. Reconoció algunos de los rostros allí fijados con chinchetas: Dora Castillo, Rita, una rubia color ceniza, en una playa cubana, otras

muchachas jóvenes, todas ellas con una sola nota común de agresividad, de exhibicionismo.

Desagradablemente impresionada, volvióse hacia el muchacho. Dio un paso atrás al verle cerrar la puerta. No le gustó su gesto, ni el modo cómo giró la llave en la cerradura, con dedos engarfiados. Su frente estaba sudorosa, dilatados los ojos oscuros y vivos... De pronto, dilató Ira sus ojos. Allí, en un muro... ¡Estaba su propia fotografía! Una fotografía recortada de un periódico, de los ecos de sociedad. Una fotografía hecha un año atrás, en Miami, sobre fondo de arena y agua, con un delicioso bikini rojo...

Skip Sanders no era el mismo. Nada de aquel alegre y jovial botones. De repente, Ira Forrest sintió materializarse aquella sensación fugaz del “Cubanito”.

“Hay algo siniestro... —habla dicho—. Hay unos ojos perversos e impuros en algún sitio... Ojos que ríen y odian...”

Sí. Aquellos ojos juveniles estaban riendo. Con perversidad, con insania... Estaban odiando con morbosa delectación... El hilo de voz que escapó de sus labios era tenue.

—¿Y... tu tía, Skip? ¿Dónde está...?

—Ella nunca está aquí —la voz de Skip Sanders era sorda, estremecida de pasiones impuras—. Ella trabaja de noche... y no viene hasta el amanecer. Entonces será tarde...

—Skip... no te... entiendo —pero ya retrocedía, sin quitar los ojos del muchacho.

Este río entre dientes. Una risa bestial, cruel hasta la locura. Se movió hacia ella.

—Tú vas a ser una más de mi colección, Ira Forrest —jadeó, ronco, espeluznante. Parecía imposible aquella transmutación. El muchacho afable, bueno, convertido en lo que realmente era: el monstruo sádico y terrible, el desequilibrado capaz de matar sin freno. El “Mr. Hyde” de un nuevo Jekyll...—. Dora Castillo era hermosa también. Y se reía de mí cuando se lo decía... Las chicas siempre se han reído de mí, siempre... Nunca me tomaron en serio. Yo era... un niño, un criado, un necio simpático y nada más... Es horrible crecer así, vivir sin caricias, sin cariño de ninguna chica... Todas sois iguales. ¡Si hubieras visto reír a Dora! Reía como tú al aceptar subir conmigo aquí, porque tú también me tienes como a un niño, ¿verdad?

—No, Skip, yo... yo sé que eres un hombre... —el horror la atenazaba hasta casi impedirle hablar.

—¡Un hombre! —los ojos se salían de las órbitas, temblaban las manos crispadas—. ¡Sí! ¡Un hombre que demostró a todas ellas que lo era! ¡Dora, Rita, Dalia! Mi patrona... esa sí que se reía... Se burlaba de mí. A veces me sonreía perversa, porque creo que ella sí adivinaba lo que yo siento, lo que yo soy capaz de hacer. Me daba, una palmadita cariñosa, se burlaba de mí más aún que ninguna, para exacerbar mi odio a ella, mi odio a todas... Y por eso os colecciono ¡muertas!

Ira tropezó con una pared, pretendiendo apartarse de Skip. Se llevó las manos al rostro, procurando ahogar su deseo de llorar. Skip la acosaba con su rostro terrible.

—Dora no supo que yo volvía a su piso, que llamé a su puerta. Me abrió confiada. Todos confían en mí... La golpeé y no se enteró. Después... Después de tenerla en mis manos, de saber que no podía defenderse del “pobre Skip”... ¡la maté con el arma que ella me había dado para devolver a Oswaldó aquella noche y que yo guardé el saber que Dora tenía miedo y quería que yo la acompañase! Por eso me fui, y fingí ocultar que viese a alguien, cuando en realidad era algo bien distinto lo que yo escondía... Siguió Dalia Cassidy, pero esa mañana tuve mala suerte. Dugan andaba por allí, como un loco buscando al asesino de su querida Dora... Me vio trasladar el cuerpo de Dalia, que ahora yace en la bodega del “Cubanito”... y tuve que atacarle con su propia trompeta, matándole. Eso acusaría también a Oswaldó, yo lo sabía. No podría defenderse, después de haber atacado a Rita... Eso salvó por unos días a Rita, porque yo adiviné que ella era la única que había adivinado que yo era el asesino. Porque ella sabía que Dora me entregó el cuchillo para devolver a Oswaldó, y era el arma que apareció en el cadáver y que yo nunca devolví... Tenía que matar a Rita, antes de que le contara a Dale la verdad. Sabía que me huía, que me tenía miedo. Me miraba con terror, pero por suerte Dale creyó que a quien miraba así era a Duke, que estaba a mi lado... Ha seguido después Rita. Estaba viva, mejoraba. Tenía que cerrar su boca o me acusaría. Yo he trepado mucho en mi infancia por las escaleras de incendios y las fachadas de estos barrios. A mis dieciocho años, soy tan ágil, tan rápido... Esos torpes policías ni siquiera sospecharon nada...

—Dios mío... —Ira se revolvió, furiosa. Gritó—: ¡Vamos, Skip! ¡Déjame salir de aquí! ¡Tienes que estar loco para decir todo eso! ¡No te creo, no puedo creerte! ¡Déjame marchar, jamás repetiré eso a nadie!

—No, no te puedes ir, pequeña —la miraba con aire de posesión, como si ya fuera su dueño, el amo de su vida. En realidad, Ira sabía que lo era—. Y no importa que grites. Sé ahogar los gritos de las mujeres, de todas vosotras que me despreciáis. Y en estos edificios vive gente que nunca se mete en la vida de los demás. Creerán que es una mujer beoda o una histérica... ¡Y cuando sepan lo que es, tú habrás muerto, estarás ahí... estrangulada entre mis manos, preciosa! ¡Tú, hermosa Ira Forrest, como todas las otras! ¡Como muchas más, que irán cayendo antes de que nadie me descubra!

—¡No, Skip! ¡No podrás hacerlo! ¡Van a descubrirte sabrán que tú me has matado y te cazarán! ¡Estás loco, no sigas adelante si quieres vivir!

—¡Vivir! —rugió Skip—. ¡Vivir, sabiéndose despreciado y burlado! ¡No, pequeña, no viviré más así! ¡Soy fuerte, inteligente! Lo he sido siempre, aunque todas se hayan burlado de mí cuando les declaraba mis sentimientos... porque mi aspecto es tan insignificante, tan desdichado... ¡Pero tengo cerebro, músculos, fuerza y voluntad!

Se arrojó como un tigre sobre ella. Chilló desesperadamente Ira, pretendió defenderse. Inútil todo. Una mano férrea, increíblemente poderosa, se cerró en torno a su cuello.

Cayeron ambos por tierra, luchando ferozmente. Ya eran dos manos las que se cerraban al cuello de Ira Forrest. Le faltaba el aire, el aliento. A una pulgada de su rostro, la faz diabólica, contraída y demente de Skip Sanders, reflejaba toda su ferocidad, su odio sádico, implacable. El cerebro, al desequilibrarse bajo los efectos de una enfermiza obsesión sin fundamento, había creado dentro del cuerpo menudo y enjuto del “botones” un monstruo terrible, devorador, un cáncer abominable y malvado, que extinguía vidas sin compasión, complaciéndose en matar, en destruir la belleza, aquella belleza que su demencia le enseñó a aborrecer por infantil rencor maligno.

Ira luchaba, golpeaba a Skip con sus piernas, pugnaba por huir

a la muerte infernal que el destino le había reservado, a manos de un asesino que Peter Dale jamás sospechó. Nada de ambiciones, venganzas ni humanos resentimientos. La mano criminal era manejada por una infrahumana potencialidad, por una virulenta y terrible aberración.

Skip Sanders iba ganando terreno ya, cuando una de las rodillas de Ira, destrozado el nylon de sus medias por la virulencia de la lucha, se le hincó rudamente en el vientre.

Skip rugió, furioso, soltando ligeramente la presión de su cuello, casi violáceo. Ira, con sus últimas energías, gritó, gritó, gritó, en aquel reducido cuartucho sin ventanas y decorado con fotografías de mujeres muertas, de ejemplares sin vida en una colección alucinante, pavorosa...

Skip volvió a incrustar sus garfios de músculo y hueso en la garganta femenina, babeó su boca convulsa sobre el rostro hermoso, del que iba borrando ya todo rasgo de belleza. Parecía una risa dantesca, diabólica, en el umbral de los infiernos.

De repente, algo cargó contra la puerta. Fue un impacto seco, violento. Skip se puso rígido. Otro impacto contra la madera. Ahora, Skip saltó como un tigre, poniéndose en pie, soltó el cuerpo hermoso, casi sin vida, y corrió hacia el mueble donde aparecían los útiles de escribir.

Esta vez, en la puerta sonó una detonación, y la cerradura saltó en pedazos. De nuevo un cuerpo sólido cargó contra la madera... y Peter Dale penetró en la estancia.

Skip Sanders volvióse en redondo, sobre sí mismo, esgrimiendo unas largas tijeras que arrojó sobre Peter. Dale las eludió, y su mano hizo presión en el revólver chato que empuñaba. Vomitó plomo y fuego en una roja lengua que golpeó a Skip en el vientre.

El “botones” gritó sordamente, doblándose con expresión de terrible maldad, mientras la sangre escapaba entre sus dedos aferrados a la herida. Peter disparó de nuevo.

Esta vez, Skip Sanders rebotó contra el muro, alcanzado en el costado, y luego se dobló sobre sus rodillas, cayendo con una tos seca de bruces en el entarimado.

Peter, sin pérdida de tiempo, corrió a inclinarse sobre Ira, tras una breve mirada circular a aquellos muros que contaban sin palabras una terrible historia de sadismo, obsesión y locura

inhumana.

—Ira, cariño... —musitó Peter, tomándola entre sus brazos, besando el rostro querido—. Gracias a Dios, he llegado a tiempo...

—Oh, Peter, fue espantoso... Espantoso como jamás pude llegar a imaginar...

Él no contestó sino con murmullos de consuelo. En la puerta, la figura del inspector Acosta, seguida de varias otras uniformadas, puso el epílogo a la trágica escena.

—Vean si aún vive —dijo sordamente el policía, señalando a Skip—. Me gustaría verle subir al patíbulo...

EPÍLOGO

—**E**L diario de Skip Sanders ha aclarado todo —confesó finalmente con aire fatigado el Inspector Manuel Acosta, de la policía cubana, tirando sobre la mesa un libro con tapas de negro hule—. El muy loco, incluso refería aquí todos los hechos e ideas de su vida... Antes de lo de Dora, hubo su precedente. Así confiesa haber estrangulado a dos muchachas, hace de ello tres años. Crímenes que nadie relacionó jamás con él, y que siguen en el archivo de casos sin resolver... Es una historia tremenda y desoladora, Dale. Parece mentira que en el mundo haya seres así...

—La locura criminal, por desgracia, está oculta muchas veces —suspiró Dale, abrazando amorosamente a Ira—. Una deficiente educación, un ambiente nocivo y pervertido, un tumor cerebral como el de ese muchacho, cuyo padre parece ser que fue recluido y murió loco, completan historias tan espantosas como esta. Afortunadamente, lo descubrí a tiempo. Recordé muchas cosas: Faltaban fotografías de Dora, había sadismo en todo aquello... Y vi la verdad.

—Sí. No solo salvó la vida de la señorita Forrest, sino posiblemente la de Oswaldo. El pobre infeliz es un histérico superexcitado por las drogas y los celos ridículos, pero no un asesino. Seguro que no volverá a tomar narcóticos, escarmentado de esto.

—Y yo, inspector, no volveré a escuchar un “mambo”, sin sentir escalofríos —confesó Peter Dale—. Ira y yo nos vamos a Brasil después de casarnos. Espero que sea más tranquilo.

—La Muerte puede también gustar de las “sambas” —rio Acosta de buena gana.

—¡Por favor, no hable de eso! —suplicó Ira, estremecida—. O me llevaré a Peter donde no exista música de ningún género...

FIN

*Del esclarecimiento
de aquel violento ase-
sinato dependían las
vidas de múltiples se-
res inocentes y que
vivían al margen de
todo peligro...*

**SILVER
KANE**



el rey de la emoción, es el autor de esta intrigante
novela que titula

El trono del muerto

¡Acción y violencia sin límites es lo que hallará el
lector en este trepidante y dinámico relato, cuajado
de escenas que lo mantendrán en continua tensión
mientras dure la lectura!

EL TRONO DEL MUERTO

No se olvide de adquirirla en el próximo número de
la insuperable

COLECCION SERVICIO SECRETO

¡Encárguela ahora a su proveedor!

Precio de venta: 6 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 6 PTAS.

COLECCION "PIMPINELA"
622 — Mercedes Muntó
MUNEQUITA DE CRISTAL

COLEC. "MADREPERLA"
513 — Javier Catá
SONREIR A LA VIDA

COLECCION "ROSAURA"
462 — Carlos de Santander
LA ULTIMA MENTIRA

COLECCION "AMAPOLA"
349 — Valentina del Barco
PASIONES

COLECCION "ALONDRA"
301 — Isabel Salas
LA REINA DEL RIO

COLECCION "CAMELIA"
243 — Olga Mistral
¿DONDE ESTAS, CORAZON?

COLECCION "ORQUIDEA"
213 — María Lar
LA NIÑA BONITA

COLECCION "CORAL"
91 — Corín Tellado
**EL PASADO NO ES
NUESTRO**

COLECCION "BISONTE"
563 — R. C. Lindsmall
POLVORA EN LA SANGRE

COL. "SERVICIO SECRETO"
427 — Donald Curtis
MUERTE EN MAMBO

COLECCION "BUFALO"
260 — A. Rolcest
JAQUE DE RUFIANES

COLECCION "CALIFORNIA"
107 — J. de Cárdenas
**UNA CHICA DEL
DESIERTO**

COLECCION "TEXAS"
123 — M. L. Estefanía
**EL MEJOR "COLT" DE
TEXAS**

COLECCION "COLORADO"
52 — Keith Luger
UNO PARA LA HORCA

COLECCION "KANSAS"
18 — M. L. Estefanía
VIDA POR VIDA

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2 - Barcelona - Hipólito Irigoyen, 46 - Buenos Aires

NO SERAS UN EXTRAÑO

¡La obra cumbre de

MORTON THOMPSON

avalada por el éxito rotundo que, traducida a 21 idiomas, sigue obteniendo en el mundo entero!

No serás un extraño

¡la obra que ha obtenido una acogida sin precedentes entre los lectores de todos los países!

**¡ADQUIERALA AHORA EN SU
5.ª EDICION!**

¡No deje que se agoten de nuevo!

Precio: 100 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

¡Amenos e instructivos a la vez!

son los cromos que ofrece la

COLECCION
HISTORIA
NATURAL

¡Nunca, hasta hoy, se ha publicado una serie tan completa!

¡500 cromos a todo color de las maravillas de la Naturaleza!

Precio del sobre conteniendo 2 cromos... 35 cms.
" " " " 6 " 1 pta.

Precio del álbum I, para 250 cromos 7'50 ptas.
II, " " " 7'50 ptas.

ADEMAS

Se han editado álbumes de lujo, bellamente encuadernados al precio de 15 ptas. con la misma cabida

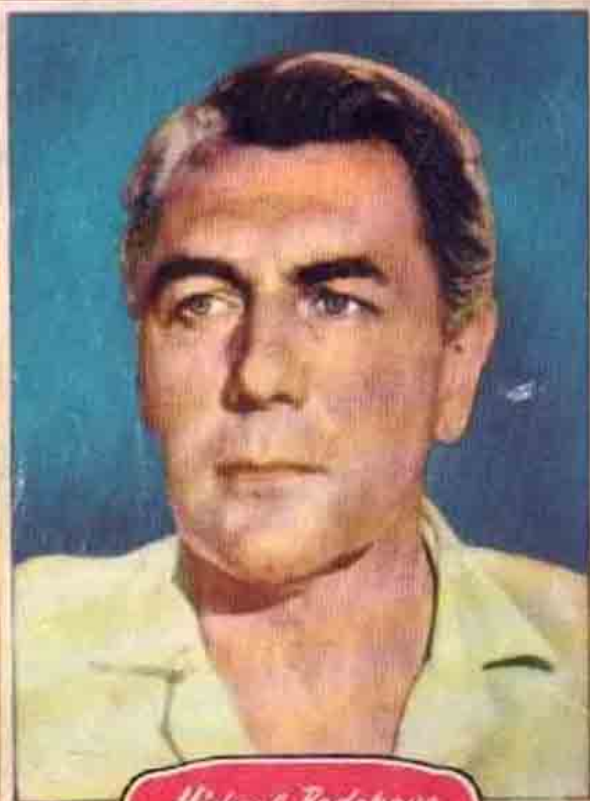
**¡UN MARAVILLOSO JUGUETE PARA LOS MU-
CHACHOS Y UNA INAPRECIABLE AYUDA
EDUCATIVA PARA PADRES Y PROFESORES!**

EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

LLUVIA DE ESTRELLAS



Michael Redgrave

N.º 763

Nació en Bristol (Inglaterra) en 1908 habiendo actuado en los Estudios británicos y de Hollywood con notorio éxito. Sus films más recientes son "Secreto tras la puerta" y "El americano tranquilo".

Foto C. B. FILMS UNITED ARTISTS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 6 ptas. — Printed in Spain — Precio en la Rep. Argentina: \$4'50